Alba Ballesta

Rari nantes

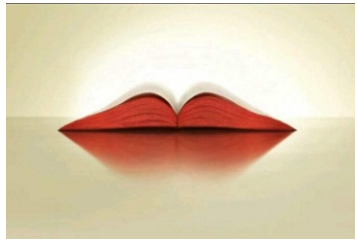
Álvaro Aliaga, el protagonista de *Rari nantes*, es un profesor de literatura que un día se queda helado al encontrar, por casualidad, una novela protagonizada por él mismo. La frenética búsqueda de su autor, al que considera un intruso en su vida, dará lugar a una singular relación rodeada de misterio, a través de la cual Alba Ballesta somete al lector a un brillante juego literario: ¿Quién es el lector y quién el autor? ¿Es preferible ser real o ser un personaje de ficción?

La novela es un homenaje a la literatura —en el que desfilan Dostoyevski, Flaubert, Zola, Julio Verne, Unamuno, Machado, Max Aub, Bolaño y tantos otros— y al mismo tiempo un mosaico de personajes cuya humanidad conmueve al lector. Ellos son como *Rari nantes*, los escasos nadadores supervivientes al naufragio de La Eneida, que «comparten un mismo fin, el objetivo de salir a flote, de dejar de nadar sin rumbo»…

Rari nantes es una suerte de *thriller* literario. Ha obtenido el Premio Joven de Narrativa de la Universidad Complutense de Madrid 2014.

Alba Ballesta

Rari nantes



Título original: *Rari nantes*
Alba Ballesta, 2015

-

Editor: Vins
Revisión: 1.0
Fecha: 19/09/2019

Esta novela ha obtenido el Premio Joven 2014 de Narrativa de la Universidad Complutense de Madrid, en su XVI edición, que otorgó el jurado compuesto por Andrés Sorel, Luis Mateo Diez, José María Merino y Javier Santillán.

Quisiera agradecer esta oportunidad a todos los que no me la han dado por muy inoportuno que pueda parecer.

Quisiera reconocer el mérito de los que no reconocen el mío, son ellos los que tienen razón.

Quisiera dedicar este libro a los que no lo van a leer, mejor que no se enteren o repudiarán mi gratitud.

Clara Dubasenca

I

En enero Álvaro Aliaga siente sus orejas como miembros fantasmas. La humedad de Barcelona le enrojece a ritmo vertiginoso los lóbulos. Si al cabo de una media hora siguen expuestos al frío, estos adquieren un ligero tono púrpura y el hélix se vuelve rosáceo. Álvaro piensa que el invierno acabará con sus oídos y calcula que para cuando llegue la primavera ya habrá perdido un ochenta por ciento de audición. Entonces imagina que el frío le congela por completo las orejas y se le desprenden de la cabeza con pasmosa facilidad. De esta forma, en enero Álvaro Aliaga, desorejado orejudo, se convence de que no tiene orejas, sino meros miembros fantasmas. Si alguna vez paseando en pleno centro ese pensamiento se le enquista y no consigue extirparlo ni con bisturí, Álvaro se dirige al primer bar o librería que encuentra para entrar en calor. Aquel día era veinticuatro o veinticinco, jueves o viernes, cuando Álvaro, en uno de esos terribles ataques en los que augura su propia sordera, entró en una librería de segunda mano de la calle Aribau. No ojeó ningún ejemplar en las estanterías infestadas de tomos vetustos y plúmbeos que hacían las veces de pared, se dirigió directamente a la mesa que ocupaba la primera mitad de la tienda y sobre la que dormitaban pilas de libros de segunda mano, uno encima de otro, en montones de entre diez y quince ejemplares, lo cual dificultaba hasta extremos irritantes eso que se suele llamar «echar un vistazo rápido». En cualquier caso, Álvaro no tenía prisa alguna y podría haber empleado toda la tarde de aquel jueves o viernes en escarbar entre volúmenes desterrados. La mayoría era en castellano o catalán, pero había unos pocos originales en inglés o francés. Encontró una edición anglosajona en tres tomos de las obras completas de Asimov y estuvo muy tentado de comprarla de no haber sido porque la tapa le pareció de un mal gusto exquisito y porque encontró algo que llamó más poderosamente su atención.

Había manipulado ya seis pilas de libros cuando entre *Yo, Robot* y un manual de autoayuda desenterró una novela que no llegaba a las doscientas páginas: *Fotogramas psicosomáticos*. El pie de imprenta era de Barcelona en 1998 y hasta ahora nunca había oído nada sobre la existencia de la editorial, Calina. Era una edición sobria que le recordaba a las de la editorial francesa *Minuit*. La cubierta era de color blanco, la sinopsis, impresa con tipografía de serifas en negro, igual que el nombre del autor. Solo el título en fuente de palo seco de color naranja destacaba en mitad de aquella austeridad. Al abrirlo vio escrito a lápiz en la primera página el precio, ocho euros. Seis euros y treinta céntimos era todo lo que llevaba encima. Hurgó en los bolsillos laterales de su gabardina, pero únicamente encontró un par de caramelos de café y pelusas de hilo. Giró la cabeza hacia la derecha, al fondo de la tienda donde los dueños, una señora de pelo pajizo y piel marmórea y su marido, un octogenario de gafas de pasta, pasaban las páginas de lo que a Álvaro se le antojó un manuscrito medieval. A su izquierda, en el otro extremo de la mesa, una chica joven excavaba como él entre los libros. Ya estaba allí cuando llegó, parecía dispuesta a analizar todos y cada uno de los ejemplares. Cogía el primer libro de uno de los montones, lo reconocía y lo dejaba en el siguiente montón de la derecha y así con todos los tomos de la pila hasta que pasaba a la siguiente. La chica estaba inmersa en sus metódicos movimientos, nada indicaba que podría haber reparado en la presencia de Álvaro. Tras examinar el panorama y todavía con aquella novela entre las manos resolvió que cometer un pequeño hurto sería lo más idóneo. Con la mano derecha asió el libro y bajó el brazo hasta que la novela se confundió con la pernera del pantalón azul claro. Con la mano izquierda se abrió de forma sutil la gabardina. Se disponía a ocultar el libro dentro de ella cuando el octogenario se acercó y merodeó durante unos segundos alrededor de Álvaro. Enseguida se aproximó a la chica. Esto no es un mercadillo, señorita, no podemos encargarnos de colocar todos los libros una y otra vez porque nuestros clientes confundan una librería con *Els Encants*, le soltó con retintín mientras empujaba hacia arriba con el dedo índice el puente de las gafas de pasta. La palidez de las mejillas de la joven se transformó en rojo y los labios se le estiraron con timidez. Intentó balbucear una especie de disculpa cortés, una de esas

disculpas que uno tiene en la punta de la lengua, pero en el fondo, sabe que no está justificada. Se disculpó y añadió que ella creía que lo estaba dejando todo como estaba. Álvaro ya conocía aquella librería del número doce de la calle Aribau y conocía el tono insolente y el carácter agrio del octogenario. Se detuvo un segundo con la mirada fija en la escena. Pobre chica, pensó. La intuía tan frágil, aquel comentario desafortunado la afectaba de verdad. A Álvaro le habría gustado defender a aquella pobre joven macilenta con los ojos vidriosos, le habría gustado dedicarle al octogenario un comentario impertinente como todos los que él pronunciaba, pero esa pequeña disputa era la ocasión perfecta para esconderse el libro y salir de allí con naturalidad. Cuando se abalanzaba sobre la puerta con el ejemplar entre los pliegues de la gabardina, la discusión ya había terminado. El octogenario caminaba con paso solemne hasta el fondo de la tienda y la joven, con la cabeza gacha, se daba la vuelta para abandonar la librería avergonzada. Álvaro estuvo a punto de darle unas palabras de ánimo, de decirle: No le hagas caso, siempre es así. Pero en lugar de eso abrió la puerta y la dejó pasar esbozándole una sonrisa torpe de la que ella ni siquiera se percató porque seguía con la nariz apuntando hacia el suelo y los hombros encogidos. Ambos avanzaron hacia la Gran Vía y allí, en el cruce, Álvaro la perdió de vista y perdió también cualquier oportunidad de dirigirse a ella.

Sin rumbo siguió caminando unos minutos más hasta que se dejó caer en un banco. Se sacó entonces el libro robado y permaneció unos segundos, regocijándose en su delito. No era la primera vez que robaba un libro. Escasas veces lo había hecho en una tienda, más en casa de algún amigo. Los hurtos se limitaban a ejemplares olvidados que nadie echase de menos. Como profesor de literatura y bibliófilo, no soportaba ver en casa de algún conocido estanterías de libros que jamás han sido leídos, así que, cuando aquel conocido se alejaba de su biblioteca particular, cuya única función era la de un simple artículo decorativo, Álvaro aprovechaba para rescatar una de esas obras de aquella especie de ostracismo ornamental. De momento nadie había cuestionado su impunidad y este hecho no hacía sino alentarle a seguir delinquiendo.

Si el título, *Fotogramas psicosomáticos*, había conseguido engatusarlo, poco después del primer párrafo ya se encontraba

absorto y, tras pasar el primer capítulo, totalmente hipnotizado. Sobre las seis y media empezó a anochecer y a las siete en punto, cuando la iluminación de las calles provenía exclusivamente de las farolas, los coches y los rótulos, los ojos de Álvaro amenazaron con claudicar en la lectura. Iba ya casi por la mitad de la novela y sabía que se la terminaría antes de llegar a casa; aquella prosa cruda y desgarrada lo había hechizado por completo y la trama había logrado ponerle el vello de punta. Tenía que acabárselo de un tirón. Se apresuró dando frenéticas zancadas hasta una cafetería cualquiera para combatir la oscuridad y seguir leyendo. Pidió un cortado, pero solo probó un sorbo porque el movimiento que realizaba al elevar la taza hasta la boca le obstaculizaba la lectura. Le resultaba imposible desalentar un diptongo o quebrar una coma, se sentía obligado a sumergirse hasta el ahogo dentro de aquella historia.

Dos horas y media más tarde se quedó encallado en la última frase. Le costó unos ocho minutos digerir el punto final y cerrar el libro. Se resistía a admitir la evidencia: el protagonista de *Fotogramas psicosomáticos* era él mismo, Álvaro Aliaga.

II

Sumerge una galleta de canela en un océano de café condensado en una taza de cerámica. El océano arde furioso y socava la galleta hasta desgarrarla. Más arriba, en la superficie, la mano derecha de Alberto, que sujeta la cabeza de la galleta, siente los gritos de auxilio proferidos por la harina y tira de ella para rescatarla. Se tiene que ayudar entonces de la boca para evitar que la pasta descuartizada vuelva a caer en el café. Despega los labios y los acerca todo lo que puede hasta la taza. Cuando la galleta ya está a salvo recorriendo el esófago de Alberto Alcedo, este bebe un poco de café y vuelve a ejecutar la misma operación con otra galleta de canela hasta que drena por completo la taza. En eso consiste su desayuno y a veces también su almuerzo y su cena.

A continuación friega la taza, se lava los dientes y enfundado en una gabardina como siempre desabrochada sale de su piso con paso ligero. Entre semana, todas las mañanas se dirige andando hasta el instituto donde imparte clases de lengua y literatura en Ronda de Sant Pau. A menudo no soporta su trabajo, no soporta el café de máquina insípido de la sala de profesores, tampoco soporta a algunos de sus compañeros, ni repetir hasta el hastío las principales características del Realismo español y compararlo con el francés y el ruso, ni a sus alumnos, indolentes, displicentes, flemáticos; y, sin embargo, se soporta muchísimo menos a sí mismo. Por ello, a pesar de todo, su trabajo le sirve como vía de escape, para huir del lastre de tener que tratar consigo mismo.

Las clases empiezan a las ocho. Él siempre es puntual, pero P. lo es más. P., profesor de matemáticas, hombre analítico y sistemático; calcula que, una vez cruza la puerta de la sala de profesores, necesita unos cincuenta y seis segundos para quitarse la chaqueta y dejar sus cosas con calma encima de la mesa, un minuto y quince segundos para prepararse los papeles que utilizará en su primera clase y tres minutos y medio más para los de las otras dos que impartirá a lo largo de la

mañana. Le gusta invertir entre siete y ocho minutos en ojear el periódico mientras se toma un café. Cuando se lo termina se detiene aproximadamente setenta segundos frente a la ventana y es entonces cuando suele llegar Alberto, con el que mantiene alguna conversación durante los cinco minutos antes de que suene el timbre que abre la jornada lectiva. Esto significa que, como mínimo, P. tiene que llegar entre doce y trece minutos antes de las ocho en punto, pero acostumbra a tomarse cinco minutos más por si acaso, lo que implica que llegue sobre las ocho menos veinte y prolongue el tiempo que dedica a mirar por la ventana esperando a Alberto.

No obstante, hoy Alberto se ha retrasado y apenas puede dedicarles un saludo a sus compañeros. Entra algo acelerado en el aula de uno de los grupos de primero de Bachillerato y pide a los alumnos que abran el libro por la página ciento catorce. En realidad, nunca trabaja sobre los libros de texto, aunque intenta seguir el guion que marca la tabla de contenidos y usa las páginas para que sus alumnos se sitúen y, de paso, si hay alguno semidormido, para intentar despertarlo. Todavía están atascados en el Realismo, hoy pretendía dar una visión panorámica: hablar de Balzac, Galdós, Dostoyevski, Tolstoi y algo de Flaubert.

Estábamos en la hora de estudio, cuando entró el director seguido de un chico nuevo con atuendo provinciano, recitó maquinalmente un adolescente sentado en primera fila cuando Alberto le entregó una edición vieja y mal traducida de «Madame Bovary». El chico acabó el primer párrafo y le pasó el tomo al joven de su derecha, que leyó hasta el último punto del segundo con idéntico automatismo. Seguidamente Alberto pasaría a nombrar a otros autores franceses adscritos al Realismo, aludiría a Zola y a Maupassant, pero antes de eso, al mismo tiempo que percibía como ruido de fondo esas voces monótonas escupiendo las primeras líneas de «Madame Bovary», le vino a la cabeza un pensamiento en el que ya había reparado muchas otras veces: el mundo se divide entre rusos y franceses. Esto se puede considerar como un principio universal, aunque siempre hay quien se considera apátrida, siguió cavilando, y esta división no tiene nada que ver con la procedencia, con el lugar en el que uno nace. De esta manera, ninguno de los escritores franceses que acabo de enumerar es francés, sino ruso; especulaba Alberto. Cuando pienso en Rusia me viene a la mente la Revolución francesa. Napoleón fue, quizá, el primer gran ruso, uno de los precursores de esta teoría. Napoleón era tan ruso, aun cuando

combatiese contra Rusia. Hay un cuadro de un pintor alemán del siglo XIX, Aldolf Northern, que pone de manifiesto la paradoja de la clasificación entre rusos y franceses. Se trata de la derrota de Napoleón frente a las tropas rusas en 1812. La pintura muestra el momento de la retirada; Napoleón, a lomos de un caballo, recorre cabizbajo un paisaje desolador y humillante en su tristeza. El Emperador, ascendido a general por su heroica defensa de la Revolución francesa —que en realidad fue la primera Revolución rusa— se repliega, vencido por su propio bando, traicionado después de lo que fue, si no la mayor, por lo menos la primera ostentación de lo ruso de la historia. La música más apropiada para acompañar el cuadro y cerrar la descripción de lo ruso sería Tchaikovski por antonomasia, en concreto, la obertura de 1812. No deja de haber cierto romanticismo en lo ruso, como también está presente en lo francés. Sin embargo, el ruso es un romanticismo moderado, armonioso, en su justa medida. Basta con pasearse por el Kremlin de Moscú para que uno se haga una idea de lo que quiero decir. La muralla, las torres, las catedrales, todo es de una asombrosa majestuosidad contenida. Ni siquiera el Campanario de Iván el Grande, con sus ochenta y un metros de altura puede parecer exagerado. Notre Dame, en cambio, constituye el ejemplo más gráfico de esa desmesura francesa, o la Catedral de Colonia, aunque germánica, una de las más francesas, con casi ciento cincuenta, metros de altura. Podríamos afirmar, no sin cierta cautela, que lo francés es una respuesta a lo ruso o que, como mínimo, conoció su apogeo más tarde y en sus inicios estuvo bastante relacionado con la cultura germánica. De hecho, uno de los pioneros en lo francés nació en Alemania, Schopenhauer. No obstante, los máximos exponentes de lo francés son franceses en el sentido estricto del término, desde Chateaubriand y Baudelaire hasta Céline, pasando por Rimbaud y Mallarmé.

¿Y yo, soy ruso o francés?, se preguntó a sí mismo. Así, a bocajarro, diría que no soy ninguno de los dos, pero si tengo que decantarme por algo quizá elegiría francés. Sin embargo, las novelas que más me han marcado son los clásicos rusos y con esto no solo me refiero a Tolstoi o a Chejov, también hablo de Stendhal y de Flaubert, por supuesto. En fin, quizá todas estas conjeturas no son más que una burda división que no tiene ni pies ni cabeza. ¿Acaso los rusos no pueden ser, si se lo proponen, algo franceses y viceversa? Flaubert es más bien ruso en «Salambó», pero en «Madame Bovary» y en su correspondencia no es

nada ruso. ¿Y Kafka? ¿Dónde colocamos a Kafka? Sobre Kafka me resulta tremendamente difícil pronunciarme. Kafka, Kafka, Kafka era kafkiano, claro.

Cuando recobró la noción del espacio y el tiempo, Alberto se dio cuenta de que ya hacía más de tres minutos que aquel alumno había terminado el segundo párrafo de «Madame Bovary» y toda la clase le miraba fijamente en actitud expectante. Entonces se imaginó que esos adolescentes que le interrogaban desde sus respectivos pupitres eran el ejército ruso que contemplaba triunfante a aquel Napoleón de 1812 derrotado y retratado por Aldolf Northern. Enseguida pensó que constituía una osadía por su parte caracterizarse a sí mismo como Napoleón, a pesar de ese ambiente malogrado.

¡Lo que sí es una osadía es lo que escribe Conrad Desmond!, exclamó Álvaro con una expresión entre la indignación y la perplejidad sentado en un banco de la Gran Vía, lo de la teoría franco-rusa es mío y todos a quienes he hablado de ella se han reído de mí. ¿De dónde lo ha sacado este fantoche? Ya casi se habían extinguido por completo los últimos vestigios de luz solar y la iluminación de las farolas maltrataba demasiado los ojos de Álvaro, que embestían atropelladamente contra las páginas de *Fotogramas psicosomáticos*. Cerró de golpe el libro y resolvió terminarlo en un bar cualquiera tomando un café, para repartir un poco el regusto amargo con el que aquella lectura le llenaba la boca.

Proporción áurea

La luna se puede tomar a cucharadas
o como cápsula cada dos horas

Jaime Sabines

Luna se enciende el cuarto cigarrillo después de olvidar la cantidad de tabaco fumado durante toda la noche y empezar a contar de nuevo, desde cero. Últimamente su dieta consiste fundamentalmente en eso: cigarrillos, café y Prozac. Lleva varios días sin salir de casa, los mismos que no se cambia de ropa y parece que Roger Wolfe escribió pensando en ella sus versos «Más muertos. Más cigarrillos. Más tranquilizantes y café. Enfermo. Es evidente». Está enferma, Luna lo sabe desde hace tiempo, sin necesidad de leer a Roger Wolfe. Pero contemplar la alternativa, la salubridad, le da fuerzas para persistir en su enfermedad. No duerme, eso forma parte de los síntomas. En su vigilia fuma, mira por la ventana, pinta manos y pies venosos o escucha a King Crimson. Su hígado se compone de chicles de fresa de mala calidad, de esos que se ablandan antes de que te dé tiempo a hincarles el diente, al menor contacto con la saliva. Se acaba un cigarrillo y siente que se acababa un pedacito de ella, porque una calada más es un soplo menos. No importa, se decía. Para ella fumar era vivir y morir al mismo tiempo, respiraba a través del humo y el humo, a su vez, más que respirarla, la aspiraba. A pesar de eso, no tenía el olor inconfundible de los fumadores compulsivos, poseía un olor corporal característico tan intenso que anulaba cualquier indicio de tabaco. Luna desprendía un perfume de tonos azulados, a caballo entre la penumbra y la oscuridad. Olía a melancolía, olía a la pintura de Edward Hopper, olía a abandono y a *Automat*. De esta manera, le resultó fácil ocultar su adicción. Siempre fumaba en soledad, nunca en reuniones sociales o si había alguien conocido

delante. Le avergonzaba y temía romper definitivamente la imagen frágil e inocente que ofrecía a los demás. Muy pocos sabían que fumaba y los que lo sabían pensaban que se trataba de algo esporádico.

Se despertó de su ensimismamiento para ir al baño. Al bajarse los pantalones se dio cuenta de que no llevaba bragas y no logró recordar por qué. Demasiado débil para hacer suposiciones, demasiado débil incluso para mear. Tensaba el vientre con todas las fuerzas que había conseguido reunir mientras fumaba y no salía nada. Al cabo de cinco minutos claudicó. Justo cuando se incorporaba oyó una especie de zumbido. Era su móvil desde el salón. Se apresuró, sin pantalones ni bragas, hasta el sofá y pulsó la combinación para desbloquear el teclado. Un mensaje nuevo de Q.: No tengo nada mejor que hacer que fingir que hago algo. El último bus nocturno que puedo coger sale en media hora. Si no se han acabado los tuyos, ¿nos vemos en Plaza Cataluña?

Se abalanzó sobre el ordenador, inconsciente, como si la hubieran programado para ello. Miró los horarios en Internet, el próximo pasaba a las 3:15. El mío llega dentro de diez minutos. Nos vemos allí, tecleó Luna y volvió a caer en la cuenta de que estaba desnuda de cintura para abajo. Se puso los primeros vaqueros que desenterró del cementerio de ropa en el que su armario se había convertido. Cogió un bolso, las llaves y algo de dinero. Salió corriendo y aceleró cuando avistó a lo lejos el autobús. Apenas calculó la distancia necesaria para frenar. Suerte que las puertas se abrieron dos segundos antes de que Luna llegase y la salvaron de estamparse la cara contra los cristales de la puerta.

No había nadie más en el autobús. Luna, al tomar asiento, incluso imaginó que ni siquiera había conductor, que se acababa de subir a un autobús fantasma. La oscuridad de afuera perfilaba en los cristales su imagen reflejada, casi como un espejo. Luna se observó, no había tenido tiempo de peinarse y desde haría unos meses había perdido bastante peso. Pensó entonces que esa cara que veía no estaba completa del todo, que no era su cara entera, sino la mitad de su rostro. Percibió aquel reflejo como una foto a la que le han recortado algunos trozos. A ella le habían cercenado las mejillas y parte de las clavículas. Se le ocurrió así, al verse reflejada, que parecía uno de los retratos de Egon Schiele, una de esas figuras de

facciones angulosas, hirientes. Le vino a la mente uno de los cuadros más conocidos, el de una joven de pelo negro, como el de ella, desnuda y de frente, con la cabeza ligeramente inclinada a un lado. Es hermosa, en realidad, pero duele tanto mirar ese cuerpo quebradizo. Se ruborizó porque no le gustaba la idea de enseñarle a Q. su aspecto demacrado, macilento, enfermizo. «Es evidente». Hacía tiempo que no lo veía y le había sorprendido aquel arrebato espontáneo, impredecible de quedar a las tantas de la madrugada sin ningún plan. No era la primera vez que ella hacía algo así, matar su insomnio vagando por el centro de Barcelona con algún individuo también —eventualmente— insomne. Pero sí la primera que se zambulliría en una de esas locuras con Q. ¿Quién lo habría dicho? Cuando lo conoció le cayó mal desde el principio. Normalmente, si Luna conoce a alguien y le cae mal, significa que con el tiempo se convertirán en grandes amigos. Sin embargo, estaba convencida de que con Q. eso nunca sucedería. En su primer encuentro Luna tuvo que soportar un infumable panegírico al esperanto. Lo intuía demasiado arrogante, altivo, además de analítico y pragmático. Por eso no dudó en aceptar aquella invitación imprudente. Le encantaban las ideas descabelladas y algo más irracional que una idea descabellada era una idea descabellada en boca de Q.

Al apearse, un tipo que vendía bocadillos la abordó y le acercó hasta la nariz la bandeja llena de panecillos mugrientos envasados. Ella negó con desgana y el vendedor de bocadillos fingió alejarse, pero enseguida volvió sobre sus estudiados pasos, y esta vez la asaltó preguntándole de forma torpe en exceso sobre su procedencia, sus aspiraciones en la vida y ese tipo de cuestiones triviales a las que algunos recurren como técnica de seducción, pero que a casi nadie funciona en estado sobrio. A Luna le temblaba la mano izquierda, era su forma de decir me muero de miedo. Creía que el vendedor de bocadillos acabaría raptándola. Miraba histérica hacia uno y otro lado, respondiendo con monosílabos y deseando que Q. apareciese antes de que aquel acosador terminase de formular la siguiente pregunta. El calvario se alargó cinco minutos más. Luna divisó la silueta alargada y enclenque de Q. Corrió hasta él, sin despedirse.

—Q., ¡he pasado tanto miedo! Un vendedor de bocadillos ha

estado a punto de secuestrarme.

Q. le dedicó una sonrisa afable. Se alegraba de encontrarla tan paranoica y alterada como de costumbre. Permaneció un rato observándola callado mientras ella recitaba cualquier formalismo. La miraba con el ojo izquierdo, con el único que sabía mirar sin la ayuda de unas lentes de aumento. La capacidad de visión del ojo derecho era comparable a la de un topo y la del izquierdo digna de un lince, pero nunca usaba las gafas porque esa diferencia abismal de dioptrías hacía que a través de los vidrios el ojo miope pareciese el doble de grande que el otro y se sentía ridículo, aunque a Luna aquello le resultaba entrañable. Esa asimetría se manifestaba, casualmente o no, en el color del iris, el ojo avizor tenía tonalidades verdes ligeramente azuladas y el cegato era castaño. Puede que también se le escapase la asimetría cuando le sonrió a Luna a modo de bienvenida, ya que con carcajadas o incluso con risas casi inaudibles las desproporcionadas costillas de Q. se marcaban de forma desigual, el costado derecho estaba completamente hundido y el izquierdo era demasiado prominente. Y no solo eso, el tamaño y la forma de los dedos de las manos se asemejaban a una melodía disonante. Daba la sensación de que cada dedo pertenecía a una mano diferente, como si se tratara de un puzle montado con piezas sobrantes de otros, como si no terminasen de encajar del todo. Cuando gesticulaba o movía las manos en una conversación el interlocutor creía estar viendo a un pianista sin talento. A pesar de aquello y contra lo que muchos puedan pensar, Q. tenía algo que convertía todas las irregularidades en armonía. El desequilibrio se compensaba y constituía en Q. la más perfecta proporción, aunque eso él lo ignorase y se esforzara por poner en su vida diaria el orden del que creía carecer en su interior.

—Siento haberte hecho esperar. No había ningún autobús antes —se excusó Q.

Parecía que Luna ya había terminado con las preguntas de cortesía y los formalismos. Q. solía ser el que monopolizaba la conversación, pues ella era demasiado reservada y taciturna. Emprendieron camino hacia ninguna parte, comenzaron a andar sin reparar en la dirección. Cuando llevaban algo más de diez minutos caminando Q. se dio cuenta de que Luna apenas había abierto la boca desde que él se quedase embobado mirándola con el ojo

izquierdo e intentó provocar un tema en el que ella pudiese extenderse. Se interesó por su pintura y le preguntó si había pintado algo últimamente. Parece que Q. dio en el clavo con aquella elección, o tal vez, dio en la llaga. A Luna se le agrió un poco el semblante, como si estuviera hastiada de responder siempre a la misma pregunta o como si el mero hecho de hablar la incomodase. O, quizá, ambas cosas, ya que hablar sobre ella misma la irritaba y, en este caso concreto, además de irritarla, le cansaba explicar que desde hacía unas semanas solo pintaba círculos, círculos tangentes dentro de un círculo enorme que los abarcaba a todos ellos. Una de sus últimas creaciones se componía de un círculo negro con un borde muy fino en gris oscuro, que a su vez contaba con otro borde algo más grueso en gris claro y, finalmente, del último círculo concéntrico solo se veía una línea igual de fina que la del primer borde y poseía el tono más claro de todos, casi blanco. Si permanecías un rato con los ojos fijos en el centro de todos esos círculos concéntricos, tenías la impresión de que el negro se iba ensanchando, se hacía cada vez más grande, como un abismo que se tragaba todo lo demás, como una puerta a una dimensión desconocida.

—Lo peor de todo es que cuando no pinto me dedico a mirar ese abismo. Pierdo la noción del tiempo. El *tic tac* del reloj pasa a ser mi mantra y puedo quedarme horas enteras en trance.

Habían llegado, sin proponérselo, al puerto y Q. acababa de pararse en seco. Justo después de que Luna terminase de hablar.

—¿Qué pasa? ¿Por qué te paras?

—No lo había planeado, pero ya que estamos aquí te lo enseño —dijo Q. mientras le hacía señas para que avanzaran un poco más hacia la derecha.

—¿Qué vas enseñarme?

Q. no quiso responder y siguió caminando. En un minuto ya habremos llegado, calculó mentalmente. Sesenta segundos más tarde volvió a pararse en seco. Mierda, está apagado, masculló para sus adentros.

—¿Has dicho algo? No te he oído —le gritó Luna que se había quedado rezagada.

Q. tenía los ojos fijos en el suelo, Luna se abalanzó sobre él y acto seguido bajó la mirada hacia el mismo punto que Q.

escudriñaba. Era una especie de placa de cristal incrustada en los adoquines del paseo que mostraba un número, el dos.

—El número tendría que estar iluminado —farfulló Q.

—Había pasado muchas veces por aquí y nunca me había fijado, ¿qué es?

—Es un monumento a Fibonacci, ¿sabes quién era Fibonacci? —Luna negó con la cabeza, algo avergonzada—. Fibonacci hizo una de las series matemáticas más conocidas. La serie empieza en cero, le sigue el uno y la sucesión a partir de ahí es la suma de los dos elementos anteriores: 1, 2, 3, 5, 8. Es una estupidez, que seguramente a ti no te interesará, porque las matemáticas no te gustan, pero iluminado es bastante bonito. Lástima.

—No pasa nada, sigue pareciéndome interesante, aunque los números me den miedo —le dijo para tranquilizarle al mismo tiempo que soltaba una carcajada.

Pero Q. no pudo evitar sentirse mal. Si lo hubiera sabido, si lo hubiera planeado, murmuraba para sus adentros, he hecho el ridículo y, para colmo, le asustan los números. Por suerte, en ese momento, cuando continuaron su camino a la deriva, Luna empezó a hablar sobre un pintor cuyo nombre Q. no logró retener porque no prestó atención a nada de lo que ella dijo. Aprovechó el monólogo de Luna para recitar mentalmente la sucesión de Fibonacci. Solo cuando llegó a 514229 logró calmarse.

III

A la mañana siguiente de aquel jueves o viernes, Álvaro se medio despertó —porque solo había medio dormido— sin saber exactamente si el día pertenecía a un viernes o a un sábado y, por ende, sin saber si tendría que ir a trabajar. Durante el desayuno, que ese día, seguro, sería el mismo que su almuerzo y su cena, en lugar de sumergir las galletas de canela, las ahogaba con rabia. Las arrojaba a aquella masa furibunda de café y luego descargaba la cuchara, que quebrantaba las galletas, las mutilaba hasta que llegaba al fondo de la taza y la cuchara bramaba como un trueno en mitad de una tempestad. Así una y otra vez hasta que Álvaro se decidió a sorber de un trago esas aguas turbias. Se lo bebió sin respirar y con una mueca que uno no podría decir si era de asco o de estoicismo, o quizá de los dos, igual que un condenado a muerte que acepta la cicuta.

El café, sobre todo, el café de la mañana constituía, según Álvaro, uno de los mejores momentos del día, pero ahora se lo habían usurpado. Ahora veía a Alberto Alcedo sentado a la mesa, a su mesa, y el café le sabía a ponzoña. Se levantó para ir al baño y al inspeccionarse las encías tras lavarse los dientes, no podía ver sino las encías de Alberto Alcedo que, en realidad, tendrían el mismo aspecto que las de Álvaro Aliaga. Conrad Desmond no lo había descrito, pero probablemente Alberto se le antojaba alto, enclenque, famélico, igual que Álvaro, con el pelo despeinado y vestido siempre en ropa aburrida de colores oscuros. ¿Y sus ojos?, se preguntaba observando su reflejo —que ya dudaba si era suyo o de un personaje de ficción—, ¿tendría una mirada ojerosa como la mía? ¿Cómo se habría imaginado Conrad Desmond a Alberto Alcedo? ¿Acaso se lo habría imaginado alguna vez o simplemente se había dedicado a jugar a los detectives para plasmar mi vida? ¿Pero qué interés podría tener yo, un triste profesor de literatura, un tipo

acabado? ¿Cómo ha averiguado tantos detalles sobre mí? ¿A qué se dedica realmente Conrad Desmond? ¿Existe realmente Conrad Desmond? ¿Será un pseudónimo? ¿Quién diantres es Conrad Desmond?

Y con ese extraño nombre reverberándole contra los tímpanos, Álvaro dejó su apartamento y empezó a dar vueltas sin rumbo definido por el Raval. Se había olvidado por completo de que quizá hoy tenía que ir a trabajar y ni siquiera se había molestado en enterarse de en qué día se hallaba. Cuando llegó a la Rambla del Raval dio un par de vueltas sobre sí mismo, no estaba seguro de qué pretendía, tampoco lograba establecerse una ruta y ahora que tenía demasiadas calles entre las que elegir se había bloqueado. El nombre de Conrad Desmond todavía le martilleaba el cráneo, creía que la cabeza se le descompondría allí mismo. En mitad de la Rambla empezaría a disparar sangre, sesos y vísceras. Miró lastimero a una señora parada a unos tres metros de él, intentó pedirle perdón con los ojos por lo que pudiera pasar, por si de un momento a otro le estropeara el abrigo manchándolo de materia gris. Se sujetó la cabeza con las dos manos para comprobar que todavía la conservaba y construyó una especie de caja con los brazos para retenerla. Corrió hasta el Café de les Delicies y se vio entonces en la obligación de liberar su cabeza para poder musitar un saludo y pedir un cortado al camarero. Se sentó a una mesa apartada sobre la que descansaba un periódico, que al parecer era una publicación semanal sobre literatura. Álvaro fue pasando las páginas sin detenerse en ninguna de ellas hasta que paró entre la diez y la once, justo cuando llegó el camarero con el cortado. Gracias, balbuceó cuando este ya había llegado a la barra. Zambulló la cuchara en el café y ejecutó un movimiento mecánico, como para mezclar el azúcar, aunque él no le había echado azúcar. No solía hacerlo, decía que el café de verdad era amargo y así es como se debe tomar, lo mismo sucede con el chocolate. Antes de llevarse la taza a los labios, se la acercó a la nariz. Tanteaba el aroma, asegurándose de que este no le sabría tan mal como el de hace apenas una hora, no le sabría a Alberto Alcedo. Cerró los ojos para regocijarse mejor en el olor y al abrirlos vio el nombre de Conrad Desmond. Lo vio de verdad y no en su cabeza. Conrad Desmond estaba ahí, delante de sus narices, en la página once de aquel

periódico literario que ahora estaba impregnado de café porque, del susto, Álvaro había volcado la taza. Da igual, pensó, después de esto sí que me habría sentado mal. Colocó la taza vacía en el plato, junto con la cuchara y el sobre de azúcar y los llevó hasta el extremo derecho de la mesa. Su prioridad ahora era salvar la revista, desnudó a un servilletero para intentar secar el papel con más papel. El camarero no se daba cuenta de nada, le contaba batallitas a un señor apoyado en la barra. Se las arregló para enjugarla, aunque las hojas, especialmente la número once, eran ahora muy endebles y algunas palabras aparecían borrosas por culpa de la tinta diluida. No obstante, Álvaro pudo descifrar todo lo que allí había impreso. Se trataba de una sección que incluía un relato de Conrad Desmond. ¿Hablará otra vez de mí?, pensó antes de leer la primera sílaba con las pupilas temblorosas.

El fenómeno tuvo lugar en la vía número dos de la estación de Montpellier. Yo acababa de terminar mi primer viaje importante de negocios. Se trataba de la primera vez que salía al extranjero por asuntos de trabajo. Empezaba a formar parte del abyecto mundo profesional, donde yo todavía era el último eslabón de una cadena llena de jefes intolerantes y subsistía con un sueldo del que solo el alquiler del piso consumía más de la mitad. Era el final de un fin de semana agotador pero satisfactorio. Me entristecía volver a mi apartamento con olor a pollo frito después de la estancia a gastos pagados en un hotel de cuatro estrellas. Mientras esperaba a que llegara mi turno me dediqué a escrutar al resto de personas. Ya me había percatado de que observar a la gente corriente cuando pasea por las calles o mientras desarrolla la rutina de su día a día era un pasatiempo interesante, pero no sabía que el panorama de las estaciones constituía un verdadero espectáculo en vivo. La escena se componía de dos grupos principales, primero observé a aquellos que partían de vacaciones y reflejaban en sus caras felicidad y sueños a punto de cumplirse y luego me centré en los que, al igual que yo, regresaban a sus hogares. Estos últimos fueron los que atrajeron toda mi atención. Los gestos nostálgicos y las lágrimas edulcoradas me cautivaron. Había familias con ojos quejumbrosos y niños cansados con la mirada perdida y vidriosa. Apenas a tres metros de distancia, al final de la cola, una chiquilla lloraba y abrazaba con fuerza a una mujer

mayor. La joven parecía española, sin embargo, no había duda de que la abuelita era francesa. La señora retiró su cabeza escondida en los brazos de la chica y ambas se miraron con la esclerótica enrojecida y húmeda. Creo que pude leer en los labios de la señora «Vuelve el verano que viene». La chiquilla arrugó sus labios a modo de sonrisa mientras avanzaba hacia donde se dirigía la multitud. Ahora estaban separadas por hordas de pasajeros que caminaban sin detenerse hacia sus respectivos vagones, pero intentaban buscarse con la mirada, negándose a despedirse, puede que para siempre. De repente, tuvo lugar uno de esos rápidos desplazamientos generales que te arrastra y en los que tú lo único que puedes hacer es dejarte llevar. La chiquilla estaba obligada a despegarse de la señora.

Contemplaba aquella imagen trágica cada vez menos nítida a causa de las lágrimas que me caían de los ojos, acompañando a aquellas dos desconocidas. No pude evitarlo, me invadió un hondo sentimiento de melancolía. Sin embargo, a pesar de mi rostro compungido, reptaba por mis vértebras la euforia más absoluta. El trayecto en tren fue el apogeo de aquella catarsis, cuando descubrí que me habían asignado el asiento al lado de la chiquilla. Ella estaba con la nariz pegada al cristal de la ventana, temblando con sollozos entrecortados. Me estremecía en mi asiento y me regocijaba sufriendo con ella.

Una vez llegué a Barcelona supe que aquel episodio sería el primero de una serie de terapias purificadoras que tendrían como escenario las estaciones de tren. No disponía de mucho tiempo libre, tuve que prescindir de horas de sueño para compaginar mi trabajo con aquellas visitas a la estación de Sants. Cada noche elegía una vía distinta y presenciaba melodramáticas despedidas y tiernos reencuentros, Todo era intenso y mágico, me sentía dentro de una novela o lo que es mejor, me sentía el escritor, el que inventa y crea historias. Veía aquellas escenas y les ponía un diálogo, un prólogo y un epílogo. Ya no me importaba el mal olor de mi casa ni mi dudoso puesto de trabajo. Tras aquel descubrimiento mi vida estaba completa. A veces esperaba de pie y otras me acurrucaba en un asiento de plástico duro, que después de varias noches se convirtió en lo más parecido a un lecho. Llevaba el suficiente dinero como para subsistir allí durante casi un año. Solo necesitaba agua y de vez en cuando algún aporte calórico sólido, el resto ya lo completaban aquellas imágenes capaces de atiborrarme a conmoción y sentimientos. Estuve allí por espacio de casi dos semanas. Mi jefe había

hecho incontables llamadas a mi teléfono móvil y supongo que otras tantas al de mi casa. Me fue imposible contestar a ninguna, si alguna vez sonó el teléfono móvil yo estaba enfrascado en cualquier despedida de cualquier tren a cualquier lugar y para cuando alguna vez pudiera haberme percatado de la llamada, el teléfono se había quedado sin batería. Lo del número de mi apartamento es obvio, no salí de la estación de Sants en dos semanas. Aquello poco me importaba. No estaba en juego mi puesto de trabajo, sino mi vida. Observar esos rostros marchitos era el summum de la embriaguez. Lloraba, reía, a veces incluso gritaba solo a viva voz estruendosos «¡No te vayas!», sentía más que nunca. Un día, tras contemplar otra de las muchas conmovedoras escenas que allí sucedían, me giré y di vueltas alrededor de mí mismo. Parecía un perro que olfatea, aunque no podría explicar exactamente por qué estaba haciendo aquello. Miré a la gente que pasaba, no solo a los que esperaban para bajar a las vías. Todos andaban ensimismados, pensando en sus quehaceres, en sus vidas y en las vidas que compartían. Me pasé la mano por la cara, tenía una barba afilada y sucia. Me ruboricé al pensar en el penoso aspecto que presentaría en aquel momento. Alcé la vista y volví a mirar. A mí no me miraba nadie.

Gracias a aquella revista literaria, Álvaro obtuvo, además, una pequeña semblanza biográfica sobre Conrad. A pie de página un párrafo rezaba que el autor de aquel relato nació en México, pero se crio en Estados Unidos y a los diecisiete años se trasladó a España con su familia. Empezó la carrera de Filosofía en la Universidad de Valencia, aunque finalmente se licenció en la Autónoma de Barcelona. Había colaborado para diversos medios de comunicación, entre ellos la revista *Claves de razón práctica* y actualmente residía en el sur de Francia, en Céroul.

Álvaro se había tranquilizado al comprobar que, por lo menos, esta vez no hablaba de él. ¿A quién se referiría entonces en ese relato? ¿Acaso no era el propio Conrad Desmond quien se escondía detrás de esa primera persona del singular? ¿Acaso inmiscuirse en vidas ajenas no era el pasatiempo favorito del escritor?

IV

Álvaro todavía dormía cuando sonó el teléfono, pero el brazo izquierdo salió ágil de debajo de las sábanas y la mano pudo alcanzar el móvil situado en la mesita de noche. No fue hasta que recibió esa llamada sobre las nueve y media de la mañana cuando se enteró al fin de que acababa de despertarse en un sábado y, por lo tanto, la víspera era viernes y cuando descubrió *Fotogramas psicosomáticos*, jueves. Aún tenía las córneas sucias de sueño y no alcanzó a ver el nombre de la persona que llamaba, se limitó a descolgar con un saludo torpe.

—Por fin das señales de vida —exclamó la voz de Q. al otro lado —. ¿Qué ha pasado? ¿Estás enfermo?

—Algo así —contestó esforzándose por despertarse del todo.

—¿Cómo que algo así, Álvaro? Ayer te llamé varias veces, pero tenías el móvil apagado y en casa no contestabas. Me tenías preocupado y en el instituto también estaban preocupados. Nunca faltas y si alguna vez lo has hecho, has avisado. No está bien que no avises de tus ausencias, incluso si no están justificadas. Podrías haberte inventado cualquier excusa, ya me temía lo peor.

—Tranquilízate, estoy bien —antes de que terminara la frase Q. le interrumpió.

—Perdona, es que me había preocupado. No he debido soltarte este sermón, especialmente a primera hora de la mañana. Ya estabas levantado, ¿no?

—Casi.

—¿Te he despertado? Lo siento, solo quería asegurarme de que estabas bien.

—Pues estoy bien, Q. La verdad es que no estoy seguro de por qué no fui ayer al instituto. Creo que se me olvidó.

—¿Se te olvidó? —Q. hizo una breve pausa, no terminaba de creer lo que acababa de escuchar—. ¿Seguro que estás bien? ¿Te

apetece que nos veamos un rato hoy?

—¿Vernos hoy? —repitió como para asimilar todo lo que Q. le soltaba a un ritmo demasiado rápido para el entumecimiento de Álvaro—. Sí, sí, es una buena idea. ¿Has desayunado?

—Me acabo de tomar un café.

—Bien, pues vamos a tomarnos otro —ensartó Álvaro sin apenas dejar que acabara la frase—. ¿Quedamos en La Central de la calle Mallorca? Tengo que mirar unas revistas y, de paso, podemos tomarnos algo en la cafetería.

No era la idea que más apetecía a Q., él había pensado más bien en quedar para comer. Ya había planeado emplear la mañana en corregir exámenes, pero, al cabo de algo más de media hora avanzaban los dos por la calle Mallorca, desde direcciones opuestas, hasta La Central. Álvaro le saludó con un gesto de cabeza. Seguidamente se giró y se abalanzó sobre la puerta para entrar. A Q. le sorprendió su actitud, esperaba que, como mínimo, aludiera de alguna forma, más o menos implícita, a lo ocurrido la víspera. Intentó detenerle, pero mientras pensaba en lo extraño de la situación se le escapó y Álvaro ya estaba ojeando la sección de revistas, situada al lado de la entrada. Q. se limitó a acercarse y mirarle con condescendencia. Álvaro pasaba como poseído las páginas de una revista; de repente, se paró y lanzó una carcajada que asustó a Q.

—Álvaro, estás rarísimo, me das miedo. ¿Vas a contarme de una vez lo que te pasa?

Álvaro pronunció una masa ininteligible de fonemas mientras asentía y se dirigía al mostrador con la revista en la mano. Q. seguía sumido en una perplejidad incalculable, no se atrevía a moverse. Cuando hubo terminado de pagar, Álvaro le hizo una señal con la mano que significaba que lo siguiera. Él obedeció sin quejarse, todavía estupefacto y casi horrorizado. Subieron por las escaleras a la planta de arriba, al parecer Álvaro pretendía llegar a la cafetería. Quizá ahora consiga que se comunique por frases bien construidas en lugar de gestos, pensó Q. Al llegar, Álvaro tomó asiento en una esquina y luego se incorporó ligeramente para que el camarero reparara en su presencia. El chico hizo ademán de salir de detrás de la barra, pero Álvaro pidió un café con leche y Q., a quien no le apetecía tomar nada, dijo lo primero que se le ocurrió: para mí, un

zumo de piña.

—Bueno, ¿vas a explicarme ya qué está pasando? —Esta vez el tono de Q. era mucho más hostil.

—Sí, sí, cálmate. Ahora mismo yo estoy infinitamente más desconcertado que tú. ¿Q., qué harías si un día descubres que te han robado la vida?

—No sé exactamente a qué te refieres, pero quizá no me equivoco si te digo, como ya te he dicho más de una vez, que pasas más tiempo en tus libros que en tu vida y que deberías esforzarte por salir alguna vez de la literatura.

En ese momento llegó el chico con el café con leche y el zumo de piña. Q. cambió su expresión, conocía de sobra el tipo de conversación que se avecinaba y eso le tranquilizó. Eran frecuentes los ataques depresivos e inopinados de Álvaro y también era bastante habitual que Q. consiguiese moderarle la angustia con su realismo analítico. A su vez, las reflexiones de Álvaro servían a Q. a modo de pequeños viajes a un mundo mucho más desenfrenado, intuitivo, menos mecánico que aquel al que estaba acostumbrado.

Con la mirada perdida en los círculos que marcaba la cuchara al mezclar la leche con el café, Álvaro empezó a relatarle los acontecimientos que habían tenido lugar entre jueves y viernes. Le contó primero cómo le llamó la atención aquella extraña edición que llevaba por título *Fotogramas psicosomáticos*, se saltó el episodio de la chica de la librería y el octogenario y pasó directamente a describir lo mucho que le cautivó el principio de la novela hasta que se dio cuenta de que el protagonista presentaba siniestras similitudes con su propia persona. Entonces leer se convirtió en una carga y acabar el libro, en una obligación moral. ¿Qué harías tú si un día descubres que te han robado la vida?, repitió Álvaro cuando hubo acabado la primera parte de su historia. ¿Qué harías tú si, de repente, descubres que un personaje ficticio te ha expulsado de tu vida?

—Vaya, no lo sé. Yo no leo ficción, solo, de vez en cuando, ensayos y biografías, —balbuceó Q. con un rostro mezcla del pasmo y el estremecimiento—. Y ayer, ¿qué pasó?

—Ayer lo encontré, a Conrad.

—¿En serio? ¿Dónde?

—En el Raval.

—¿Y cómo lo reconociste?. ¿Hablaste con él? —Q. no daba crédito.

—Encontré una revista en el Café de les Delicies —contestó entre carcajadas—. No lo vi en persona, sino que di con una pista, con un relato suyo en una revista de literatura y averigüé más sobre él.

—Siempre me tomas el pelo. Hablas como si estuvieras en una novela.

—¿De verdad? No sé hablar de otro modo.

A continuación, le explicó que *Fotogramas psicosomáticos* causó en él tal sensación de desconcierto que no se acordó de que la víspera tenía que haber ido a trabajar y se fue a dar un paseo para intentar despejarse, aunque lo único que obtuvo fue más confusión cuando volvió a aparecérsele Conrad Desmond. Entonces abrió la revista que acababa de comprar y señalando con el dedo índice le mostró el nombre de Conrad Desmond, que firmaba un artículo titulado *La primera Revolución rusa*.

—¿Cómo sabías que estaría aquí?

—Ayer, junto con el relato había una pequeña biografía del autor. Ponía que colaboraba para *Claves*. Cuando me has llamado esta mañana y me has propuesto vernos, se me ha ocurrido aprovechar para venir aquí y seguir el hilo de pistas de Conrad.

Q. empezó a ojear aquel artículo, hablaba otra vez sobre la división del mundo entre rusos y franceses. No había ninguna aportación estrictamente nueva con respecto a lo que expuso en *Fotogramas psicosomáticos*, se trataba simplemente de una versión más amplia y académica de lo que ya había escrito en boca de Alberto Alcedo. Esta vez lo hacía de forma más rigurosa, con más datos históricos y más ejemplos. Q. se detuvo durante unos tres minutos y lo leyó por encima. Al terminar no pudo evitar reírse de forma estruendosa.

—¿Entonces existe de verdad eso de la teoría franco-rusa?

—No, ese es el problema. Era algo que hasta ahora yo creía original, pero, como ya te he dicho, ese cretino de Conrad Desmond ha saboteado mi vida y mis ideas.

—¿Y qué vas a hacer ahora?

—No lo sé, tengo que investigar más sobre él. Tengo que hablar con él —dijo Álvaro acelerado, tropezándose con las sílabas tónicas.

—¿Vive en Barcelona?

—No, creo que vivió aquí, porque leí que se licenció en la Autónoma, pero ahora reside en Céroul.

—¿Segul?

—Una pequeña ciudad del sur de Francia.

—Ah —suspiró Q. fingiendo que sabía situarla en el mapa—. ¿Y qué hace en Francia?

—Yo qué sé, esconderse de mí para evitar que le pida explicaciones. He pensado en enviar una carta a la redacción de esta revista. A ver si se la remiten a Conrad.

—Puede ser buena idea, ¿qué le dirás?

—Todavía no lo sé, ya me inventaré algo.

Álvaro seguía dando vueltas a la cucharilla de café y seguía con la mirada perdida en la taza, solo que ahora estaba vacía y tenía que imaginarse cómo serían los círculos que trazaría la cuchara si estuviera llena. Pensaba en lo mucho que usaba a Q. como confidente y en lo poco que en realidad le gustaba buscar consuelo en otras personas.

—Q., siento tener que contarte todo esto. A veces temo que pueda ser demasiado pesado o que pueda convertirme en una carga para ti.

—Deja de decir tonterías, para eso están los amigos. Si yo me sintiese mal, también te lo contaría y no esperaría que te molestase.

—Lo que pasa es que cuando le hablo a alguien de lo deprimido que estoy acabo deprimiéndome aún más. En primer lugar, porque me recuerdo lo deprimido que estoy y, en segundo lugar, porque, al contarlo, siento que hago que quien me escucha se sienta mal y eso me provoca una angustia mucho mayor que la que yo mismo pueda provocar en la otra persona. ¿Me entiendes? —Q. hizo un ligero movimiento con la cabeza que podría significar cualquier cosa y antes de que despegase los labios Álvaro siguió hablando—. El colmo llega en momentos como este, cuando le muestro todas esas dudas y argumento por qué me incomoda hablar de mis problemas; ya que si hay algo peor que hablar de tus problemas, es hablar de los problemas que tienes al hablar de tus problemas.

—Deja de decir tonterías —repitió Q.—, en realidad, me divierte mucho escucharte. Es como escuchar un cuento o leer un libro. Mi vida suele ser bastante aburrida y tú siempre tienes historias

curiosas.

Ahora el sonido de la cucharilla al chocar contra las paredes de la taza hacía de mantra para Álvaro, que creó un silencio con tal de reflexionar sobre esto último. Después de unos minutos, le amargó darse cuenta de que las historias curiosas no le pertenecían a él, sino a individuos imaginarios, tan ficticios como Alberto Alcedo o, tal y como empezaba a sospechar, como él mismo.

V

Álvaro y Q. se despidieron en la calle Mallorca cuando se acercaba la hora de comer. Q., cogió el metro en Diagonal y Álvaro, aunque también podría haber cogido la misma línea que Q., prefirió ir andando hasta su casa. Por el camino compró un sobre y un sello y los guardó entre las páginas de la revista. Buscó una dirección en las primeras hojas y cuando por fin se aseguró de que era esa la dirección que necesitaba solo retuvo la ciudad de destino, Madrid. Empezó a imaginar el recorrido que llevaría a cabo aquel sobre una vez lo depositara en el buzón. Terminaban de forma trágica, con el sobre olvidado encima de una mesa de despacho o en la basura, todas las escenas que distinguía entre esa papilla de fotogramas relacionados con Conrad Desmond y, especialmente, con el desencadenante, *Fotogramas psicosomáticos*. Precisamente por culpa del título, Álvaro no podía imaginar con otra cosa que no fueran fotogramas. Al fin y al cabo, en eso consiste la imaginación, pero Álvaro pensaba en fotogramas y no en imágenes, por ejemplo, que quizá sería el término más apropiado. Intentó situarse en una hipótesis más alegre, intentó preguntarse lo que ocurriría si la carta llegase a manos de Conrad y no solo eso, sino que, además, la leyese. Más aún, la contestara. ¿Qué le contestaría? Álvaro tuvo que admitir que no tenía ni la más remota idea, pues ni siquiera sabía qué le contaría él.

Su intención era redactar la carta esa misma tarde, pero no se le ocurrió ninguna excusa que le convenciera antes de llegar a casa. Sentado frente a una hoja en blanco y sujetando un bolígrafo con la mano derecha decidió que quizá le resultaría más fácil pensar en las primeras frases y que luego lo demás saldría solo. Dudó durante más de media hora si comenzar por «Estimado Sr. Desmond» sería menos conveniente que poner «Querido Sr. Desmond» y al final acabó echándolo a suertes. La moneda quiso que escribiera

«Estimado» en lugar de «Querido». Después de dibujar los dos puntos detrás de «Sr. Desmond» se sintió como si acabase de realizar un esfuerzo sobrehumano. No le quedó más remedio que aceptar la fatiga y asimilar que había hecho suficiente por hoy. Lo que escribiría después le costó casi una semana. Necesitaba algo que captase la atención de Conrad. Contarle la verdad, que su vida era idéntica a la del personaje de Alberto Alcedo, le resultaba imposible. Revelarle la verdadera razón supondría, además de exponerse demasiado, una completa humillación. Quizá con ese argumento conseguiría una respuesta, quizá así despertaría en él una suerte de sana curiosidad y morbo impío que le movería a interesarse por él, pero todo eso no sería sino cavarse su propia tumba, enterrarse a sí mismo en la literatura sin esperanza alguna de que le exhumaran. Dejó caer el bolígrafo y, derrotado, creyó que lo único que calmaría su desazón sería leer un poco en la cama. Seguía pensado en entierros y en monumentos funerarios levantados por Conrad Desmond. En ese momento, recostado en el lecho con una recopilación de cuentos de Roberto Bolaño, el colchón y las sábanas se le antojaron una cripta encerrada en una bóveda de crucería. Trató de visualizar a Conrad Desmond como el sacerdote que daba la misa en su funeral, pero como desconocía su rostro, utilizó el de Roberto Bolaño, que le miraba desde una foto en blanco y negro en la contracubierta del libro. Eligió el primer relato de la recopilación como el sermón y él mismo lo recitó en voz alta evocando la voz que supuestamente pertenecería a Conrad Desmond. Al terminarlo, la coincidencia le provocó escalofríos. El cuento se titulaba *Sensini* y trataba sobre un escritor, Sensini, que mantiene contacto por correspondencia con el protagonista de la historia. Por mucho que intentara mantenerse al margen del asunto, el espectro de Conrad Desmond acechaba en los lugares más inesperados. Aunque el reloj apenas marcaba las seis de la tarde, Álvaro se entregó al sueño con la intención de despertarse más despejado o, quizá, únicamente estaba cediendo a la voluntad de aquel velatorio ficticio y en su imaginación cerraría los ojos para no abrirlos más en la realidad.

Finalmente se despertó a la una de la madrugada, aunque no precisamente más despejado. Estuvo dando vueltas sobre sí mismo en su habitación a oscuras y luego, sin atreverse todavía a encender

ninguna luz, llegó al salón, donde puso en marcha a tientas la cafetera. No se encontraba en un estado lo suficientemente lúcido como para determinar si aquello iba a ser su cena o su desayuno. Cogió un paquete de galletas de canela y vertió el café con un poco de leche en una taza que casi se le resbala de las manos, enzarzados en su lucha contra el calor humeante que desprendían las paredes de cerámica. Estuvo a punto de volcarla sobre los folios esparcidos por la mesa. Al pensar en esto se acordó de la carta y del encabezado que tanto le había costado. Empezó a beber el café mirando fijamente aquel borrador que rezaba «Estimado Sr. Desmond». Cuando el café expiró él seguía en la misma posición, con la mirada perdida entre la última sílaba de «Estimado» y el espacio en blanco que lo separaba de «Sr.». Pasados unos quince minutos parecía que Álvaro se había sumido en una especie de trance. Quería escribir la carta y acabarla de una vez; antes de quedarse dormido había pensado que con seguridad la terminaría para cuando hubiese amanecido, pero ya pasaban de las seis de la mañana y Álvaro continuaba impertérrito con la mirada tan vacía como los folios. Sobre las siete salió de su ensimismamiento. Se dijo que tenía todo el domingo por delante para poder redactarla sin prisas, pero cuando cayó rendido en la cama, alrededor de medianoche, los folios seguían igual de vacíos. Se despertó el lunes siguiente sobre las siete también. Tenía que empezar a prepararse para ir a trabajar. Trató de incorporarse y en ese intento se descubrió vestido en vaqueros y camiseta, la misma ropa con la que había salido de casa el sábado para quedar con Q. Parecía que había sido incapaz de hacer nada durante los últimos días, ni siquiera ducharse o cambiarse de ropa. Pensó que si tomaba una ducha ahora perdería un valioso tiempo que podría aprovechar para avanzar con la carta, así que resolvió ir a trabajar así. Se sentó entonces frente a las hojas en blanco. En media hora logró escribir el primer párrafo. Optó por formalismos en los que alababa su trabajo como escritor y una breve descripción de sí mismo sin más pretensiones que la de identificarse. Mató el párrafo con un punto y aparte y salió corriendo en dirección Ronda de Sant Pau con los folios arrugados en una carpeta. Le sobraban más de diez minutos cuando llegó al instituto, Q. todavía leía el periódico.

—Anda, no sueles ser tan puntual —dijo Q. entre sorprendido y

desconcertado.

—He conseguido el primer párrafo.

—¿El primer párrafo? —Q. no tenía ni idea de lo que estaba hablando.

—De la carta, ¿te acuerdas? Quiero enviarla cuanto antes, espero poder acabarla pronto.

—Ah, al final iba en serio lo de la carta —musitó después de unos segundos, cuando pudo comprender a qué se refería Álvaro—. ¿Crees que te contestará?

—Para que me conteste tengo que suscitar en él una reacción concreta, tengo que formularle preguntas, aunque sean implícitas, que él quiera responder. Tengo que hacerle dudar, como dudé yo al leer su libro.

Ese día no consiguió una sola línea más, pero a la mañana siguiente, en la media hora antes de irse a trabajar volvió a sacar otro párrafo y de la misma manera procedió los cuatro días siguientes hasta que por fin confeccionó una carta estructurada en seis párrafos. En lugar de la verdad, se decantó por una opción no menos patética pero sí menos personal. Cambió su vida hecha novela por otra novela. Le contó que estaba pergeñando un libro que presentaba extrañas similitudes con el suyo. Terminó diciendo que no sabía exactamente por qué se había animado a contactar con él, pero que quizá a ambos les serviría de inspiración en sus respectivos proyectos literarios —en el caso de Álvaro totalmente inexistentes—. Por pudor usó un pseudónimo. Firmó con el primer nombre que le vino a la cabeza, Enrique Villoro, porque en ese momento tenía la mirada alineada con el estante en el que reposaban por orden alfabético los libros de autores españoles o latinoamericanos. Su vista fue a parar al último de Enrique Vila-Matas, justo al lado del primero de Juan Villoro, por lo que se le ocurrió fusionar los nombres y rebautizarse como Enrique Villoro. La verdad es que cuando lo vio escrito en el apartado del remitente por última vez antes de echar el sobre al buzón le pareció un nombre bastante ingenioso.

Las fumadoras

Toco esta mano al fin que comparte mi vida
y en ella me confirmo
y tiento cuanto amo,
lo levanto hacia el cielo
y aunque sea ceniza lo proclamo: ceniza.

José Ángel Valente

Luna y Lía son amantes y fumadoras compulsivas, las fumadoras. Se conocieron en el final de la barra de un bar, al lado de una máquina expendedora. Lía se peleaba con el botón de Marlboro y Luna le ofreció uno de los suyos. Entre las dos se acabaron el paquete en menos de una hora y resolvieron buscar otra máquina que les proporcionase droga sin rechistar. No la encontraron, el síndrome de abstinencia les llevo a buscar nicotina en los labios de la otra. Se succionaron la boca con exasperación con tal de calmar la continencia. Se lamieron los dientes y se desgastaron el esmalte amarillento. Casi se destrozan la mandíbula, se arrancan la lengua y casi se les desprenden las amígdalas. Cuando el alijo de tabaco de esa zona se acabó atacaron al cuello. Allí quedaba un poco de aire enrarecido, se comieron ese aire mutuamente hasta desangrarse como un cigarrillo al expirar con las últimas caladas. Después del cuello libaron cualquier otro recoveco del cuerpo, sin ritmo y con la respiración viciada. El aire era innavegable y, sin embargo, se surcaban las orejas, los hombros, las clavículas, los pechos, con asombrosa soltura.

A la mañana siguiente Luna se despertó en la cama de Lía con la lengua pegada a la de ella. La desenganchó con cuidado de no perturbarle el sueño. Se incorporó y, perdida, llegó hasta el salón. Había un par de pitillos sobre la mesa y un cenicero, pero Luna no cogió ninguno. Se asomó a la ventana, se acurrucó en el alféizar,

encogiéndose como si intentase ocultar algo. Pensaba y no fumaba a escondidas. Disfrutaba de la brisa límpida con cierta reserva, pues no era propio de ella beber aire sin tabaco y ahora, al detenerse un instante en él, lo sentía casi como un paraíso prohibido.

—A mí tampoco me apetece fumar —le susurró Lía por detrás, que al parecer llevaba un buen rato espiándola en su ensimismamiento— pero es algo inusual y temporal.

Ambas sonrieron ante aquella anomalía. Cuando alguien corrompe la sinusoide de tu rutina y respondes con una sonrisa significa que esa irregularidad dejará de serlo y se incorporará a la gráfica del día a día. Luna no reconoció el paisaje que se vislumbraba desde el piso de Lía. Quiso saber dónde estaban. Ella se limitó a responder que estaban en su casa y que podía quedarse cuanto deseara. Aunque no obtuvo la información que esperaba, Luna no preguntó nada más y volvió a la habitación con la intención de vestirse. Antes de que se enfundara sus vaqueros Lía le mordió el *culotte* de encaje azul marino por la parte del muslo derecho y estiró de él hacia abajo. La *lycra* cedió y a la altura de las rodillas cayó en picado hasta los tobillos sin la ayuda de Lía. Le mordisqueo las nalgas mientras entre risas Luna le pedía que parase. Entonces situó la cabeza en los tobillos de Luna y empezó a hacerle cosquillas en los pies. Pegaba pequeños saltos y se retorcía de gusto al mismo tiempo que seguía pidiéndole que parase. El *culotte* había dejado de estar atrapado entre las piernas de Luna. Lía aprovechó para quitárselo y usarlo a modo de añagaza.

—¿Por qué te vistes? ¿Adónde te crees que vas? —le gritó jugueteando con la prenda en las manos.

—Solo iba a inspeccionar el lugar.

—Pues no podrás salir sin ropa interior, así que estás presa en este cuchitril alejado de la civilización.

—Como tú digas.

Dicho esto, Luna se metió en sus pantalones. Hacía un calor horrible y la piel producía sudor a marchas forzadas. Con las piernas pegajosas sintió el género vaquero como si se tratase de una segunda piel, como si de repente, debido a la temperatura, los pantalones se hubieran fundido y se hubiesen colado por los poros. Se los abrochó y se subió la cremallera muy despacio, para que le rozasen lo menos posible en el clítoris desnudo. Aun así, las

costuras se le marcaban demasiado y se le aferraban a la raja o la raja se adhería a ellas como una lapa a una roca, soltando una ligera mucosidad. Mientras se ponía la camiseta notó una presión allá abajo, que no era el picor de la cremallera, sino una especie de pellizco que ejercía fuerza hacia dentro.

—¿Acaso vas a salir así? —dijo Lía apartando la mano.

—Por supuesto, quiero tomar el aire ¿me acompañas?

—Aire sin nicotina.

—Tú eres pura nicotina.

—Todavía no te he dicho que vaya a acompañarte.

—Vale —musitó indiferente mientras avanzaba hacia la puerta.

Antes de que terminase de cruzar el pasillo Lía ya se había apresurado hasta la puerta. En la calle el calor les estrujó la caja torácica y ambas cerraron los ojos a modo de resorte. Al abrirlos el mundo estaba cubierto por un filtro de tono anaranjado abrasador. Luna dio tres pasos pausados y Lía la siguió.

—Huele a mar. ¿Hay una playa cerca? —preguntó.

—A menos de cinco minutos.

Luna dio un giro de ciento ochenta grados con la mirada, parecía que aquel lugar se reducía a eso, a un simple vistazo, como si más allá de donde estaban ellas no existiera nada salvo un pedacito del mar Mediterráneo. Era un desierto edificado. Continuaron caminando en la única dirección que Luna creía viable y que, según sus cálculos, se agotaría en menos de cinco minutos. Lo que no sabía era que en aquel pueblo, que en el mapa podría situarse al norte de Barcelona, o al sur, o, quién sabe, quizá fuera de Cataluña, el tiempo transcurría a cámara lenta. Los escasos transeúntes se desplazaban con efecto bala, los contornos generaban al moverse un número de fotogramas por segundo mucho mayor a lo que el cerebro de Luna y Lía podía procesar. Ellas también, sin proponérselo, avanzaban así. La dilación se engrandecía si a esto le sumamos que el aire seco las frenaba y tenían la sensación de retroceder. Cinco minutos en aquella burbuja temporal correspondían a unos veinte según los parámetros habituales. La playa les golpeó en las retinas a una velocidad de una cifra negativa de kilómetros por segundo y, casi subrepticiamente, pisaron la arena. El caucho de las suelas de las zapatillas y la arena no casaban bien. Además, los pies se estaban asfixiando ahí dentro. Las

fumadoras se descalzaron y dejaron las zapatillas a un lado. Aquel suelo quemaba como la lava; las plantas de los pies mudaron su color mortecino por un rojo ardiente.

—Si nos acercamos a la orilla la arena estará más fría, —dijo Lía.

Pero era demasiado tarde, la arena ya las había enterrado por encima de los tobillos y tratar de sacar los pies les llevaría unos tres minutos, doce en aquel plano temporal. Quién sabe si no se desintegrarían antes. Permanecieron allí, impertérritas, con la nariz a la altura del horizonte. Los planos se superponían y las distancias entre ellos dejaron de existir. La cámara lenta desdibujaba las figuras, una mujer que chapoteaba en la orilla con un niño apenas era unos pocos puntos borrosos. Como si todo lo que alcanzaban a ver fuera el resultado de aumentar demasiado el *zoom* de la cámara, las imágenes poseían una resolución muy baja. Incluso el sonido de las olas descomponiéndose cerca de la orilla o al chocar contra las rocas les llegaba con una textura pixelada. Ambas se miraron las manos ratificando que ellas también se habían convertido en un mapa de bits ampliado al máximo. Luego alzaron la cabeza y se sostuvieron la mirada. A Luna le pesaban los ojos redondos y grisáceos de Lía. Le pesaban y se encontraba débil para seguir aguantando. Pero aquel estado de abstracción mutua producía una sensación demasiado agradable como para claudicar. Lía era un poco más alta que Luna, pero la arena la había enterrado más que a ella y ahora, a simple vista, medían lo mismo. Eso significa que sus ojos estaban perfectamente alineados. Luna pensó cuán sugestiva le resultaba aquella línea recta y cuánto tiempo tardarían en quebrarla si se acercaban demasiado. Unos centímetros más abajo la mano izquierda de Luna buscaba la derecha de Lía y viceversa. Cuando apenas se habían rozado, los píxeles de aquella zona se magnificaron y el fenómeno se extendió por todo el cuerpo. La arena las había sepultado por completo, o, quizá, se habían transformado en arena. Aunque la opción más plausible es que ambas no fueran más que ceniza de distinto tabaco que hubiese ido a parar al mismo cenicero.

VI

Desde hacía tres semanas miraba todos los días el buzón y hasta ahora lo único que había encontrado en él eran algunas facturas, publicidad de restaurantes de comida para llevar y una muestra de cosméticos dirigida a una tal Rebeca Oliveras que debió de haber caído allí por error. Entre semana, cuando tenía que irse temprano a trabajar, bajaba corriendo las escaleras desde la segunda planta en la que residía y se peleaba con la cerradura del buzón. Procedía de la misma forma cuando volvía a casa por la tarde. También los sábados acudía varias veces a la entrada del edificio con la intención de encontrar esa ansiada carta, aunque no necesitara salir de su piso porque su vida social era escasa y sus planes más allá de leer o ver películas, casi inexistentes. Merodeaba por allí incluso los domingos, cuando las posibilidades de que apareciese correo nuevo se reducían a cero.

Ya era viernes y solo quedaban siete días para que se cumpliese un mes desde que Conrad Desmond pudiese haber contestado. Álvaro empezaba a asumir que debía perder cualquier esperanza. Esa mañana riñó más que de costumbre con el buzón, la cerradura repudiaba la llave y por más que Álvaro insistiera, la puerta no cedía. Empezó a dar vueltas por el rellano, agitando las manos y los pies como un actor histriónico. Entonces se dio de bruces con un cartel cerca de las escaleras que rezaba que las cerraduras de los buzones se habían cambiado y que para obtener una copia de la nueva llave los vecinos debían hacérselo saber al presidente de la comunidad. Álvaro se abalanzó otra vez sobre el buzón y situó su cabeza a la altura de este. Entornó los ojos hasta que adquirieron una forma similar a la del resquicio de la puertecilla del buzón. Desde esa posición advirtió un sobre nuevo y apretó todavía más los párpados y el entrecejo. No le pareció que se tratase de una carta del banco y reactivó de nuevo todas las esperanzas de las que había

intentado despojarse. Tenía que conseguir la llave de inmediato. El papel de la escalera decía que el presidente de la comunidad vivía en la segunda planta, resulta que su puerta estaba pegada a la de Álvaro y en todo este tiempo no se había dado cuenta. Podría haber cogido el ascensor, pero la incertidumbre le roía las entrañas y le obligaba a no demorarse ni un solo segundo, así que subió por las escaleras, saltando los escalones de tres en tres a ritmo frenético. Cuando tocó dos veces seguidas al timbre aún le temblaban las manos y los pies. Le abrió una señora ceñuda que le habló con acento murciano de mala manera. Debía de ser la mujer del presidente y Álvaro debía de haberla despertado. Le dijo que ahora mismo él no estaba. La mujer estuvo a punto de cerrar con un portazo justo después de mascullar que ella no podía hacer nada, pero Álvaro la detuvo al preguntarle cuándo llegaría su marido. Pásate mañana al mediodía si eso, musitó y entonces sí que dio un portazo. Ese portazo le dolió tanto como si le hubiese caído encima un piano de cola desde un sexto piso. No sabía cómo iba a aguantar un día entero sin conocer el contenido de esa carta.

Aquel episodio le obligó a emprender el camino al instituto cinco minutos más tarde que de costumbre. No le costó acelerar el paso, es más, dobló la velocidad de forma inconsciente, movido por un arrebato de rabia, y llegó al trabajo con tiempo de sobra. En la sala de profesores Q. no paraba de reírse. Estaba hablando con Jordi, un joven que no pasaba de los treinta y que acababa de incorporarse para cubrir la baja por embarazo de Marga, la de inglés. A Álvaro le resultó bastante extraño cuando se lo presentaron el día que se incorporó al instituto. Solía tener la mirada perdida y nunca sabías con certeza si te estaba escuchando o si pensaba en cualquier otra cosa mientras le hablabas. Además, llevaba barba y Álvaro no se fiaba de la gente con barba, siempre le habían parecido tipos siniestros, esos barbudos. La de Jordi era bastante frondosa; acababa casi donde acababa el cuello y la boca se perdía entre ese bosque de pelo rizado negro, de modo que solo podías aprehender sus expresiones faciales a través de los ojos, la nariz o parte de las mejillas. A Álvaro le irritaba no poder verle el mentón. No inspira confianza, pensaba, los barbudos son como esas personas que se dirigen a ti con unas enormes gafas de sol y no puedes detectar su mirada, el colmo sería un barbudo con gafas de

sol. No había visto a Jordi con gafas de sol, pero a menudo sí que llevaba gafas de vista, de montura de pasta negra.

—¿A qué tú también vienes? —le soltó Jordi de repente mientras Q. todavía no conseguía aguantarse la risa.

—¿Ir a dónde? —respondió en un tono cortante.

—Esta noche, de farra. ¿A qué sí?

Álvaro contestó a eso último con una mirada entre la estupefacción y la ira. Q., que sabía la opinión que tenía Álvaro sobre Jordi, era consciente de que así no lograrían convencerle. Intentó explicárselo mejor, pero aún se debatía entre las carcajadas.

—Es que hay un bar en el Raval al que podríamos ir esta noche —logró al fin articular Q—. Un grupo tocará un tributo a David Bowie. Puede estar muy bien. Vamos, anda, así te despejas un poco.

—No sé, no me apasiona David Bowie y, además, tengo cosas que hacer esta noche —Álvaro no podía dejar de pensar en esa carta, en la que le gustaría leer escrita del puño y letra de Conrad y en la que ahora mismo dormitaba en su buzón, que quizá fuesen la misma.

—No te hagas de rogar. Hace tiempo que no salimos a tomar unas cervezas. Anda, ven, nos lo pasaremos bien.

—A David Bowie le debo mi trabajo. Fue él quien me enseñó inglés, fue él quien me acompañó durante tantas noches solitarias adolescentes. ¡Cuánto tengo que agradecerle al entrañable David! —Jordi hizo una pausa mientras miraba hacia arriba y sonreía—. Creo que el tributo será al álbum de *The Rise and Fall of Ziggy Stardust and the Spiders from Mars*. Sería un delito decir que no os gusta.

Jordi empezó a tararear *Starman* y, de vez en cuando intentaba, sin demasiado acierto, cantarla. Se saltó la mitad de los versos de la primera estrofa y pasó directamente al estribillo, donde elevó la voz y contagió a Q., que también acabó destrozando la canción. Álvaro frunció el ceño y apretó los labios cuando ya iban por *He's told us not to blow it cause he knows it's all worthwhile*. La mueca de Álvaro les obligó a parar enseguida y dejaron el verso a medias. Justo después de que ambos se callaran de súbito el timbre sonó. Álvaro suspiró para sus adentros al tiempo que intuyó que aquella sería la ocasión perfecta para escaquearse. Sin embargo, Jordi y Q., que advirtieron sus intenciones, insistieron una vez más, mientras Álvaro ya se estaba girando en dirección a la puerta que daba al

pasillo.

—Mira, Álvaro, yo también tengo cosas que hacer, pero tenemos tiempo —dijo Q.—. El concierto empieza sobre las ocho u ocho y media. Cuando terminemos las clases podemos comer algo rápido donde sea y volver al instituto para seguir trabajando. Yo debería corregir exámenes y Jordi creo que también y luego, cuando se acerque la hora, vamos al bar, que está bastante cerca de aquí.

—Os lo agradezco, pero tengo que ir a casa cuando acabe de trabajar.

Álvaro trató de comunicarle a Q. con la mirada su desconcierto, quería explicarle en un gesto que, aunque quisiese, el asunto de la carta le paralizaba y necesitaba resolverlo de inmediato. Q. dedujo de forma aproximada lo que intentaba transmitirle, precisamente por eso casi le exigió que les acompañase.

—Ya, entiendo, entonces vendrás. Nos vemos a la salida del instituto a las dos y media para comer.

Álvaro le dedicó una mirada lacónica y luego se perdió en el pasillo arrastrando los pies, presionando las plantas contra el suelo como si quisiese descuartizar el mármol con las suelas de los zapatos. Nada más cruzar la puerta de aquella clase de primero de Bachillerato en la que Alberto Alcedo y él mismo habían elucubrado en más de una ocasión sobre la teoría franco-rusa lanzó al aire una pregunta a la que no obtendría respuesta alguna, salvo la que él pronunciase. ¿Chicos, cuál fue la primera novela de Dostoievski? Algunos alumnos se callaron y agacharon la cabeza con la intención de rehuir la mirada del profesor. Los que ya estaban callados antes de que Álvaro apareciese se limitaron a bajar la vista y solo unos pocos continuaron hablando, tal vez porque no habían reparado en la presencia del profesor o tal vez porque habían decidido ignorarlo.

—*Pobres gentes* —continuó Álvaro una vez hubo dejado el libro de texto sobre la mesa—, esa fue la primera novela de Dostoievski. Os acordáis de Dostoievski, ¿verdad? Uno de los mayores representantes de la literatura rusa y del Realismo. Quería hablaros de *Pobres gentes* porque está escrita de una forma muy peculiar: es una novela epistolar. Esto significa que la trama se narra a través de cartas, la correspondencia entre los personajes de Makar Devushkin y Varvara Dobroselova. Me parece un género demasiado interesante como para no mencionarlo, sobre todo, cuando dentro de la

corriente que estamos tratando ahora, el Realismo, hay varios escritores que practicaron el género epistolar. Aquí, en España, tenemos a Benito Pérez Galdós. Benito Pérez Galdós, ¿alguien puede darme el título de una obra de este señor?

—*Crimen y castigo* —dijo un chico sentado en tercera fila.

—Pablo, acabas de cometer una herejía —exclamó Álvaro.

—*Fortunata y Jacinta* —contestó una alumna modélica, sentada delante del chico que acababa de contestar.

—Muy bien, Claudia —la muchacha enrojeció un poco con el beneplácito de Álvaro—; pero no nos desviemos. Estaba hablando de la novela epistolar y decía que Galdós escribió dentro de los *Episodios nacionales* una novela compuesta únicamente por cartas, *La estafeta romántica*.

Álvaro siguió recitando aquel sermón acerca del género epistolar improvisado sobre la marcha sin saber del todo por qué lo hacía. Durante los siete años que había estado trabajando en ese instituto de Ronda de Sant Pau era la primera vez que hablaba sobre aquella novela de Dostoievski en clase. También era la primera vez que dedicaba tanto tiempo al Realismo, que no gustaba mucho a los alumnos. Lo consideraban aburrido, monótono, demasiado realista, decían algunos. Aunque el Realismo, por mucho que parezca imitarla, no tiene tanto que ver con la realidad como con la ficción. De hecho, los personajes realistas son mucho más interesantes que los reales, igual que lo son la mayoría de los ficticios, más interesantes incluso que los propios escritores que los crearon; por eso Álvaro leía tanto y, aunque a veces pensaba que podría satisfacerle, no escribía porque pensaba que eso lo convertiría en un individuo aún más aburrido de lo que ya era. No había planeado dedicar esa clase a la novela epistolar, mucho menos dedicar cualquier clase a ese tema. Si hubiese podido abrir el buzón esta mañana, si Q. y Jordi no le hubiesen obligado a pasar el día y parte de la noche fuera de casa, quizá ahora no estaría tan obcecado con la carta, esa carta, cuyo contenido le perturbaba, y la carta en el sentido más general posible. A Álvaro no se le habría ocurrido empezar una lección preguntando por *Pobres gentes* de Dostoievski si los acontecimientos hubiesen sucedido de otra forma. Sin embargo, no solo lo había hecho, sino que lo repetiría, recitaría una perorata sobre el género epistolar, similar a la que dedicó a sus

alumnos de primero de Bachillerato, en las dos clases siguientes: otro grupo de primero y uno de segundo.

Cuando se encontró con Jordi y Q. a la salida del instituto ya habían decido un bar en el que comer. Habían ido otras veces con otros compañeros del trabajo, aunque en todas ellas Álvaro apenas había probado bocado. Al parecer en todas esas ocasiones había tenido un nudo en el estómago y esta no sería una excepción. Jordi y Q. se interesaron por su estado de ánimo e intentaron animarle, pero Álvaro, parco en palabras, no ponía de su parte. No le apetecía que Jordi se enterase de la existencia de Conrad, le producía cierto pudor y pensaba que no le reportaría ningún beneficio contárselo, en todo caso, un ligero malestar. Prefirió reservarse las posibles novedades de la historia para un momento a solas con Q.

Después de la comida no pudo concentrarse y no aprovechó las horas antes del concierto. Sobre las siete y media Jordi empezó a tararear éxitos de David Bowie y no paró hasta que a las ocho menos cinco salieron en dirección al bar. Durante el camino se abstuvo de cantar, pero pregonó anécdotas sobre la vida del artista. Alabó sus ojos desiguales y los comparó con los de Q. y luego habló sobre su mujer actual, una modelo somalí que según él no pegaba nada con Bowie. Por suerte el sermón no duró demasiado porque enseguida llegaron al bar, que era un pasillo estrecho con olor a fermento y a alcohol, al final del cual, encima de un escenario minúsculo, cuatro cuerpos famélicos y andróginos versionaban *Soul Love*.

—Mierda, nos hemos perdido *Five Years* —dijo Jordi mientras se abría paso entre la gente.

Q. y Álvaro se vieron arrastrados hasta la primera fila. Siguieron a Jordi, que con empujones se escurría por los huecos irrespirables entre una espalda y otra. Cuando lograron encajarse a un metro escaso del escenario, el público, salvo Álvaro, gritaba *New love, a boy and a girl are talking*. El grupo vestía camisetas ajustadas de colores chillones y pantalones tan pegados a la piel que debían de cortar la circulación, sin duda alguna el cantante sobresalía en mal gusto por encima de todos los componentes. De su melena castaña a la altura de las orejas emergían una especie de antenas que acababan en forma de chapitel gótico. Sería su interpretación del aspecto que debería tener el extraterrestre bisexual Ziggy Stardust.

Sobre la canción que tocaron justo después de *Soul Love, Moonage Daydream*, Jordi hizo un comentario que Álvaro no alcanzó a oír por culpa del bullicio y de su mente dispersa en epístolas, buzones y llaves. Después llegó *Starman* y se dejó llevar un poco más. Q. se las había apañado para atravesar la jungla de cuerpos humanos y traer unas cervezas. Las paredes vacías del estómago de Álvaro filtraron bien la cebada y los efectos del alcohol se le subieron ligeramente a la cabeza. Se atrevió incluso a mover los labios cuando reconocía la letra. Casi no se acordaba del motivo por el que se había mostrado reacio a aceptar la invitación de Jordi y Q., cuando ya en mitad de *Suffragette City* al cantante, en una histriónica sacudida de cabeza, se le desprendió la diadema de antenas acabadas en chapitel. Esta fue a parar a manos de Álvaro, que tuvo una repentina iluminación: decidió retroceder subrepticiamente y atravesar la puerta de salida sin dar explicaciones a nadie. Una vez en la calle, corrió como si alguien le persiguiese y en menos de diez minutos ya estaba introduciendo las llaves en la puerta de la entrada de su edificio. Como un autómata con la mirada puesta en el infinito se abalanzó sobre el buzón e introdujo por el resquicio esa especie de tentáculos punzantes que colgaban de la diadema. Los chapiteles góticos arrastraron el sobre y lo colocaron en vertical. Entonces Álvaro se ayudó de las manos y logró agarrar una esquina. A partir de ahí, no le costó ningún esfuerzo sacar el resto del sobre y averiguar por fin que el remitente era el tan ansiado Conrad Desmond.

VII

En la sección de verduras los espárragos le miraban, reacios a caer en las garras de un pésimo cocinero. Los pimientos, en cambio, exaltados y alborotadores, parecían advertirle desde su actitud altanera que no transigirían; se aliaron con los tomates, que le dedicaban un semblante iracundo. Los calabacines se mantenían en una posición neutral y se jactaban un poco de esa muestra de indiferencia, que es, sin duda, un sentimiento mucho más corrosivo que el odio. El brócoli y la coliflor tampoco tomaron partido, divagaban sobre qué actitud adoptar, pero cayeron en un bucle en el que repetían una y otra vez un único argumento. Mientras tanto, las cebollas, quejumbrosas, se alzaban como las plañideras de aquel entierro vegetal que nunca llegaría a producirse, porque a Álvaro Aliaga el panorama le provocó tamaña aversión que resolvió comprar un par de lasañas congeladas. No acostumbraba a vagar por los estantes, a examinar los productos, a comparar precios; en definitiva, no acostumbraba a hacer la compra porque en su cocina no había mucho más aparte de galletas, café, leche y agua. Salió del supermercado más flaco, más pálido y un poco menos vivo que cuando entró. El camino que había tenido que recorrer hasta decidirse al fin por esas lasañas le había desgastado por completo, le había dejado exhausto del horror y horrorizado de la extenuación. De ahora en adelante el supermercado representaría para Álvaro el Tártaro clásico.

Al llegar a casa enseguida dejó que las lasañas, alimento de muertos o pecadores —o de pecadores muertos—, ardieran en el horno, que después del episodio del supermercado Álvaro imaginaba como una prolongación de ese infierno, en un sentido bastante literal, las calderas de Pedro Botero. Mientras la pasta sudaba intentó limpiar un poco el salón, se propuso, como mínimo, despejar el camposanto de posos de café que había construido en el

fregadero a lo largo de dos semanas de desidia. Lavando las tazas se acordó de que una vez le hablaron de una mujer que leía el futuro en los posos de café. Te preparaba un solo y cuando lo acababas interpretaba el dibujo que se había formado en el fondo y en las paredes de la taza. Cuando se lo contaron al principio pensó que era una estupidez, pero la historia se le quedó grabada y estuvo pensado en ello durante todo el día. Al final llegó a la conclusión de que, en su caso, con su consumo excesivo, el café había ido configurando su vida y la había vuelto amarga. Nunca le añadía azúcar al café, le gustaba saborear las notas ácidas. Le encantaba ese regusto, aunque a veces resultase punzante y se le clavara en la garganta. Con el paso de los años ese aroma áspero se le había estancado en toda la cavidad bucal y ahora no encontraba contraste alguno entre el sabor del café y el de la vida.

El timbre sonó cuando solo le quedaba una taza por enjuagar. Corrió a abrir la puerta con las manos mojadas. Tal como esperaba, era Q. Dejó que fuera él quien cerrase la puerta y volvió rápido a la cocina para terminar de fregar. Q. le siguió y se quedó de pie frente al frigorífico sin saber muy bien qué hacer o qué decir.

—Anoche nos preocupamos por ti cuando desapareciste —musitó Q. mientras Álvaro trasteaba los armarios—, bueno, Jordi más que yo, porque ya estoy acostumbrado a tus excentricidades.

—Es que me ocurrió algo, que no sé si es bueno o malo. Quizá podríamos calificarlo como una buena noticia que encierra una mala —contestó conforme se dirigía a la mesa de aquella cocina y salón al mismo tiempo con un par de vasos y tenedores—. Espero que no te importe, he comprado lasañas congeladas para comer.

—¿Es esa la parte mala de tu noticia? —dijo Q. con sorna.

—Entiéndeme, sabes que no sé cocinar. ¿Hubieses preferido bistec carbonizado o arroz pasado en lugar de eso?

—Tranquilo, estaba de broma. De todas formas, no tenías por qué invitarme en tu piso. Podríamos haber salido a cualquier bar.

—Es que no me apetecía hablar de esto en público. Prefería que nos quedásemos en casa para no tener la angustia de que alguien pudiese escucharnos.

Q. abrió al máximo sus ojos desiguales y enarcó las cejas, mantuvo esa expresión durante unos diez segundos y luego soltó una estruendosa carcajada. Álvaro permaneció serio; en su rostro se

atisbaba cierto enfado.

—No seas paranoico, ni que hubieses cometido un crimen —Álvaro seguía aguantando esa mirada gruñona que adoptó con la carcajada—. ¿No habrás cometido un crimen?

—No, no digas tonterías. Hablo en serio.

En ese momento el temporizador del horno produjo un pitido molesto que indicaba que la comida estaba hecha. Álvaro le hizo un gesto a Q. invitándole a que se sentara y acto seguido se dispuso a servir las lasañas. Cuando las llevó a la mesa Q. remarcó que los bordes se habían quemado y Álvaro insistió en que solo se habían tostado un poco.

—Bueno, no está mal —dijo Q. tras probar el primer bocado.

—Sí —musitó Álvaro, aunque a él no le supiese muy diferente a un café.

—¿Y qué es entonces lo que tienes que contarme?

—Conrad Desmond ha contestado.

—¿De verdad? ¿Cuándo?

—La leí anoche, cuando me escapé del concierto. Tuve una especie de corazonada.

—¿Y qué dice?

—Que si nos vemos.

—Vaya. —Q. no daba crédito—, pero no vive en Barcelona, ¿no?

—No, pero dentro de dos semanas tiene que venir y propone que quedemos para tomar un café.

—Es increíble. Era eso lo que querías, ¿no?

—Sí y no.

—Entiendo, ¿qué le vas a decir? ¿Se supone que os veréis para hablar de su novela?

—No exactamente, de la mía.

—¿La tuya?

—En la carta no me atreví a contarle cómo me sentía de verdad. Tuve que inventarme una excusa. Le dije que había empezado mi primera novela y que me había sorprendido muchísimo al leer la suya porque presentaba extrañas similitudes con la que estaba escribiendo yo. A él también le pareció graciosa la coincidencia y ahora ha mostrado interés por esa novela inexistente y le gustaría leerla.

—Álvaro, te has metido en un buen lío y todavía estás a tiempo

de salir de él.

—Tengo que ir, ahora siento más curiosidad que antes. No aguantaré con la incertidumbre. En su respuesta me proporciona una dirección de correo electrónico para que le confirme si nos vemos.

—No sé, Álvaro, esta situación es muy rara y no me da buena espina, aunque, si de verdad quieres ir, no creo que te resulte tan difícil emborronar veinte páginas, treinta como mucho.

—Solo tengo veinte días.

—Tienes veinte días —repitió Q. con vehemencia—, es más que suficiente.

—Ya, en realidad, mi novela inexistente será lo de menos. En su carta decía que mi historia le había conmovido, tendrá la misma curiosidad por conocerme que yo por conocerle a él.

—Aun así, todo esto es muy extraño. Ándate con cuidado.

—Lo sé, lo sé —dijo Álvaro de forma maquinal como cuando un hijo le da la razón a un padre.

Durante la sobremesa no volvió a salir el tema de Conrad Desmond, aunque Álvaro no podía pensar en otra cosa. Q. le habló de asuntos del trabajo, rencillas con el jefe de estudios y otros cotilleos que a Álvaro apenas le interesaban. Poco antes de despedirse, hacia las cuatro de la tarde, mencionó algo sobre una chica, una tal Luna a la que conoció un día en la cola del cine. Le hubiese gustado prestarle más atención y mostrarse más receptivo, pero solo era capaz de cavilar sobre su intento de novela. Pensó en una cita de Valéry que Bretón recogió en el *Manifiesto surrealista*. Valéry declaró que se negaría a escribir una frase tan banal como: «La marquesa salió a las cinco». Por un segundo estuvo tentado de empezar la novela con esa frase, aunque enseguida creyó que era una idea estúpida.

Esa noche Álvaro empezó a escribir en tercera persona, para no evidenciar que se trataba de una autobiografía.

Llamada perdida

Su dificultad ante la búsqueda de una sola palabra
parecía insuperable.

«Le ravissement de Lol. V. Stein».
Marguerite Duras

Desde la intersección que corta las calles Mallorca y Balmes, el número 116 de la calle Valencia, paralela a Mallorca y transversal de Balmes, le parecía un objetivo imposible. No estaba segura de qué dirección tenía que coger. Probó a subir prestando atención a la sucesión de números, creyó haber acertado y continuó. Iba acelerada, avanzaba con zancadas, y a pesar de aquella agitación tanto en sus piernas como en su cara, los movimientos eran gráciles, zancadas de bailarina. Mientras ejecutaba su danza no pensaba en nada salvo en el número 116. Llegaba tarde, no es que la estuvieran esperando, ya habrían empezado sin ella, pero odiaba la impuntualidad, sobre todo, la propia. Miraba al frente y no se detenía; cuando se le ocurrió reparar en qué altura de la calle se encontraba resulta que ya se había pasado, 118. Retrocedió unos pasos y se sorprendió al no reconocer lo que buscaba. El número 116 de la calle Valencia colgaba en la fachada de un edificio cualquiera. Se concedió unos minutos, allí inmóvil, para deliberar sobre cómo actuaría a continuación. Enseguida creyó tener una revelación, el sitio no estaba en el número 116, sino en el 216. Empezó a deshacer lo andado, o más bien, lo corrido y bajó casi galopando, pero siempre con un trote delicado, de bailarina. Barcelona debía de presentar unos diez grados, pero ella segregaba sudor a marchas forzadas. Se vio obligada a quitarse el abrigo con lo que este, que colgaba de su brazo derecho, entorpeció su baile.

Una vez en el número 216 deseó tener a mano una pistola para rebanarse la tapa de los sesos y castigar así a su memoria que había

estado danzando —y la había arrastrado a ella en esa danza— de un número a otro sin acertar. Ahora creía tener la certeza de que debía llegar al número 166. El problema es que para ello tenía que volver a recorrer todo lo anterior y unos cincuenta números más. La calle Valencia se le presentó como la condenación eterna, la pertinaz pendiente de Sísifo. En lugar de una piedra ella cargaba con un abrigo y un bolso lleno de cuitas, con total seguridad un lastre mucho más pesado que el de Sísifo. A pesar de eso, no se rindió y realizó unas piruetas aún más ligeras, aún más elegantes y aún más veloces. Al fin en el número 160 visualizó aquel bar donde todo el equipo de *ballet* estaría reunido. En la entrada había un grupo de personas fumando, distinguió a su antigua profesora, a algunos de sus antiguos compañeros y a su antiguo coreógrafo, que quizá sea también su antigua pareja. De tanto usar ese adjetivo se sintió antigua ella también, vieja, obsoleta. Todavía no se atrevía a entrar, estaba aguantando allí parada, medio escondida en un portal, esperando a que se le secara el sudor y la angustia, aunque por más que esperó solo consiguió deshacerse de lo primero. Decidió hacer una llamada para ver si se calmaba y se prometió cruzar la puerta del bar sin pensárselo dos veces en cuanto colgase.

Hola, balbuceó al poco de marcar el número, acabo de llegar, pero todavía no he entrado. Es que llego tarde y ahora me da un poco de vergüenza. Aunque, en realidad, esta vez no quería ser muy puntual, no quería ser la primera, porque eso implicaba que viese llegar a todos los demás y tuviese tiempo para saludarlos a todos, demasiado tiempo, quizá. Hubiese estado expuesta a demasiadas preguntas. He llegado tarde a propósito. Bueno, no tan a propósito. Me he perdido y he perdido también la cuenta de las veces que he bajado y subido la calle Valencia. ¡La calle Valencia! No estoy hablando de una callejuela escondida y con no más de cien números. Me refiero a la calle Valencia, la he corrido y recorrido casi de punta a punta. Bueno, creo que este cansancio ha servido para relajarme. Me he concentrado tanto en los números, en las fachadas y, en definitiva, en llegar, que prácticamente ya no me acuerdo de por qué quería llegar. De hecho, creo que nunca lo he sabido. Desde el principio intuía que asistir a esta especie de reunión de amigos se me había impuesto como una obligación. Está claro que es uno de esos compromisos sociales que uno tiene que

aceptar si no quiere que lo tomen por misántropo, pero esta vez no me importa tanto que lo piensen. Me da igual que crean que les ignoro. Es más, casi que prefiero que sea así. O quizá es todo lo contrario y me importan más de lo que aparento o, como mínimo, me importa la opinión que tengan de mí.

Ya hace casi tres meses que dejé la compañía, en tres meses se puede olvidar a alguien, en tres meses ya han podido enterrarme. Marcos ya ha encontrado a una sustituía y lo triste es que probablemente no me remplace solo en el escenario. En estos últimos meses apenas nos hemos visto, estaban actuando en Madrid y ahora, después de esta fugaz visita, se van a Valencia. Me dijo que él podía quedarse unos días más en Barcelona, para pasarlos conmigo, pero ya no sé cuánto hay de voluntad en eso y cuánto de formalismo.

Lo cierto es que si quiero aclararme y aclarar este asunto tendría que estar ahí dentro y no fuera mientras les observo en la distancia, diciendo por teléfono todo lo que tendría que decirles a ellos. Pero cuanto más cuento a través del aparato, menos me apetece hablar cara a cara. Además, ya es tarde, mi impuntualidad puede resultar sospechosa. Ya ha dejado de ser la impuntualidad que he mencionado antes, esos veinte minutos de retraso que uno se toma para ahorrarse posibles situaciones incómodas del primer momento. Ahora es una impuntualidad que puede delatarme por completo, pueden pensar que soy una cobarde, que no he tenido el valor de entrar hasta el último momento, y tendrán razón. Seguro que en menos de una hora ya estarán saliendo por la puerta. ¿De qué sirve pasar el mal trago cuando, para colmo, durará demasiado poco? Me ocurre como en el chiste aquel que cuenta Woody Allen en el monólogo inicial de *Annie Hall*, ese en el que dos señoras están en un restaurante y una de ellas le dice a la otra que la comida es horrible, a lo que la otra le contesta: sí, y además, las raciones son tan pequeñas. Pienso que, dispuestos a sufrir un calvario, mejor sufrirlo de verdad. No sé, o a lo mejor es que, aunque me resulte una tortura, me parece insuficiente.

Siguió hablando y se le hicieron las dos de la madrugada. Tuvo que retroceder un poco y casi doblar la esquina cuando algunos de esos antiguos compañeros de la compañía de baile, al salir del bar, caminaron en dirección hacia donde ella estaba. Cuando se despegó

el teléfono de la oreja se dio de bruces con la desagradable verdad que se negaba a reconocer, no había marcado ningún número. Podría haberlo hecho, pero no tenía a nadie a quien llamar. Había estado fingiendo que hablaba por el móvil para poder observar el panorama desde lejos sin levantar sospechas y también, para tratar de reunir fuerzas y entrar. Justo cuando pensaba esto sonó de verdad el teléfono y entonces ya no le cupo duda de que no había realizado ninguna llamada telefónica, era más bien una llamada de socorro, pero al otro lado de la línea ni siquiera ella misma había sido capaz de responder.

VIII

Los padres de Álvaro Aliaga no eran catalanes, pero se conocieron en Cataluña y allí se dieron cuenta de que ambos habían nacido en el mismo pueblecito manchego a pocos kilómetros de Ciudad Real, Bolaños de Calatrava. Adelaida Montero acababa de empezar a trabajar en el bar de su hermana mayor, Fina, en la Ronda del Guinardó. Antonio Aliaga hacía poco que había encontrado un trabajo como mecánico en un taller cerca de aquel bar y lo frecuentaba a menudo con su hermano, Luis, para refrescarse con una cerveza en los descansos. Se sentaban en la barra y buscaban conversación, no tardaron mucho en descubrir que eran del mismo pueblo. Esto consiguió captar el interés de los hermanos, que se preguntaban por qué no las habían visto antes. A Antonio le gustaba Fina y a Luis, Adelaida; pero Adelaida prefería a Antonio y Fina, a Luis. Las hermanas Montero tenían un carácter difícil y contrariarlas resultaba una tarea casi imposible. Los hermanos Aliaga, en cambio, se presentaban dóciles e ingenuos, así que enseguida se convencieron de que debían cambiar de parecer. Luis empezó a coquetear con Fina y Antonio, con Adelaida. Los primeros en casarse fueron Luis y Fina, dos meses después lo hicieron Antonio y Adelaida.

Antonio y Adelaida llamaron a su primer y único hijo Álvaro porque Adelaida se negó a aceptar la idea de su marido de seguir la tradición de ponerle al hijo el mismo nombre que el del padre. Antonio, que se rendía de inmediato cuando auguraba una discusión con su mujer, pensó que Álvaro no sería una mala opción, ya que empezaba y acababa por las mismas letras que Antonio. Sus padres creían que Álvaro tenía una infancia feliz y convencional hasta que dejaron de entenderle cuando cumplió ocho años. A los ochos años descubrió que existían las bibliotecas municipales y empezó a tomar libros prestados con extraordinaria frecuencia. A los ocho años también se despertó su pasión por los cómics, se convirtió en un ávido lector de «El teniente Blueberry» y de «Las aventuras de Tintín».

Cuando no se encerraba en su habitación a leer se iba con su mejor amigo Q. a escuchar las historias de un vagabundo que pedía limosna en la parada de metro de Guinardó. Adelaida le había prohibido que hablase con ese vagabundo y también le había sugerido que no le gustaba la compañía de Q., pues creía que era él quien le incitaba a relacionarse con desconocidos por la calle. Sin embargo, ocurría justo todo lo contrario. A Q. le gustaban las historias del vagabundo, pero algo en su interior le decía que aquello no estaba bien. Q. acompañaba a Álvaro porque temía que pudiera pasarle algo y no se perdonaría poner a su amigo en peligro. A veces le traían bolsas de patatas fritas o cacahuetes que robaban del bar en el que trabajaba la madre de Álvaro. El vagabundo no les pedía comida, pero Álvaro pensaba que eso era lo mínimo que podía hacer a cambio de sus historias. Nunca se paró a analizar si aquellas anécdotas eran verdaderas o falsas. Seguramente se las inventaría sobre la marcha, se le notaba en los ojos, siempre perdidos, fijos en un punto que cambiaba deposición de cuando en cuando. La madre de Álvaro acababa averiguando cuándo había estado con el vagabundo, porque llegaba a casa con el mismo olor intenso a vino barato que el hombrecillo desprendía. Adelaida ya no sabía muy bien cómo actuar, pues era consciente de que si le impedía ver al vagabundo, se recluiría en sus libros y no veía con buenos ojos que pasase tanto tiempo solo. La única solución que se le ocurrió fue llevarlo con ella al bar y dejarle que le echara una mano para que se entretuviera. Allí aprendió a manejar la cafetera, preparaba cafés para sus padres y también para sus tíos. El aroma del café lo hechizó de tal manera que logró olvidar aquel hedor a vino barato. Con nueve años se bebió su primer café a escondidas y antes de los diez ya estaba enganchado a la cafeína. Su madre tardó casi tres años en darse cuenta. Cuando empezó a consumir café a diario, Álvaro tuvo que ideárselas para buscar alternativas a la cafetera del bar de su madre. Se compró un kilo de café molido que escondió debajo de su cama y comenzó a usar una cafetera italiana con una capacidad de unas cuatro tazas que había en su casa. Aprovechaba los momentos en que sus padres trabajaban, que era casi siempre, para concederse su pequeño vicio. Por aquella época no solía tomar más de un café al día, por lo que la dosis de la cafetera italiana le duraba unos cuatro días. Guardaba el café sobrante en un tarro hermético que escondía junto con el paquete de café debajo de la cama. Solo Q. conocía su adicción secreta. Álvaro le

persuadió para que él también probara el café, pero Q. no se atrevió a desobedecer a sus progenitores, que en más de una ocasión le habían dicho que eso no era bueno para los niños. Tú tampoco deberías tomar, le decía Q. y Álvaro le contestaba que los adultos solo sabían prohibir todo lo que les gustaba, como el tabaco, pero que ellos nunca predicaban con el ejemplo.

En el cuerpo enteco de Álvaro el efecto estimulante de la cafeína se multiplicaba. El insomnio le atacó y él no opuso resistencia alguna, consideró una ventaja poder permanecer despierto mientras el mundo dormía. Le proporcionaba un placer indecible asomarse a la ventana y observar cómo su calle bostezaba, muerta de cansancio, cansada incluso para hablar, sin ruido alguno, salvo algún ligero ronquido. A menudo empleaba la vigilia para leer sin el temor de una reprimenda de su madre porque le dedicaba más tiempo a los libros que a las personas. Sin embargo, una noche sobre las tres de la mañana Adelaida, desvelada también, advirtió encendida la luz de la habitación de su hijo. Corrió de inmediato a apagarla y a arrebatarle el libro de las manos. Desde entonces Adelaida permanecía despierta hasta altas horas de la madrugada, al acecho. A las pocas semanas Álvaro ya había ideado una nueva estratagema para poder leer a deshoras: se hizo con una linterna, que encendía debajo de las sábanas. La luz de la linterna no resultaba tan escandalosa como la de la lámpara que colgaba del techo; desde su habitación su madre no podía percatarse. No obstante, su madre ya nunca descansaba por las noches y adoptó la costumbre de frecuentar el baño, en ocasiones más de dos veces por noche. Cuando se levantaba siempre echaba un vistazo a la habitación de Álvaro antes de volver a la cama. Normalmente él oía sus pasos antes de que la cabeza de su madre cruzase el umbral de la puerta y conseguía esquivarla: conseguía apagar la linterna a tiempo; pero pronto Adelaida le descubrió de nuevo leyendo a escondidas y en un estado de desesperación y desconcierto absoluto volvió a arrebatarle el libro, esta vez junto con la linterna.

Al día siguiente Álvaro escuchó que sus padres hablaban de un psicólogo que trataba casos de insomnio. Desconocía en qué consistía exactamente un psicólogo, pero le entró miedo y esa misma tarde le explicó a Q. lo sucedido. Q. le contó que a un primo suyo que vivía en Sarria una vez lo llevaron a un psicólogo para que dejara de morderse las uñas, su primo solo le dijo que era un señor que tenía una forma muy extraña de reírse, porque cuando estiraba los labios parecía que, en

verdad, estaba a punto de echarse a llorar. Por lo que él sabía, los psicólogos eran unos individuos que no podían ser amigos tuyos, pero a quienes tenías que confesar tus problemas.

—En ese caso, prefiero tener que confesar mis problemas a alguien que sí pueda ser mi amigo —dijo Álvaro.

—Ya, de hecho, lo acabas de hacer.

—

Álvaro Aliaga abrió una raya como para seguir con el diálogo y acto seguido tecleó una combinación de caracteres ininteligible demasiado larga para reproducirla aquí. En cinco horas y media frente al ordenador apenas había podido producir tres páginas de Word. Ya no sabía sobre quién escribía, si se trataba de una autobiografía o de ficción, o de una autobiografía ficticia, de autoficción. Se acordó en ese momento de la película de Víctor Erice *El espíritu de la colmena*, en la que los personajes principales tienen el mismo nombre que los actores que los interpretan y se acordó también de que en alguna revista sobre cine leyó que era porque Ana Torrent, por entonces una niña de no más de siete años, no entendía por qué los actores tenían un nombre diferente en la película. Después de eso pensó en la novela de Darío Jamarillo *El juego del alfiler*, un relato autobiográfico, que Álvaro creyó ficticio antes de investigar y descubrir que se equivocaba. Lo cierto es que el autor quería confundir al lector ya desde el primer párrafo:

«Voy a contar una historia que pude haber vivido yo. Tal vez por eso —y sin mi consentimiento— el narrador y personaje de este cuento dice llamarse Darío Jamarillo. Pero es un ser ficticio, distinto de quien escribe —a lo mejor él también ficticio—, un ser imaginario que pertenece a una historia inventada, sujeto de una realidad tan solo verosímil, no verdadera».

O a lo mejor —y casi con total certeza— es un ser que proviene de una historia verídica, sujeto a una realidad inverosímil, pero verdadera. Decía para sus adentros Álvaro que, igual que Darío Jamarillo, había traspasado los límites impuestos entre el escritor y lo escrito. Dudaba si era él quien escribía o si a él lo escribían, o, quizá, si él escribía y a la vez se escribía a sí mismo.

IX

Los padres de Álvaro Aliaga no eran catalanes, pero se conocieron en Cataluña y allí se dieron cuenta de que ambos habían nacido en el mismo pueblecito manchego a pocos kilómetros de Ciudad Real, Bolaños de Calatrava. A mediados de los años 50, cuando Adelaida Montero tenía cuatro años, la familia Montero dejó Ciudad Real por París. Allí se instalaron los padres y las dos hijas, huyendo de lo que a los progenitores de Adelaida les parecía una España decadente sin oportunidades. En el sesenta y nueve volvieron, pero no a Castilla la Nueva, sino a Barcelona. Adelaida, que por entonces ya había cumplido los diecinueve, conoció a Antonio Aliaga en un bar de la Ronda del Guinardó. Recién llegadas de París, Adelaida y su hermana Fina se tomaban un café mientras hablaban de su infancia y de lo poco que se acordaban de su pueblo natal. Al escucharlas, los dos caballeros sentados a la mesa de al lado no pudieron resistir interrumpirlas para decirles que ellos también eran de Bolaños de Calatrava, pero que apenas habían pasado allí los cinco primeros años de su vida y que desde entonces no habían vuelto. Las hermanas se rieron, algo incrédulas pensaron que se trataba de un par de tenorios que habían encontrado la oportunidad idónea para engatusarlas. Aunque parecía que no mentían cuando decían que habían nacido en Bolaños de Calatrava, pues de lo poco que el tiempo no había horrado de sus memorias, conservaban recuerdos similares de aquel lugar baldío y caluroso. Los padres de Antonio y Luis pensaron lo mismo que los de las hermanas Montero cuando abandonaron Castilla la Nueva, aunque los primeros no llegaron a atravesar la frontera y permanecieron en territorio nacional. Al final Antonio y Luis dijeron que si tuviesen que considerarse de algún sitio, serían catalanes; a lo que Adelaida y Fina contestaron que ellas no sabrían decidirse. Siguieron hablando durante toda la tarde, incluso después de que la noche cayese. Los hermanos Aliaga quisieron saber por qué habían vuelto a España. Francamente

ninguna de las dos lo sabía. Es cosa de nuestros padres, dijeron. ¿Ya qué se dedican?, preguntaron otra vez los Aliaga. En París eran profesores de español, aunque, en realidad, son escritores, o periodistas. No sé. De vez en cuando consiguen publicar algún artículo, respondió Adelaida. Anda, nosotros también somos periodistas. Colaboramos en una revista, «Papel cuché». ¿La conocéis?, dijo Luis. Ambas negaron con la cabeza. Entonces les explicaron que Papel cuché era una revista de literatura, que fundaron entre los dos y que el nombre venía del tipo de papel que utilizaban en la impresión. Fina dijo que ya lo sabían, que el término viene del francés, que «couche» significaba capa. Esa misma tarde les hablaron del oficio de los traductores y les sugirieron que ellos mismos podrían ayudarlas a buscar trabajo como traductoras del francés, que tenían contacto con algunas editoriales porque la revista se dedicaba, sobre todo, a la crítica literaria. Durante esa semana se vieron tres veces más y en su cuarto encuentro, ocho días después del primero, ya les habían conseguido un encargo de traducción, una novela francesa por la que cobrarían 5.000 pesetas.

En un mes las hermanas Montero la terminaron y la editorial quedó bastante satisfecha con el resultado. Se introdujeron así en el mundo de la traducción literaria. Al principio traducían a cuatro manos, pero más adelante empezaron a trabajar de forma individual. Siguieron manteniendo el contacto con Luis y Antonio. A veces quedaban los cuatro juntos y a veces se veían a solas por un lado Antonio y Adelaida y por el otro, Luis y Fina. Al cabo de un año parecía inevitable que ambas parejas acabaran casándose. Primero lo hicieron Luis y Fina; poco después les siguieron Antonio y Adelaida. Estos últimos tuvieron un hijo al que llamaron Álvaro en honor al escritor Álvaro Mutis, muchos de cuyos versos Adelaida se sabía de memoria. Antonio habría querido llamarle también Antonio, no por él, sino por Antonio Machado. Sin embargo, Adelaida se opuso y sentenció que con un Antonio en la familia bastaba. Antonio no quiso contrariarla, en parte porque su mujer era demasiado testaruda como para hacerla cambiar de opinión y en parte porque el argumento de Álvaro Mutis le había convencido.

Los padres de Álvaro pensaban que tenía una infancia bastante feliz hasta que se dieron cuenta de que habían condenado a su hijo a los inhóspitos entresijos del lenguaje y la literatura. Las conversaciones sobre la escritura eran muy frecuentes en casa. Adelaida como traductora y Antonio como periodista se ayudaban mutuamente. A la

hora de comer el sintagma preposicional o el último libro de Marguerite Duras, a la que Adelaida había traducido varias veces, eran temas habituales. Junto con la ración de sopa se servía, por ejemplo, un plato de dudas sobre redacción. Álvaro escuchaba a sus progenitores y su avispada cabeza de niño absorbía todos y cada uno de los comentarios. A los seis años se atrevió a participar. Hoy he leído esta frase: «Llovía, pero tenía paraguas», dijo el pequeño. No es lógica. Parece que tener paraguas cuando llueve sea algo negativo. Tendría más sentido que fuera: «Llovía, pero no tenía paraguas» o «llovía y tenía paraguas». Adelaida y Antonio, debatiéndose entre la preocupación y el asombro, no fueron capaces de encontrar una explicación que complaciese del todo a Álvaro. Al principio le dieron la razón y luego Adelaida añadió que quizá el autor sí que quería expresar que habría preferido no llevar paraguas cuando llovía. Unos días más tarde Álvaro llegó a casa del colegio diciendo que les habían mandado leer una historia en la que en un momento dado decían que el mar era largo. Eso está mal, el mar no es largo. El mar puede ser amplio, pero no largo. ¿A que es un error de traducción, mamá? Tendrían que haber escrito que el viaje por mar era largo. No sabían cómo explicarle a un niño de seis años lo que es una metáfora, pero acabó entendiéndolo sin mucho esfuerzo. Acto seguido Adelaida y Antonio murmuraron para sus adentros: Madre mía, nos ha salido de letras. Un pobre desgraciado como nosotros.

Precisamente por todo eso, porque en casa se respiraba un ambiente demasiado literario, a Adelaida le gustaba que su hijo tuviese por amigo a alguien como Q., un niño al que intuía muy inteligente, pero de una inteligencia totalmente distinta a la de Álvaro. Pensaba que la percepción analítica de Q. ayudaría a encauzar la mente dispersa de Álvaro y que, a su vez, Álvaro podía enseñarle a Q. la parte más irracional de las cosas. A menudo entre semana quedaban para hacer juntos los deberes; Q. siempre acababa haciéndole los ejercicios de matemáticas y Álvaro le escribía las redacciones para clase de Lengua castellana. Aunque pueda parecer un método poco instructivo, resultó dar sus frutos. Con el tiempo, después de haber presentado tantas veces operaciones hechas por Q. como suyas, Álvaro empezó a creer que había hecho él todos esos ejercicios y de tanto pensar que entendía las matemáticas, terminó por entenderlas de verdad. A Q. le ocurrió lo mismo con los comentarios de Lengua castellana.

Con ocho años Álvaro comenzó a adueñarse del contenido de las

estanterías de la biblioteca que sus padres habían establecido en el salón. Quizá el término adueñar pueda sonar excesivo, pero él lo concebía así. Elegía un libro al azar y lo leía con fruición. Si le gustaba mucho se apoderaba del libro. Se apoderaba del libro en un sentido más allá de lo material, pues volvía a depositar el ejemplar en el hueco correspondiente de la estantería. Se apoderaba del libro porque de alguna forma sentía que al leerlo él se convertía un poco en el libro, igual que los hombres-libro de la novela de Ray Bradbury. Creía, además, que los libros se volvían un poco humanos cuando eran leídos, algo así como el reverso de esos personajes de Bradbury, los libros-hombre.

A los once, cuando la literatura ya le había atrapado por completo, descubrió otro estupefaciente: la cafeína. Cela avivó su curiosidad por el café tras la lectura de La colmena. Álvaro se imaginó a sí mismo frecuentando el Café de doña Rosa, se vio tomando un café bien caliente y se convenció de que él era uno de esos individuos que aparecía en la novela, pero que Cela no quiso describirle en detalle para no alargar más la historia. Un día en un bar pidió un café con leche para llevar. La camarera le preguntó si se lo iba a beber y él alegó que era para su madre. Entonces la chica le sonrío y mientras apretaba el brazo de la cafetera dijo con ternura: Qué buen hijo. Cuando se encontraba lo suficientemente alejado del bar sorbió el primer trago. Se lo bebió muy lento, saboreándolo y saboreando el placer de creerse en ese instante un personaje ficticio, un escritor o un poco de los dos.

Ahora no sé qué hacer con la otra versión de mi intento de novela, se dijo Álvaro. Hastiado ya de escribir, tenía dificultades para extraer lo que había de verdad en cada uno de los textos. Se sentía incapaz de recordar si su madre se había criado en París; tampoco si profesaba o no una verdadera devoción hacia Álvaro Mutis, ni siquiera sabía si lo conocía. Tampoco se acordaba de si a su padre le gustaba Antonio Machado, aunque quería pensar que, de haberse llamado Antonio, habría sido en su honor. Poco a poco su desconcierto se fue calmando, llegó a la conclusión de que no era tan importante saber lo que era cierto y acabó de cavilar con un verso de Machado que dice que también la verdad se inventa.

Helena se escribe con «h»

Que Dios nos libre de los comerciantes
solo buscan el lucro personal

Nicanor Parra

En 1955 Julio Verniol tenía 22 años y trabajaba en la librería de sus padres. Lo adoptaron cuando todavía era un bebé y aunque no compartían los mismos genes, todos ellos formaban una familia de cegatos. Por aquella época Julio Verniol tenía seis dioptrías de miopía en cada ojo además de una de astigmatismo en el derecho. Ya llevaba unas gafas grandes y redondas, ya tenía un par de arrugas en la frente por culpa de la ansiedad y ya estaba enganchado al tabaco. Le irritaban los niños y los adultos que los acompañaban, también aborrecía a las personas que llegaban a la tienda en grupo hablando o incluso riéndose a viva voz, a las amas de casa aburridas que le pedían que les aconsejase alguna lectura, a los que traían libros de segunda mano para vender subrayados y con anotaciones y, por encima de todo, a los que entraban con la única intención de pasar el rato, de husmear en las estanterías y de desordenar. Se podría decir que Julio Verniol odiaba más que amaba si no fuera porque estaba enamorado de su odio. En tan alta estima tenía el encono, tanto el ajeno como el propio, que el significado del verbo odiar se invertía. Aquello que detestaba, en realidad, le satisfacía y como había un odio inconmensurable dentro de él, Julio Verniol era un verdadero filántropo.

Al principio era raro que se quedara solo a cargo de la librería, aunque a veces ocurría. Con el tiempo se convirtió en algo habitual; sus padres, poco a poco más viejos y más enfermos, le encomendaban cada vez más tareas y responsabilidades. Cuando Julio tenía 23 años, su padre, que era quien llevaba de verdad las riendas del negocio, murió de un ataque al corazón. Entonces supo

que, le gustase o no, pasaría su vida en esa librería. Con 24 años se encargaba por entero de la adquisición de libros, ya fuesen actuales o antiguos, nuevos o usados. Su madre pasó a ser una mera ayudante.

Un día una de esas personas que solo entraban para fisgar y que tanto crispaban a Julio estuvo paseándose por la librería durante una media hora. Parecía que iba sacando libros al azar de la estantería y los hojeaba. Julio, que se había estado conteniendo, se acercó y en un tono de forzada amabilidad le dijo si podía ayudarla. Ella preguntó por una extraña edición de *La Eneida* de la que no disponían. Tuvo la sensación de que lo había hecho a propósito, de que había elegido ese ejemplar en concreto porque no quería encontrarlo y no le quedó la menor duda de que se trataba de uno de esos inaguantables clientes que no compran. Julio tenía la certeza de que no lograría dar con esa edición tan exquisita, pero solo para ratificar que aquella joven no era más que una impertinente, le sugirió, esperando que ella se negase, que podía intentar conseguirla. La chica asintió y añadió que se lo agradecería. Él, sorprendido, dijo que, en ese caso lo mejor sería que se quedase con sus datos para avisarla.

—Dime, ¿cómo te llamas?

—Helena Rincón.

Julio lo anotaba en un trozo de papel al otro lado del mostrador mientras la joven lo miraba con cierta altivez.

—Helena se escribe con «h» —remarcó ella al comprobar que había escrito Elena.

—En Inglaterra quizás, pero en castellano la «h» es prescindible.

—¿Me estás diciendo cómo tengo que escribir mi nombre? —elevó el tono de voz.

—Me parece afectado ponerle «h» cuando en el lenguaje oral no se aprecia. ¿Para qué quieres recargarlo con grafías que no suenan?

—Está aceptado de las dos maneras y a mí me gusta así. Además, según tu teoría deberíamos eliminar la «h» del castellano.

—No, cuando va detrás de una «c» sí que es útil. Para el resto de los casos, es innecesaria.

—Me niego a negociar con un terrorista de la etimología que me llama Helena sin «h».

¡Pero si suena igual! Si no lo hubieras visto ni siquiera te habrías

dado cuenta. Te has delatado tú misma.

Helena, con «h» o sin ella, le dio la espalda, se apresuró hasta la puerta y salió de allí antes de que él pudiese decir algo. Al día siguiente volvió para disculparse. Le pidió perdón por su falta de tacto y Julio le contestó con sorna que no pasaba nada, que ese comportamiento era normal entre las niñas bien.

—¿Y quiénes son las niñas bien? —Repuso ella enfadada.

—No te lo tomes a mal, mujer —él seguía con su tono sardónico —. Lo decía porque la gente que tiene dinero carece de sentido del humor. Lo he comprobado desde que empecé a trabajar aquí.

—Si yo no tengo sentido del humor, tú no tienes modales.

—Es posible, no pudieron pagarme una buena educación. Apuesto a que vas a la universidad y todo.

—Eso no te importa —Helena ya se preparaba para salir corriendo de allí.

—Lo interpretaré como un sí, el sí de las niñas de bien.

—Ya he escuchado suficiente. Eres testarudo e irritante incluso cuando te están pidiendo perdón.

Esta vez Helena recorrió la librería hasta la salida con ritmo sereno. Cuando le quedaban unos tres pasos para alcanzar la puerta se giró y antes de marcharse dijo en tono solemne: Buenas tardes. No volvió a aparecer por la librería hasta la semana siguiente. Qué alegría verla por aquí, señorita, la saludó Julio con ironía. Se disculpó de nuevo, aunque ya no era una disculpa sincera, sino un simple paripé para pedirle que intentara conseguir aquella rara edición de *La Eneida*.

—Para firmar la paz, escribiré Helena con «h» —dijo Julio cuando se disponía a tomarle los datos.

A partir de ese día, con la excusa de comprobar si había llegado su pedido, las visitas de Helena a la librería se repetían con bastante frecuencia. Cada vez se prolongaban más, se quedaban hablando de cualquier cosa hasta que algún cliente les interrumpía o hasta que Helena perdía los estribos. A Julio le encantaba sacarla de sus casillas. Una tarde, con su sarcasmo característico, le preguntó si de verdad quería aquella edición de *La Eneida* o si solo era un pretexto para poder ir a verle. Ella, muy ofendida, le respondió con la voz acelerada que estudiaba en la Escuela de Bibliotecarias y que le estaba buscando desde que su profesor de Historia del libro le habló

de él.

—Conque la Escuela de Bibliotecarias —advirtió Julio—, justo lo que pensé desde el primer momento, una niña de bien que puede comprar libros caros porque sí.

—No es porque sí.

—¿Entonces por qué?

—Pues para tenerlo.

—Ah, eso lo cambia todo, la avidez del coleccionista.

Sus encuentros solían acabar así, de forma brusca, cuando Helena se hartaba y desaparecía sin despedirse. Pronto ambos se olvidaron del libro y este dejó de salir en las conversaciones. Helena ni siquiera preguntaba por aquel encargo cuando se pasaba por la librería. Parecía que él tenía razón y que, en realidad, era una excusa. Lo cierto es que al principio no lo era, pero en poco tiempo se desentendió del libro y empezó a entender a Julio. Entonces él tenía 24 años y ella, 18. Tres años más tarde cuando él tenía 27 y ella acababa de cumplir 21 y de terminar sus estudios en la Escuela de Bibliotecarias decidieron casarse. La fecha que habían elegido para la boda coincidió con el funeral de la madre de Julio, el día anterior se había atragantado con un hueso de pollo y había muerto asfixiada. Julio interpretó aquello como una señal del destino que le advertía de que no debía casarse, pero al final retrasaron la boda un mes. Se convirtieron en marido y mujer y en compañeros de trabajo, en socios. La librería nunca había ido mejor desde que Helena se incorporase en el negocio: todo lo que había aprendido en la escuela lo puso en práctica. Además, gracias a ella se hicieron con verdaderas reliquias. Encontró por fin aquel preciado ejemplar de *La Eneida* de 1842. Ahora que ya has conseguido lo que querías, no tiene sentido que sigas viniendo a la librería, le soltó Julio con cinismo. Entonces tendré que buscar otra excusa, tendré que conseguir más libros, replicó ella. De esta manera se especializaron en la venta de libros antiguos y se procuraron un amplio fondo que abarcaba obras desde el siglo XV al XX. Hoy él tiene 77, ella, 71 y la librería ya va por su sexagésimo aniversario.

X

Nunca fumaba, le gustaba demasiado el olor del tabaco y temía que si se terminaba un cigarrillo entero se convertiría en adicto con la primera calada del segundo. Sus padres tampoco fumaban, su único vicio era el café, que Álvaro acabó heredando. Ser fumador en una familia de no fumadores es un escollo, en algunos casos insondable. Álvaro no se molestó en intentarlo y se conformó con el café. De adolescente un amigo le ofreció al salir del instituto una calada, pero desde entonces no lo había vuelto a probar. No porque no le gustase, todo lo contrario, le gustó demasiado. No supo explicarse por qué le gustó tanto. Sintió que el humo se le colaba por el esófago de la manera más natural posible y que luego lo expulsaba, también con una gracia innata. Sintió que el humo se le aparecía y se introducía en su cuerpo como un espíritu. Fue casi una experiencia mística. A todo eso hay que añadir el placer ante lo prohibido. Su amigo encendió el cigarrillo a una manzana de la puerta del instituto, cualquier profesor o cualquier padre podría verle succionar esa boquilla y sus padres podían enterarse. El riesgo persistía hasta que llegase a casa. Llegaría con olor a tabaco y sus padres todavía podían darse cuenta, aun cuando nadie le hubiera visto fumar. Él siempre podría excusarse con una verdad a medias, alegando que había estado con Alex, que sí que fuma y que el olor no era suyo, sino de su amigo. El día que probó su primera —y hasta la fecha su última— calada caminó hasta casa con el regusto culpable del tabaco. Al parecer nadie se percató de que Alex le había ofrecido un cigarrillo y sus padres tampoco notaron nada. Cuando llegó se escondió un poco, saludó a su madre desde una distancia calculada y se encerró en su habitación. Sin embargo, decepcionado porque todo había resultado demasiado fácil, decidió pasearse por la cocina, donde su madre preparaba la cena. Procuraba hablar con la boca más abierta que de costumbre e

intentaba a toda costa que su aliento de nicotina se propagase por toda la habitación. Lo único que consiguió fue que su madre le preguntara si le dolían las muelas, porque hacía unos gestos extraños con la mandíbula. Tras esa victoria, que a la vez era un fracaso, pues, en su fuero interno, tenía el deseo secreto de ser descubierto, pensó que lo mejor sería no volver a tentar a la suerte. Unas semanas después, Alex le ofreció no una calada, sino un cigarrillo al terminar las clases. Muy a su pesar, Álvaro declinó la invitación, pensó que con una adicción ya tenía suficiente y que, además, un segundo vicio implicaría, en cierto sentido, traicionar al primero, privar al café del protagonismo que se merecía.

Desde entonces su relación con el tabaco se había mantenido como una especie de admiración platónica. Le fascinaba la mayoría de la gente que fumaba, sobre todo, las mujeres. El mismo amigo que le invitó a esa primera calada, le dijo que las mujeres que fumaban le ponían cachondo. Ahora bien, decía, hay dos tipos de fumadoras, las que expulsan el humo por la boca y las que lo hacen por la nariz. ¿Y sabes cuál es la diferencia entre una y otra? Bien, las que expulsan el humo por la boca son elegantes, son ese tipo de chicas que se hacen las estrechas. Algunas lo son de verdad, pero para otras es solo una fachada que no hace sino ponerme todavía más cachondo. Las que expulsan el humo por la nariz, en fin, esas son las putas que están dispuestas a hacerte cualquier cosa. Ya sabes. Unos años después Álvaro vio en el cine una reposición de *La maman et la putain* de Jean Eustache. En esa película la protagonista Veronika, interpretada por Françoise Lebrun, que se ve envuelta en un triángulo amoroso y acaba preguntándose entre lágrimas si es una puta, fuma en todas las escenas y expulsa el humo por la nariz. No pudo evitar acordarse aquella tarde de su amigo Alex y de su teoría sobre los tipos de fumadoras.

Desde que sostuvo por primera vez un cigarrillo entre sus dedos le pareció que el tabaco escondía cierto componente trágico. El fumador es consciente de que va a morir seguramente igual que muere el cigarrillo. El fumador no es más que una extensión del cigarrillo, que se va consumiendo de la misma manera, aunque a un ritmo mucho más lento. Poco después de que fumara por primera vez, en el exterior de las cajetillas empezaron a figurar mensajes que advertían sobre los riesgos del tabaco, prevenían de que fumar

provoca cáncer, problemas cardiovasculares o daños en el feto de una mujer embarazada. El que compraba un paquete, pagaba por su muerte.

Todos estos pensamientos le asaltaron porque a escasos metros de donde él se encontraba, una chica pelirroja acababa de encender un cigarrillo. Fumaba muy despacio. Expulsaba el humo por la boca, pero en dos ocasiones lo expelió por la nariz. Álvaro creyó por un momento sentirse atraído hacia ella, aunque luego dudó entre ella y el tabaco. Se preguntó si habría experimentado esa atracción si no estuviese fumando, aunque le resultaba muy difícil separarla de los cigarrillos, como si fuesen dos partes indisociables de un extraño conjunto. Impelido por una sensación muy intensa, Álvaro se acercó y le pidió un pitillo. Ella le tendió uno y le ofreció también un mechero del que no consiguió obtener una sola llama. Lo siento, ya debe de estar muy viejo, musitó la chica. Un señor pasaba por allí con una pipa encendida en la mano derecha. Álvaro le hizo un gesto con el cigarrillo y este le respondió con la llama de una cerilla. El señor siguió en línea recta y Álvaro permaneció con una mirada impávida junto a la chica. Tenía los ojos fijos en ella, pero, en realidad, no la miraba. Estaba absorto en asuntos que nada tenían que ver con ella. La chica le sacó de su ensimismamiento cuando comentó que era la primera vez que veía que alguien prendía un cigarrillo con una cerilla. La cerilla es un cigarrillo que no se atrevió a ser cigarrillo por timidez, pensó para sus adentros. Después de eso ensartó que no le gustaban los hombres. Álvaro contestó que no se preocupara, que a él no le gustaban los cigarrillos. La joven casi rompe a llorar y Álvaro se disculpó sin saber muy bien por qué. No pasa nada, es que el humo me pone triste, dijo. Álvaro siguió sin entender, pues habría sido más lógico que dijese que el humo la hacía llorar, como las cebollas, que nada tiene que ver con estar triste. Añadió entonces que, en verdad, sí le gustaban los cigarrillos y que había dicho lo primero que le había venido a la cabeza.

—Sin embargo, no eres un fumador —replicó ella.

—¿A qué te refieres?

—Quiero decir que no fumas con frecuencia. Se nota en tu timidez, como la de las cerillas.

Cuanto más hablaba con ella, menos la entendía. Ni siquiera se

molestó en preguntarle qué significaba la comparación con las cerillas por miedo a que su respuesta fuera todavía más enigmática. Entablaron una conversación y en el tiempo en que el cigarrillo terminó de consumirse hablaron de lo que estaban haciendo en ese instante, de pie en mitad de la Rambla del Raval. Ambos esperaban. Ella a una amiga, él a alguien que también calificó de amigo para no tener que dar explicaciones. Hacía veinte minutos que esperaban, todo indicaba que les habían dado plantón y a pesar de eso, no parecían sorprendidos. Quizá lo habrían estado si esas personas a las que esperaban se hubiesen presentado. Álvaro dijo que llegados a ese punto solo tenían dos opciones, fumar otro cigarrillo o largarse. La chica respondió que él se había fumado el último que tenía. Se miraron sin saber muy bien qué hacer y enseguida ella intervino de nuevo para decir que sería muy literario o cinematográfico ir juntos a tomar un café, sería el principio de una historia dentro de una película o de una novela. Pero esto no es ni una novela ni una película. Además, ya he dicho que no me gustan los hombres, así que lo más apropiado es que nos despidamos aquí, sentenció. Él repitió que no le gustaban los cigarrillos, invadido de nuevo por el mismo impulso de hacía unos minutos cuando lo dijo por primera vez. Ella casi rompe a llorar de nuevo. No tiene sentido que sigamos hablando, dijo antes de despedirse y perderse en una calle transversal a la rambla.

Álvaro esperó cinco minutos más, aunque sabía que Conrad Desmond no iba a aparecer. No cambió de postura durante cinco minutos hasta que decidió volver a casa. No pensó en Conrad, sino en aquella chica. Tuvo la impresión de que alguien la había colocado allí a propósito, en mitad de la rambla, en ese momento en el que tenía que esperar en vano. Sentía que alguien había querido provocar ese encuentro tan extraño y sintió también que algún día la volvería a encontrar, aunque no sabía muy bien dónde.

Glucosa y nicotina

Cuando vea los ojos que tengo tatuados en los míos

Alejandra Pizarnik

La de la boca grande y los pechos pequeños, así se referían a ella algunos. Lo cierto es que tenía unos labios carnosos rojos y grandes con una perfecta dentadura, blanca y brillante pero no en exceso. A esos labios les tocaba convivir con un cuerpo pequeñito y enclenque al que le habían asignado unos pechos que se podían abarcar de sobra con la palma de una mano. A Lía no le importaban mucho estas cosas. A veces la comparaban con un dibujo de Tim Burton, ella se lo tomaba como un halago y seguía sonriendo con su boca grande. Llevaba una dieta sana y equilibrada si no fuera por la cantidad de tabaco que fumaba diariamente. En un día normal y sin sobresaltos gastaba un paquete de Chester, pero eran frecuentes los altibajos en los que acababa consumiendo y consumiéndose ella con un paquete y medio o, en casos extremos, incluso dos. Según decían, en aquella cantidad indiscriminada de cigarrillos residía gran parte de su encanto y ayudaba a regular su belleza desproporcionada. Si no fumase el esmalte de los dientes sería demasiado brillante y el contraste entre su boca grande y sus pechos pequeños resultaría excesivo, por ejemplo. Lo mismo le sucedía con la piel, pálida e inmaculada, que había perdido algo de su pureza nívea con la nicotina. Si no fuera por ella, parecería una muñeca de porcelana y podría llegar a producir algo parecido al asco.

En el colegio, de pequeña, la llamaban piruleta porque su cuerpo era aún más raquítico y su cabeza más o menos del mismo tamaño que ahora. Lía tenía ganas de llorar cuando se dirigían a ella de ese modo, pero había algo en ella que no la dejaba derramar ni una sola lágrima. Entonces aumentaban las ganas de llorar, porque las piruletas carecen de sentimientos y ni siquiera saben identificar un

llanto. Tal vez si la hubiesen visto con los ojos vidriosos ya no la habrían vuelto a llamar así. Sin embargo, por más que apretara los párpados no conseguía ni un poco de humedad en las corneas. Por eso, durante un tiempo Lía creyó que era en realidad una piruleta. Vivió con esa rémora hasta que probó su primera calada con quince años y se dio cuenta de que había sido un cigarrillo atrapado en el cuerpo de una piruleta. Los cigarrillos y las piruletas tienen mucho en común, ambos se desgastan y mueren poco a poco por el efecto de una fuerza exterior que los absorbe. La piruleta manifiesta su agonía con sonidos muy sutiles, como si se retorciera de dolor. Pero la muerte del cigarrillo a Lía se le antojaba infinitamente más trágica. Se producía a través de la expulsión de humo, un humo que contaminaba al agresor, a los cómplices y a los testigos. Cuando Lía compró su primer paquete de tabaco pensó que no era ni un cigarrillo ni una piruleta, sino una combinación de ambos: un caramelo de piruleta que se sostenía sobre un cigarrillo. Por aquel entonces ya nadie la llamaba piruleta y algunos empezaban a murmurar que era la de la boca grande y los pechos pequeños. Lía se mantenía firme en la sentencia que ella misma se había dictado, era material inflamable y respirable. En cualquier momento podía arder e infectar los pulmones que inhalaran de su aire o que mordieran su cabeza de caramelo, todavía no estaba segura de qué sabor.

Su último compañero de piso era adicto a los *Chupa Chups*, que, a fin de cuentas, son casi lo mismo que las piruletas. Su suministro se componía, sobre todo, de *Chupa Chups* de manzana ácida, sus favoritos. Por supuesto, esa adicción sustituía a una adicción anterior. Había reemplazado el tabaco por el azúcar, así que vivir con alguien como Lía, a veces suponía todo un desafío para un exfumador como Trino. Pero con el tiempo aprendieron a digerir sin dolores en el estómago sus respectivos vicios. Trino respiraba el humo de Lía y con eso cubría sus necesidades de nicotina. Al principio, para Lía contemplar a Trino degollar *Chupa Chups* sin ningún tipo de piedad le traía malos recuerdos y le hacía pensar demasiado en aquel sobrenombre de su infancia. Imaginaba que era cada una de esas bolas de caramelo de manzana y, durante los primeros meses de convivencia, miraba a Trino como la víctima mira la guillotina minutos antes de morir.

Hasta el tercer mes el piso permaneció impecable, ya que, puesto que no se soportaban, ninguno de los dos aparecía apenas por allí salvo para dormir y de vez en cuando comer. Después empezaron a tolerarse e incluso a quererse un poco. Abrían la ventana del salón y se tumbaban en el sofá, Lía fumaba y Trino succionaba *Chupa Chups*. De ese modo empezaron a generar basura, colillas y envoltorios de caramelo. Se proponían limpiar después de fumar y terminarse un *Chupa Chups* respectivamente, pero podían pasar horas y horas allí tumbados entre la humareda y la glucosa, hasta que anochecía y se decían que dejarían la limpieza para el día siguiente. El día siguiente se reproducía idéntico al anterior.

Lía debía mucho a Trino, fue un gran apoyo durante el tiempo en el que compartieron piso. Además, gracias a él consiguió el trabajo en el estudio de tatuajes en el que está ahora. Trino trabajó dos años allí. Había tatuado alguna vez, aunque solo solía encargarse del diseño de las plantillas y de buscar y comprar el material. Tenía que renovar el libro de dibujos cada dos meses y también aconsejaba y creaba diseños personalizados si el cliente lo pedía. Cuando abandonó el piso, abandonó también su trabajo y se fue a emprender una nueva vida en el extranjero. Fue una decisión repentina, un día llegó a casa y soltó que quería largarse de Barcelona. ¿A dónde vas a ir?, preguntó Lía. No sé, quiero irme fuera, lejos, fuera de España, supongo, respondió. A un país que tenga algo que ofrecerme, algo para mí. ¿Dónde se inventó el *Chupa Chups*?, añadió luego. Creo que fue un español, se rio Lía. Mierda, pues entonces no tengo ni idea, cogeré el coche. Quizá llegue hasta Francia y me instale allí. Sé un poco de francés.

Veintiséis días después Trino recogió sus pertenencias y las amontonó en el maletero del coche. *Bon voyage*, le deseó Lía. Antes de eso, Trino le habló del estudio de tatuajes y del puesto que quedaría vacante. A Lía le pareció una locura. Por un lado necesitaba trabajo, pero por otro, no tenía ni idea de eso, y ni siquiera llevaba ningún tatuaje. Él dijo que eso no importaba en absoluto, que el jefe nunca se había hecho uno. A Lía le pareció muy extraño y la idea comenzó a atraerle cada vez más cuando le contó las excentricidades que allí se respiraban. Merecía la pena solo por trabajar con aquel tipo, que todos los días gastaba, al menos, seis cartuchos de tinta en tatuajes sin que esta hubiera

rozado jamás su piel.

Así fue como Knud Oluf Larsen pasó a ser el nuevo jefe de Lía. Knud Oluf Larsen, de padres daneses afincados en España, era un cuarentón con una tez marmórea, casi transparente, y pelo pajizo, alto, desgarbado, enjuto, malnutrido y filiforme como un personaje del Greco. Cuando le preguntaba qué hacía un tipo sin tatuajes tatuando, respondía que nunca se había encontrado a nadie más tatuado que él mismo. Toda la piel que me cubre el cuerpo es un tatuaje, un grabado de una piel que no es la mía, así que no hay reproches que valgan, decía. Algunos se tomaban en serio todo lo que Knud contaba, pero lo cierto es que Knud escasas veces hablaba en serio y, cuando lo hacía, empleaba metáforas a las que nadie podía asignar una interpretación exacta. A Lía le fascinaba; aunque se le antojaba el tipo de persona infranqueable, sobre las que uno quizá nunca alcanza a saber nada, salvo trivialidades y conjeturas, le inspiraba confianza. A veces, cuando escuchaba alguna de sus historias o evasivas le apetecía hablarle de su teoría sobre los cigarrillos y de por qué se consideraba un compuesto tóxico relleno de sacarosa. Solo esperaba el momento idóneo para que pareciera un relato espontáneo como los suyos.

Un día mantuvieron una conversación bastante extensa después de que una chica llegase a la tienda con una petición un tanto bizarra. La joven quería un tatuaje de un bocadillo de atún en el tobillo izquierdo. Encargó un diseño que Lía crearía más adelante. A raíz de eso Knud le confesó que una vez estuvo a punto de tatuarse en la planta del pie derecho, la planta del pie derecho de una mujer a la que amó. Se le ocurrió que si lo hacía esa chica estaría bocabajo caminando al ritmo que él caminase y que cada paso significaría sepultarla poco a poco hasta que lo único que quedase de ella fuese el recuerdo de sus bonitos pies. Knud terminó sugiriendo que quizá el bocadillo de atún que esa joven quería tatuarse perteneciese a un antiguo amante al que también intentaba enterrar.

XI

En cuanto acabaron el instituto Álvaro y Q. continuaron sus estudios en la Universidad de Barcelona. Álvaro empezó Filología Hispánica y Q., Matemáticas. Durante el primer año de carrera Álvaro adelgazó cuatro kilos, o quizá más. Pasaba mucho menos tiempo en casa y por lo tanto su madre ya no podía estar tan pendiente de su alimentación. Entre semana solía quedarse a almorzar en la cantina de la universidad, pero la mayoría de las veces se olvidaba de comer. Siempre llevaba un libro entre manos, se sentaba a una mesa del bar con su lectura a medias. Su intención era leer un poco y después tomar algo. Sin embargo, empezaba a pasar páginas y cuando levantaba la vista del papel comprobaba que ya era hora de volver a clase o que, aún peor, ya era hora de volver a casa. Salvo los días en que él y Q. quedaban para almorzar juntos y este le despertaba de su ensoñación literaria, al mediodía solo comía libros. Ya desde pequeño, cuando se desató su afición —que en ocasiones constituía al mismo tiempo una aflicción—, su madre, para ponerle los pies sobre tierra firme, le había advertido que de literatura no vive uno, que la literatura no da de comer. Ahora, aunque él no se diera cuenta, se cumplía el vaticinio de su madre. La literatura no solo no le proporcionaba comida, sino que se la arrebataba. Él creía alimentarse de ficción y era la ficción lo que le estaba consumiendo a él. A veces Q. se burlaba de él con cariño pidiéndole que bajase de su torre de marfil o que se dejase el pelo largo para que se pudiese trepar por su cabellera hasta su alcoba. Álvaro siempre encontraba una réplica adecuada para ese tipo de comentarios. Durante un tiempo la consigna fue que Cirlot decía que no escribía en absoluto desde su torre de marfil, escribía desde su tumba. Entonces añadía que, en todo caso, él mismo también leía desde su tumba. Cierto, cada día te pareces más a un cadáver. Resucita de una vez, respondía Q. y así solían poner fin a la discusión.

Durante el segundo año de carrera Álvaro recuperó todos los kilos

perdidos y puede que ganase algunos más. Fue culpa de Inma, una compañera de carrera de Q. que aspiraba a abrir su propio restaurante y convertirse en una cocinera de prestigio. Inma nunca quiso estudiar Matemáticas, pero se le daban bien y su padre, que era matemático, igual que su padre, en cierta manera la presionó para que lo hiciese. Intentó borrar de la cabeza de su hija todas esas perspectivas de futuro que tenía. Su verdadero sueño era estudiar en la escuela de cocina de Le Cordon Bleu en París. La madre de Inma, aunque de padres españoles, nació en un pueblo de la Provenza y tenía algunos familiares afincados en París que hubieran podido echarle una mano a Inma. Sin embargo, aunque a la madre no le parecía tan mala idea como al padre, empeñado en que su hija continuase la tradición familiar, ambos coincidían en que supondría un enorme esfuerzo económico y no terminaban de verlo factible. Así pues, Inma empezó Matemáticas, pero no renunció a su sueño y siguió aprendiendo técnicas y platos por su cuenta. Siempre traía fiambreras a la universidad con grandes cantidades de comida que ella misma preparaba y luego repartía entre sus compañeros para que actuasen de catadores. Q. e Inma no compartían ninguna clase, porque Q. ya estaba en su segundo año e Inma acababa de empezar, pero tenían un amigo en común que les presentó y, desde entonces, casi siempre quedaban para comer. Álvaro la conoció gracias a Q., que le había hablado en más de una ocasión a Inma de su mejor amigo y de lo escuálido que se había vuelto desde que comenzó la carrera. Inma elaboró ex profeso un menú calórico y abundante para el día en que conoció a Álvaro. Antes incluso de que le diera tiempo a retener su nombre, Álvaro se encontró de súbito con una fiambrera llena de comida delante de sus narices mientras ella lo miraba de forma insistente con una sonrisa comprimida.

Álvaro no encarnaba ni de lejos el prototipo del comensal idóneo, pero precisamente por eso a Inma le pareció perfecto. Constituía un desafío hacer que ese cuerpo cadavérico al que no le importaba lo más mínimo desnutrirse aprendiese a disfrutar de la comida y al final superó el reto con creces. Álvaro ganó salud y peso, engordó no solo kilos de grasa, sino también kilos de felicidad. Ambos se hincharon cuando se enamoraron el uno del otro. Se notaba en los mofletes orondos, en el abdomen rechoncho y en los muslos rollizos. La báscula no mide ese tipo de enjundia, por eso ellos no se percataron de su sobrepeso; pero sus amigos sí y también se alegraron, también engordaron un poquito al

darse cuenta.

Sin embargo, en la segunda mitad del curso, Álvaro empezó a sufrir de forma constante ardores en el estómago e Inma se le indigestó. Por entonces el único tema de conversación que proponía ella era el de dejar la carrera e irse con sus ahorros a estudiar cocina en París. Álvaro recayó en el ayuno, volvió a la dieta a base de literatura y comenzó a ver a Inma como un personaje ficticio. A menudo la llamaba Emma porque le recordaba a Emma Bovary, la culpaba por renegar de esa manera de todo lo que tenía y le diagnosticó bovarismo. Inma no salía de su asombro cuando escuchaba estas palabras y ansiaba aún con más fervor huir a París, lo que, a ojos de Álvaro acrecentaba su bovarismo. Si hay alguien aquí que padezca eso eres tú, le gritaba Inma, más Inma que nunca, con una «i» muy mayúscula y una «n» encallada entre esta y una consonante nasal.

Inma tenía solo parte de razón. Álvaro, encerrado en los libros, no estaba sano; aunque también ella, con la cabeza llena de sueños imposibles, era un poco Emma. De hecho, solo estaba a dos letras de serlo por completo. Hete aquí que estos dos enfermos se habían llevado tan bien cuando se conocieron. Puede que en eso residiera el éxito de su relación, aunque también el fracaso. Ese verano, al terminar las clases Inma hizo la maleta y se marchó rumbo a Francia. Se despidió de Álvaro con un pastel de fresa y chocolate. Él le regaló una mala traducción de «Madame Bovary» que, nunca supo si a propósito o no, se dejó olvidada en el coche de Álvaro cuando la llevó a la estación para que cogiera un tren hasta Toulouse y de allí otro directo a París. Nunca más la volvió a ver y nunca más volvió a engordar.

Conrad Desmond empezó a leer ese capítulo al azar cuando en un momento dado, al poco de entrar en el Café de les Delicies, Álvaro se ausentó para ir al baño. Apenas dos minutos antes de levantarse, le había entregado el texto a Conrad. Tal vez por eso, con la excusa de ir al baño, huyó por el pudor que aquella situación le producía. Tal vez sabía con certeza que Conrad no podría resistir la tentación de ojear esa novela a medias y le invadió entonces una agitación lacerante en el pecho que le presionó las piernas y el abdomen para que se incorporase y saliese de allí enseguida. Tardó bastante en aparecer de nuevo. Parecía que hubiese estado esperando en una esquina observando al escritor desde lejos para no

acercarse a la mesa hasta que no se asegurara de que había apartado definitivamente la vista de las páginas. Llegó justo cuando acababa de terminar el capítulo y alzaba la cabeza como inspeccionando el lugar. Le sorprendió encontrar la figura de Álvaro tan cerca y tan de repente que sus nalgas botaron dos veces sobre la silla y ese temblor, aun cuando sutil y casi imperceptible, provocó que al camarero, que traía los dos cortados que habían, pedido, se le tambaleara la taza de la mano izquierdas derramase más de la mitad del contenido cuando intentó dejarla encima de la mesa. El café impregnó algunas de las páginas del escrito, lo que actuó como acicate para la memoria de Álvaro, que recordó la tarde en que, sentado a esa misma mesa, derramase el cortado sobre aquella revista literaria en la que descubrió la primera pista sobre Conrad Desmond. El camarero pidió perdón y se apresuró a limpiar la mesa con una bayeta mientras Conrad, exaltado, secaba con servilletas las hojas de la novela apócrifa del también apócrifo Enrique Villoro. Ahora mismo le traigo otro, balbució el camarero.

—Por lo menos no le ha caído demasiado café a tu novela —dijo Conrad al tiempo que el camarero se alejaba.

—El suficiente como para dejarle un agradable aroma a café —añadió Álvaro.

—Sí, es una buena perspectiva. En fin, te debo una disculpa. Ayer te dejé plantado, ahora en parte por mi culpa mancho tu novela. Si no hubiese tenido las hojas esparcidas…

Justo entonces volvió el camarero con el café y el ruido de la taza al chocar contra la mesa amortiguó las palabras que Conrad Desmond pronunció después de haber quebrado esa oración condicional; se las tragó el ruido, o quizá fueron las disculpas que el camarero pidió de nuevo, o puede que se las tragase Álvaro, que vaticinó una debacle, sospechó que en ese instante Conrad diría algo sobre la parte de la novela que acababa de leer y no quiso oírlo. No obstante, lo que Álvaro escuchó cuando las voces y el resto de sonidos se convirtieron en ruido de fondo le sobrecogió mucho más que si lo hubiese escuchado dentro del discurso completo de Conrad. «Álvaro Aliaga me parece muy interesante» es lo primero que distinguió cuando empezó a prestar atención y por un momento no reparó en el Álvaro ficticio, en el Álvaro que había creado, que al fin y al cabo no era más que una prolongación de sí

mismo, sino que enseguida pensó que Conrad se refería a él, al Álvaro sentado a su lado y no al personaje de la novela. Durante ese instante la histeria le atacó. Actuó entonces como procedía siempre que se encontraba en un estado de esas características, para evitar que un tema concreto asediara su cabeza se hacía una pregunta que le llevaba bastante tiempo y esfuerzo contestar: ¿Cuántos posos de café, superpuestos uno encima del otro, se necesitan para llenar un vaso de cortado? Le faltaban doce posos por contar y ya temía tener que pasar a una taza grande cuando por fin Conrad añadió algo que lo sacó del desconcierto. Dijo que Inma también le había caído bien, pero que era inevitable que no volviese a aparecer más. Aunque Inma había existido junto al Álvaro de carne y hueso, este no pudo asociar a ella otro calificativo que no fuera el de personaje ficticio, pues desde que empezó su relación así era como él la veía. Esto le hizo darse cuenta del malentendido y se acordó de que ahora, frente a Conrad Desmond, no podía existir confusión posible, pues ahora él era Enrique Villoro.

—Lo poco que pude leer me gustó bastante, Enrique, pero no me sorprende, intuía que me gustaría.

—Gracias, no termino de creerme que un escritor de verdad se digne leer mi intento de novela.

—No te subestimes, Enrique. Nunca entendí eso del «escritor de verdad», a lo mejor tú eres un escritor de verdad. Ser escritor no significa ser publicado. Además, estamos aquí, charlando, porque me contactaste al descubrir que tu novela y la mía se parecían de una forma casi siniestra, lo que quiere decir que podría haber escrito yo esto que todavía me falta por leer —dijo levantando el bloque de folios— o que podrías haber escrito tú mi novela.

A Álvaro le resultó extraño, incluso incómodo, que repitiese tanto su nombre. Tenía la sensación de que cortaba todas las frases con aquel vocativo, Enrique, a propósito, como si supiese que se trataba de un nombre falso, como si se esforzara por no llamarlo Álvaro e intentase convencerse de que tenía que usar Enrique en su lugar. Tenía los nervios a flor de piel y empezaba a verlo todo desde un ángulo obtuso, incluso a eso último que había comentado Conrad le encontró doble sentido. Pensaba que ya se había percatado del engaño y que, ya que aquella novela de Conrad se parecía a su vida, a la de Álvaro, podría haberla escrito él mismo.

Sin embargo, Conrad Desmond también se parecía a su novela. Álvaro tenía la misma sensación que experimentó cuando la leyó, su presencia le transmitía la misma alteración febril que la lectura de *Fotogramas psicosomáticos*. Su voz suave y pausada, con un ligero deje sudamericano, que a cualquiera le costaría situar en un país concreto, le gustaba y le irritaba a la vez, y su forma de mirar a las personas por encima de los vidrios de sus gafas le crispaba los nervios. Al parecer solo las necesitaba para leer, pero casi siempre las llevaba puestas, colocadas más abajo de lo habitual, en la mitad de su nariz grande y curva. De esta manera, todo lo miraba con la cabeza inclinada hacia abajo. Si quería leer, tenía que agacharse para que los vidrios y los ojos se encontraran y si se dirigía a una persona o contemplaba un paisaje a lo lejos, también bajaba la cabeza al tiempo que alzaba la vista rehuyendo la graduación. Su mirada se debatía constantemente para llegar a un acuerdo con las gafas, lo que lo convertía en un individuo caricaturizable, novelesco y, según Álvaro, también oscuro.

—Sí, supongo que tiene usted razón —espetó Álvaro para romper el silencio.

—Tutéame, anda, me haces sentir un anciano.

—Lo siento, solo lo hacía por respeto.

—Lo sé, no te culpo. Es así como nos han educado, pero yo prefiero que me traten de tú —se apresuró a añadir Conrad—. Por cierto, ¿no tiene título?

—¿El qué?

—La novela, claro —dijo señalándola.

—Ah, todavía no estoy del todo seguro. Había pensado varios —mintió Álvaro—, algo así como *Anatomía de una casualidad o Anatomía de las casualidades*.

—Interesante, ¿por qué ese título?

—Porque sería una verdadera casualidad que alguien además de mí y de usted, perdón, de ti, se enterase de la existencia de ese título —soltó entre carcajadas—. En realidad, el título no lo había pensado hasta que te interesaste por la novela, de hecho, la tenía bastante abandonada hasta que leí tu libro. Cuando me respondiste a la carta y dijiste que querías leerla todo me pareció tan extraño que pensé que si alguna vez la terminase sería gracias a un cúmulo de casualidades como esta.

—Me gusta la idea. Precisamente es toda una coincidencia que lo menciones, porque ahora mismo estoy trabajando en un libro que tiene que ver con este tema. Es una recopilación de relatos que recoge historias basadas en pequeñas anécdotas o casualidades que me ocurren. Verás, cada vez que me sucede algo fuera de lo habitual escribo un relato. Antes, si una persona o una situación concreta me llamaban la atención y me inspiraban, incluía alguna característica de esa persona o situación en la novela que escribía en ese momento; pero desde hace bastante tiempo ya decidí plasmar esas singularidades en relatos. Tengo una buena colección de historias —Conrad hizo una pequeña pausa—. Me gustaría escribir sobre ti, si no te importa. Supongo que cuando termine tu novela ya me sentiré lo suficiente inspirado como para hacerlo. ¿Te parece bien?

—Sí, claro, cómo me iba a importar. Al contrario, es un halago.

Aunque desconcertado, Álvaro no mentía del todo. Le halagaba que pudiera servirle de inspiración a un escritor, pero desde que conoció por primera vez a Conrad Desmond, desde que no era más que un nombre sobre una cubierta blanca de una novela recóndita, hasta ahora, cuando le miraba por encima de los vidrios de las gafas con una media sonrisa, no había dejado de preguntarse sobre el porqué de esa inspiración. ¿Cómo de entre tantas personas había llegado hasta él? Además, ¿quién se suponía que le inspiraba ahora, Enrique Villoro o Álvaro Aliaga? ¿Y en caso de que fuera Álvaro Aliaga, sería el Álvaro Aliaga ficticio o el real? ¿Distinguiría Conrad a uno y a otro?

—Por cierto —añadió Conrad—, como profesor de literatura y amante de ella creo que esto te podía interesar. Vine a Barcelona, por un lado para que pudiésemos vernos y por otro, porque doy una conferencia en la Universidad de Barcelona.

—¿Ah sí? ¿De qué tratará?

—Pues lleva por título *La riña de la realidad y la ficción*. Hablaré sobre la fina línea que separa la realidad de la ficción y las dificultades que uno encuentra a veces para distinguir si está leyendo o está viviendo. Si te apetece, estás invitado a venir. Será en la Facultad de Letras mañana a las 12:00.

—Intentaré ir —dijo Álvaro sin demasiado entusiasmo.

Después de eso no volvieron a hablar sobre sus respectivas

novelas, pero sí sobre novelas de otros autores, de autores predilectos. Conrad era un gran aficionado a la literatura estadounidense de principios del siglo XX. Hablaron de Faulkner, de Scott Fitzgerad, de Flannery O'Connor, de Capote y de Graham Greene. No tardaron mucho en salir de la cafetería y en ir paseando con ritmo lento hasta la parada de Liceu, donde Conrad tenía que coger el metro. Siguieron debatiendo sobre la literatura estadounidense en el camino y al despedirse quedaron en seguir manteniendo el contacto. Álvaro se encontraba mucho más aturdido que antes de conocerle personalmente.

Claustrofobia

Hoy solo tengo ansias
de arrancarme de cuajo el corazón
y ponerlo debajo de un zapato

Miguel Hernández

Claustrofobia era el título de la exposición de Irati Ibeas, una serie de fotografías integradas en la colección *Terrenos impracticables*. Se inauguraba en una sala de la que Luna nunca había oído hablar, situada en una calle también desconocida para ella. Se había enterado del evento porque el novio de la amiga de una amiga se lo había recomendado a un conocido que, de manera azarosa, lo mencionó un día mientras ambos esperaban el metro. No había planeado ir, pero conforme se acercaba la noche contemplaba cada vez más reacia la posibilidad de quedarse en casa ahogándose entre cafés y cigarrillos. Ir a la exposición, a pesar de no albergar demasiadas expectativas en ella, le beneficiaría.

Dadas las circunstancias, *Claustrofobia* no parecía un nombre indicado. Luna saldría de su zulo para adentrarse en otro. Por lo menos cambiaría de aires o más bien cambiaría el método de asfixia, ya que, después de muchos rodeos, cuando por fin encontró el local supo perfectamente por qué Irati Ibeas eligió ese título para su colección de fotografías. El primer terreno impracticable era aquel recinto, un garaje sin ventanas, un agujero inficionado. Era espacioso, pero esa amplitud no constituía en absoluto una ventaja, pues la sensación de agobio se extendía y se prolongaba a lo largo y ancho de la habitación. La agonía se intensificaba en cada metro cuadrado y, paradójicamente, esto agudizaba la claustrofobia. Si la sala hubiese contado con un par de metros más, Luna habría desfallecido en lo que tardase en cruzar la puerta.

Disimuló su malestar porque había demasiada gente allí y no

pretendía que el espectáculo girase en torno a ella. Con los pies todavía fijos en la entrada, a escasa distancia de la puerta, examinó el panorama. Las imágenes se concentraban en la pared justo enfrente de ella y en la parte izquierda. A la derecha había una mesa alargada y rectangular con comida y bebida. Allí, entre la multitud pudo distinguir a la anfitriona. Jamás la había visto en su vida y jamás había escuchado una descripción de Irati Ibeas, pero cualquiera con unos niveles mínimos de intuición y perspicacia lo habría deducido. Bajita, regordeta y de una palidez hiriente se paseaba resuelta, incluso altanera y atraía a los asistentes como una araña a un insecto de tres al cuarto. De vez en cuando jugaba con su larga melena negra azabache de un liso artificial. Vestía de negro, a juego con su pelo y con su actitud arácnida. No hizo falta que se acercase, distinguirla a lo lejos le bastó para elaborar su veredicto. Otra aspirante a formar parte del excedente de arte contemporáneo de hoy en día y que con suerte llegará a ejercer una influencia insignificante entre círculos exclusivos de intelectualoides, musitó para sus adentros.

Casi subrepticiamente entró un tipo desgarbado y enclenque, enflaquecido aún más por aquel ambiente que desgastaba como la carcoma roe la madera, con un ruido palpable, como si a cada fotografía se le hubiese instalado un estertor. El tipo se plantó delante de la artista y le propinó un procaz lengüetazo en la mejilla izquierda. A Luna le recordó a un granjero marcando a una vaca, sellando lo que le pertenece, y la verdad es que no iba muy mal encaminada, pues la carne de Irati Ibeas era como la de la ternera servida en un estofado, cortada groseramente y preparada con prisas: difícil de masticar y una tortura para el esófago. El bullicio se concentraba en aquel sector, especialmente ahora con la llegada del granjero. Entre carcajadas estridentes y comentarios lúbricos todos se llevaban algo a la boca, cogían sin mirar cualquier plato en miniatura sobre la mesa y luego seguían luciendo una sonrisa histriónica, cada vez más sucia y lardosa que la anterior debido a la acumulación de restos de comida en la dentadura. Entonces a Luna le rugió el estómago, no de hambre, sino de saciedad; había ingerido una copiosa ración de aquella escena.

Giró unos cuarenta y cinco grados a la izquierda y avanzó hasta una de las fotografías. Al principio le costó enfocar la imagen, creyó

que tenía algún tipo de problema en la vista, como si de repente se le nublara y todo fuera un campo monocromo. Agitó los hombros y cerró los ojos de golpe para espabilarse. Cuando los volvió a abrir seguía enfrentada al fondo liso, pero esta vez consiguió identificar un marco dentro del cual este estaba encerrado. Desvió la mirada y se cercioró de que estaba en sus cabales. Efectivamente, se trataba de una exposición de fotos de paredes, instantáneas de paredes colgadas en más pared, y cada fotografía llevaba el original nombre de Muro más el número correspondiente a su ubicación en la sala. Los carteles debajo del cuadro rezaban respectivamente Muro I, Muro II, Muro III, así hasta el número treinta y dos. Aturdida, Luna se acercó de nuevo a la entrada, la pila de folletos se encogió después de que cogiese uno. Allí pudo leer el concepto que Irati Ibeas había querido expresar. La claustrofobia es el miedo al muro que nos aísla a cada uno de nosotros de forma individual y Claustrofobia es el retrato generacional de esos muros. La textura del cemento, el tipo de ladrillo, las grietas, las manchas de humedad, todas esas características se despliegan como las expresiones faciales del rostro humano. Toda una oda al gotelé, masculló en silencio Luna.

Al muro como detonante de reflexiones filosóficas sobre la vida ya recurrieron muchos antes que Irati. La iniciativa no habría causado en Luna tal grado de repulsión si al menos se hubiese expuesto desde una perspectiva diferente o hubiese algo de genuino en aquello. Pero tal y como intuía, Irati Ibeas habría escuchado cualquier perorata existencialista o habría participado desde un segundo plano en alguna de ellas. Seguro que el nombre de Sartre solo le sonaba «de oídas» y, por supuesto, no tenía ni la más remota idea de quién era el anarquista Pablo Ibbieta. Con algunos apuntes mal procesados en su memoria habría empezado a fotografiar tabiques, engullendo paredes a diestro y siniestro para luego exhibirlas como el niño que enseña a su madre la diarrea con la intención de que esta le procure un seguimiento. Sí, la artista, ante todo, ansiaba que la siguiesen, y más que eso, que la persiguiesen. Aquello formaba parte de otro cliché más, tan frecuente en aquel mundillo, el afán de protagonismo constante. En realidad, no quería mostrar al mundo el muro propio de individuos escogidos de forma aleatoria, sino el suyo. Aun cuando cada imagen hubiese sido

capturada de una pared distinta —matiz discutible y, a todos los efectos, imperceptible al ojo humano, puesto que todos presentaban idéntica apariencia con pequeñas disimilitudes en la iluminación, el balance de blancos y la velocidad de obturación—, el conjunto no era más que recortes que respondían a un mismo patrón y que bramaban los mismos argumentos. Para colmo, el muro de Irati Ibeas no producía ningún tipo de sensación, salvo la indiferencia total ante lo manido hasta la saciedad y lo tan terriblemente cotidiano. Era la fachada con la que te cruzas todos los días, un revestimiento vulgar en el que una capa de pintura barata replica tu mirada de desdén. El color variaba entre tonalidades más rojizas o más amarillentas dependiendo del momento que Irati escogiese para disparar el obturador. Eso y alguna que otra mancha o pequeñas hendiduras que bien podría resultar un efecto del estudiado desenfoque constituían los únicos puntos de interés en los que alguien con unos niveles extremos de aburrimiento podría recrearse. El resto ya se ha explicado demasiado.

Con un ojo en la pared enmarcada y con el otro sobre la que esta descansaba, Luna incluso llegó a pensar que podría tratarse de la misma. ¿Qué sentido tenía? ¿Nos estaba tomando el pelo? En ese momento se le ocurrió montar otra exposición en la que en lugar de paredes, se fotografiaran fotografías, imágenes célebres a lo largo de la historia, como la portada de Diciembre de 1969 de Life, la de la explosión de Hiroshima y Nagasaki o algún retrato de Bert Stern, y revalorizarlas como si fueran originales y no meras copias, el súmmum del pastiche.

—¿Qué le parece? —le cuestionó un cuarentón cuando acababa de pararse en el Muro IX.

—Verdaderamente claustrofóbico —profirió después de meditar la respuesta y el tono adecuado, hasta que lo dejó en algo bastante impersonal, pero no por ello desacertado.

—Totalmente de acuerdo. No podría añadir nada más.

—Ni yo.

Ambos enmudecieron y siguieron cada uno a su aire el recorrido. Se volvieron a encontrar merodeando alrededor de la mesa del tentempié. El hombre acariciaba la montura de sus gafas mientras decidía qué se llevaría a la boca cuando lo terminase. Luna se abalanzó sobre las dos bandejas intactas de pastelitos de

chocolate, una especie de bombón semiesférico con praliné en el interior y una cobertura de chocolate del setenta por ciento de pureza. Cogió uno y casi lo saborea antes de que sus labios lo catasen.

—Solo por probar esa delicia ha merecido la pena venir hasta aquí, —adujo el hombre con una media sonrisa que dejaba entrever unos dientes color tabaco.

—Usted lo ha dicho, aunque entristece pensar que solo es por eso.

Sería más triste si ni siquiera hubiese comida.

—Y más aún si la que hubiese fuese vomitiva.

—A lo mejor esta también lo es, pero tiene un gusto exquisito.

Luna se quedó pensando en eso último. No había querido decir eso. Ella se refería a la acepción de nauseabundo. Justo entonces la horda de discípulos de Irati Ibeas, secundados por el granjero, se instaló al lado de ellos y desbarató cualquier atisbo de prolongación de aquel diálogo. Vaciaron las dos bandejas de pastelitos, que enseguida fueron repuestas con un nuevo suministro que volvería a aparecer y reaparecer en ilimitadas ocasiones. A Luna le rugía de verdad el estómago, en su lenguaje felino intentaba pedirle que dejara de comer. Pero era inevitable, tragaba conversaciones petulantes mientras enmascaraba su sabor con aquellos bombones de chocolate.

Tal vez a pesar del indecible dolor de estómago o precisamente gracias a este Luna aunó fuerzas para salir de aquel antro, pero lo cierto es que logró escapar. En la calle el humo que expelían los tubos de escape nunca le supo tan bien. Fue entonces cuando se acordó de su hermana, hace unas semanas le había dicho que esa misma noche ella estaría en un bar de l'Eixample, a lo mejor andaba cerca, a lo mejor se encontraba en la calle paralela a la de Luna. Sacó el móvil del bolso y marcó su número, el único número de teléfono que se sabía de memoria. No contestó y, con el pitido intermitente al otro lado de la línea, Luna experimentó una sensación parecida a la que describía Irati Ibeas. Sintió claustrofobia encerrada en sí misma en mitad de la calle.

XII

La barba bucea en un café con leche. Los pelos castaños forman ondas en la superficie mientras más cerca del fondo de la taza las raíces sintéticas de estos se esfuerzan por llegar hasta la cerámica. Son demasiado cortos para alcanzar el fondo y, además, tienen que pelearse con unos labios que sorben y les frustran el baño. Este espectáculo es observado por unos ojos que miran a través de unos vidrios rectangulares de unas gafas con montura metálica roja. El individuo al que pertenecen, o más bien que ha robado esas gafas, está sentado en una esquina dentro de una cafetería del Raval. De vez en cuando desvía la vista del café para mirar impaciente hacia la puerta. Se nota que espera a alguien y parece nervioso por ello, como si temiera ese encuentro. Enseguida entra un hombre con las manos escondidas en los bolsillos de su chaqueta. El señor de la esquina lo reconoce y baja la cabeza. Entonces el hombre que acaba de cruzar la puerta se para un momento en mitad de la cafetería, inspecciona cada una de las mesas, la mitad de ellas vacías. Justo al lado de la puerta hay dos chicas sentadas a una mesa, una de ellas se gira hacia él. Él va hacia ella con timidez y se saludan con dos besos en la mejilla. Mantienen una breve conversación algo torpe, llena de formalismos. Cuando terminan de hablar él se aleja y sus ojos se detienen en el rincón del hombre barbudo. Se acerca sin demasiada convicción a esa mesa y después de unos segundos está seguro de saber quién es esa persona.

—Álvaro —pronuncia su nombre en un tono aséptico como si no supiera qué tipo de emoción expresar—. ¿De qué vas disfrazado?

—¡Sshh! —le contesta haciendo aspavientos—. Siéntate, no llames la atención.

—Quien llama la atención eres tú. ¿De dónde has sacado esa barba? ¿Y las gafas? ¿Y desde cuando usas gomina? ¿Y esa chaqueta? Sería del gusto de mi abuelo.

—No levantes el tono. La barba y las gafas se las he quitado a mi prima, que es maquilladora. El resto son trastos que tenía en casa —Álvaro hizo una pausa—. ¿Qué te parece? ¿No te ha costado reconocerme?

—No entiendo de qué va todo esto.

—Solo dime si este disfraz parece real y si se me reconoce fácilmente.

—Sí, parece real. Quien te conozca puede reconocerte, aunque no es del todo fácil. Parece que tengas diez años más.

—Perfecto.

—Explícame ahora, Álvaro, qué pretendes. Intuyo que será una locura. —Q. reflexiona durante unos segundos—. ¿No tendrá que ver en esto ese escritor con el que estás obsesionado?

—¿Conrad Desmond? —Q. le mira insistente, como rogándole que desvele el misterio de una vez—. Sí, tiene que ver con él, pero no es una locura. Tengo que hacerlo, Q. Me ha invitado a una conferencia que dará en la Facultad de Letras, en mi facultad. No puedo ir sin un disfraz porque me reconocerá.

—¿Y qué más da? ¿Pasó algo cuando lo conociste en persona?

—No, no es por eso. No puede reconocerme porque no le revelé mi verdadero nombre. Él me conoce con un nombre falso. Imagina que estoy hablando con él y que, de repente, viene hacia nosotros algún antiguo compañero. Si voy no puedo exponerme a eso. Además, aun cuando no tuviera el obstáculo del nombre falso, no me apetece volver a ver a ciertas personas. ¿Me entiendes? ¿Te acuerdas de Julio Torrens, ese repelente lameculos? Seguro que está allí, ahora es profesor en la facultad. Y Laia, ¿te acuerdas de Laia? Se me ha olvidado el apellido, pero no me digas que no sabes quién es —Q. asintió con desgana—. Era la que me acosó desde tercero hasta que nos licenciamos. Qué asco. Cada vez que pienso en ello siento como si acabase de expulsar la bilis. Creo que también trabaja en la universidad y, por lo tanto, es probable que también vaya a la conferencia. Tengo muchas razones para no querer ser reconocido, para ir disfrazado.

—Álvaro, tienes que poner fin a esto. Hablo muy en serio, no es un consejo de amigo, es una advertencia. Si no acabas con esto pronto, la situación solo puede empeorar.

—Creo que sacas las cosas de quicio. Me gusta saber que puedo

contar contigo y me gusta que te preocupes por mí, pero creo que a veces te comportas de una forma —Álvaro alargó la última sílaba buscando el adjetivo más adecuado—… demasiado tremendista.

¡Tremendista! Deberías oírte para que te dieras cuenta de lo ridículo que suenas ahora mismo. No soy yo el que se ve obligado a ponerse una barba postiza por culpa de una novela, ni al que le da pánico saludar a antiguos compañeros después de casi veinte años sin verlos.

¿Ves? Ahora mismo estás exagerando. Si no tuvieras la mente tan obtusa, tan matemática, me entenderías. No eres capaz de comprender lo más mínimo cómo me siento. No puedes ver más allá de lo que se escapa del rigor científico y ni te imaginas lo que se puede experimentar cuando uno se adentra en la literatura y, peor aún, cuando uno teme estar atrapado dentro de ella. A ti te daría igual que te convirtieran en personaje ficticio, no lo entenderías. No lo entiendes, no lo entiendes.

La mirada de Álvaro se encolerizó en la mitad de su discurso, se le enrojecieron los ojos y la piel. Acabó de hablar con un golpe de puño cerrado sobre la mesa y luego agachó el cuello intentando esconderse aún más tras esa barba. Q. apenas se movía, le miraba sin saber qué decir, con una expresión que se debatía entre el enfado y la condescendencia. Aprovechó el silencio para torcer ligeramente el cuello y comprobar que la chica a la que había saludado al entrar todavía no se había ido.

—¿Quién es? No has dejado de mirarla desde que llegaste —dijo Álvaro en el mismo tono histérico de hace unos minutos.

—Tienes razón, no lo entiendo —Q. empezó a hablar como si no lo hubiese escuchado—. Siempre has tenido comportamientos excéntricos que no he entendido, pero intento ayudarte todo lo posible. No sé si es verdad eso de que te han convertido en un personaje ficticio. Lo cierto es que a veces pienso que actúas como si lo fueras, como si en tu fuero interno disfrutaras siéndolo, como si tú mismo te empeñases en convertirte en ser ficticio.

Álvaro no había cambiado de postura. Seguía con el puño cerrado sobre la mesa y el cuerpo inclinado hacia adelante. No hacía frío, pero parecía que tiritaba o que se encogía. Miraba hacia abajo, a la taza de café, aunque tenía la mirada perdida. Q. estaba esperando algún tipo de respuesta, con que levantara la cabeza le

bastaba. Álvaro ni siquiera se sorprendió cuando este se incorporó.

—Me voy a ir, lo siento. No sé qué más puedo hacer —dijo Q., ya completamente de pie—. Espero tener noticias tuyas pronto y que la próxima vez que nos veamos me digas que has zanjado el asunto de Conrad.

Q. se dirigió a la barra, pagó la cuenta de Álvaro y salió de allí. Álvaro no se movió durante los quince minutos siguientes. Al principio dejó la mente en blanco y durante unos segundos permaneció en una especie de trance, pero luego empezó a dar vueltas con la vista por el local. Parecía que nunca había estado antes allí, que acabara de entrar por primera vez y estudiase el ambiente, el ruido, la luz, a los clientes. Como no había demasiada gente, podía escuchar a las otras tres mesas ocupadas por mucho que distaran de la suya. Solo tenía que concentrarse en una de ellas y aislar el ruido de las demás. Se centró en lo que decía la chica con la que había hablado Q. Supuso que estaba con una amiga y que el diálogo no debía de ser muy interesante, pero sentía curiosidad por saber algo sobre ella para tratar de averiguar qué papel desempeñaba en la vida de su amigo. Por lo que alcanzó a oír, estaban discutiendo porque la que saludó a Q. le había dejado su carné de la biblioteca a la otra para tomar libros prestados y esta se había retrasado en devolverlos. Zoe, no es la primera vez que lo haces. Voy a estar más de una semana sin poder sacar libros y lo necesito, le decía. Le pareció haber visto a esa chica antes, a la que no había saludado Q. A Álvaro dejó de apetecerle estar allí y fue entonces cuando decidió volver a casa, se levantó y sacó el importe exacto de lo que costaba el café con leche. El camarero estaba de espaldas al público en ese momento. Álvaro dejó el dinero sobre la barra sin hacerle ningún tipo de seña. Cuando estaba a punto de cruzar la puerta el camarero vio las monedas encima del granito y le gritó que su amigo ya lo había pagado. Álvaro no lo oyó y siguió su camino. El camarero se asomó a la puerta, pero él ya había doblado la esquina.

XIII

Buenos días, imagino que ustedes han venido hoy aquí para escuchar una conferencia de Conrad Desmond. Conrad Desmond, un escritor mediocre que cuenta con unas dos o tres novelas, ahora mismo no estoy muy seguro. Bien, ¿qué les parecería si les dijera que yo no soy Conrad Desmond?

En sentido estricto es cierto, no soy Conrad Desmond. Es más, no podría serlo, porque no existe. El señor Desmond no es más que un personaje que he creado. Alguien me podría decir que estoy aquí frente a todos ustedes, visible y tangible. Pero aún puedo ir más lejos, no solo no existe Conrad Desmond, como una identidad ficticia, sino que yo mismo podría no existir en el mundo real.

¿No me creen? ¿Cómo podrían ustedes demostrar que me equivoco? ¿Por qué no puedo ser yo un personaje imaginario, un ente de ficción, como diría Unamuno? ¿Por qué no podría yo formar parte de una historia ficticia? Quizá no soy el protagonista, tal vez el protagonista sea cualquiera de ustedes y yo no tenga más influencia que la de un mero secundario. Piénsenlo, vuelvo a Unamuno y a Augusto, que proclama precisamente lo contrario. «No sea, mi querido don Miguel que sea usted y no yo el ente de ficción, el que no existe en realidad, ni vivo, ni muerto. No sea que usted no pase de ser un pretexto para que mi historia llegue al mundo». Con esos aires se rebelaba contra su creador en el capítulo XXXI de «Niebla». No resultaría tan extraño imaginar el reverso de esta perspectiva. ¿Qué hay de descabellado en que uno reivindique su condición como personaje ficticio? Señores, no piensen que estoy loco, todas estas preguntas constituyen una especie de calentamiento para que se adapten al tono de mi discurso. Mi verdadero nombre es Conrad Desmond, pero quería crear en ustedes un estado de expectación y desconcierto.

Dicen de los escritores que nos dedicamos a encerrarnos en los libros, en lo que no es real. Lo cierto es que a muchos de nosotros nos cuesta

diferenciar entre la vida y la literatura. De hecho, hay quienes se ofenden si se hace hincapié en esta distinción. Durante la polémica emisión del programa francés «Apostrophes», presentado por Bernard Pivot, en el que un joven Édouard Nabe se ensañaba con los colaboradores, este acabó gritando que los que distinguían entre la vida y la literatura no eran escritores de verdad. Aunque no me interese demasiado la trayectoria de Nabe, debo admitir que recurro a esta cita a menudo. Podemos hablar de dos tendencias predominantes. Por un lado, encontramos a los que declaran que la literatura solo habla de literatura y que, por lo tanto, no interfiere con la realidad. De la misma manera que a través de la imitatio, los romanos imitaban a los griegos, el arte imita al arte. Por otro, tenemos a aquellos que defienden lo que Aristóteles denominó mimesis, el arte imita la realidad. La realidad interactúa de forma directa con la literatura y es entonces cuando surgen las dudas, cuando la línea desde la cual uno cruza de un lado a otro se vuelve imperceptible, invisible a los ojos del lector, o del ser leído.

Para seguir con otros ejemplos, me gustaría mencionar ahora a Italo Calvino. Italo Calvino escribió una novela que a su vez estaba escrita por él mismo, por Italo Calvino. En «Si una noche de invierno un viajero» apelaba a una segunda persona del singular y convertía al lector en parte activa de la historia; tal y como él dijo, pretendía hacer del lector el protagonista. Puede que no anduviese yo tan mal encaminado al principio. Una vez yo fui aquel que estaba a punto de empezar la nueva novela de Italo Calvino, ese que se relajó, se concentró y alejó de sí cualquier idea. Sin embargo, en alguna otra ocasión fue usted quien desempeñó el papel protagonista y quizá fui yo el que, en el primer capítulo, estaba en aquella estación de tren y usted me observaba.

Para sembrar la duda solo se necesita un ingrediente: verosimilitud. La verosimilitud se opone a la verdad y, en última instancia, se asocia con la narrativa; mientras que la verdad se relaciona con la realidad. ¿Pero cómo separar lo verosímil de lo veraz? ¿Cómo reconocer uno y otro? Recuerdo que una de las lecturas que me marcó en la infancia fue «Peter Pan». Tras leerlo me convencí de que podía volar, estaba seguro de que era capaz de mantenerme en suspensión a una altura de más de un metro por encima del suelo y de que con la práctica mejoraría. En el colegio me enamoré de una chica que iba a la clase de al lado y la imaginé como había imaginado a Wendy. La quería con el frenesí de un niño de ocho años y ese amor alimentaba mis fantasías, daba fuerzas a

mi vuelo y a la creencia de que algún día surcaríamos el cielo ella y yo hasta Nunca Jamás. Un día durante el recreo vi cómo un chico un año mayor que yo se sentaba al lado de mi enamorada y la besaba en la mejilla. Fue mi primer desengaño amoroso. Esa misma tarde, al llegar a casa, me subí encima de la mesa del salón y estiré los brazos hacia arriba. Era el ritual que yo suponía había de seguir para levantar el vuelo. No ocurrió nada, ni siquiera despegué un solo dedo meñique de la mesa. Mi amor se había agotado y con ello dejé de creer que podía volar. Les confieso esta anécdota a ustedes porque sé que alguna vez han experimentado algo parecido; sé que alguno de ustedes le ha dibujado en su mente un cuerno a un caballo y ha dado vida a un unicornio, o quizá ha cogido a ese mismo caballo al que otro le había colocado un cuerno y, en lugar de eso, ha cambiado la cabeza de animal por la de un hombre y ha visto centauros. El amor es un gran catalizador de la verosimilitud y entre la verosimilitud y la verdad las fronteras no están bien definidas. En mi caso, fue el amor de esa chica y el de aquella novela lo que me cegó.

Algo similar ocurrió con un personaje poco conocido. Se trata de Edmée Pelli, hija de Anna Pelli. Dicen que su padre era Toulouse-Lautrec, pero son solo rumores. Ni siquiera Anna Pelli sabía con certeza quién era el padre de su hija; aunque bien es cierto que hay una posibilidad de que fuese Toulouse-Lautrec, ya que Anna Pelli trabajaba en un burdel parisino y se acostó en más de una ocasión con el pintor. De hecho, varias pistas apuntan a que la joven sentada de espaldas con un moño alto y despeinado en el cuadro que lleva por título «La toilette» es ella. La primera vez que Anna vio a Toulouse-Lautrec no tenía ni idea de quién era, se acercó a él porque le resultó peculiar, gracioso. Cuentan que al enterarse de que era pintor Anna soltó una carcajada y exclamó: ya decía yo que me parecías muy pintoresco. No era una mujer muy espabilada, pero al parecer caía bien a todo el mundo. Tenía desparpajo, dulzura y una sonrisa seductora; la misma que heredó Edmée, aunque Edmée era mucho más despierta que su madre. Poseía, además, un gran talento para la literatura.

Edmée Pelli se crio en el burdel donde trabajaba su madre. A los diecisiete años se peleó con ella y le gritó en plena calle que no la iba a volver a ver. A partir de entonces se dedicó a deambular y a dormir en casas ajenas, normalmente con hombres bastante mayores que ella. En esos paseos a la deriva se encontró con un joven Modigliani recién

llegado a París. Edmée le dijo que era hija de Toulouse-Lautrec, esa noche Modigliani la dibujó desnuda y le rogó que se quedase una noche más y tras esa noche le pidió de nuevo otra más hasta que no hizo falta ni sugerirle que se quedara para que lo hiciera. Junto a Modigliani se rodeó de artistas de la época. Es posible que mantuviera algún lío con Picasso, pero sin duda quien más influyó en ella fue Guillaume Apollinaire. Después de Modigliani vivió con el poeta; fue un punto de inflexión para Edmée. Empezó a escribir, pero todos desconocían su faceta de escritora. Ni siquiera se lo hizo saber a Apollinaire, se limitó a observarle, a estudiarle a él y a sus poemas. Cuando le conoció, él todavía no había publicado nada. Los expertos afirman que de haber salido a la luz los poemarios de Edmée en aquella época habrían tenido una importante repercusión dentro del surrealismo y que su obra habría sido equiparable a la del mismo Apollinaire. No se publicaron hasta veintiocho años después de su muerte. Gracias a sus diarios y a los de otros pintores y poetas con los que se codeó se ha podido trazar una trayectoria de su vida y de su escritura. Los versos de Edmée Pelli todavía permanecen inéditos en España, pero a finales de julio la editorial Calina publicará «Los ojos del rostro sin ojos», que recoge los poemas que escribió entre 1907 y 1921.

Lo más curioso de Edmée Pelli es que le asociaron una aventura con Jusep Torres Campalans, pintor contemporáneo de Picasso y Modigliani. Jusep Torres Campalans es, aunque imagino que los aquí presentes lo conocerán, una minuciosa creación del escritor Max Aub. De hecho, Myra Klieg escribió la biografía de Edmée Pelli fascinada por Max Aub y por su novela. Declaró abiertamente que pretendía mostrar una versión femenina de Jusep Torres Campalans y a Max Aub le encantó el resultado.

Ahora bien, no cabe duda de que lo más sorprendente de todo es que Edmée Pelli es pura ficción, tanto como Myra Klieg. A ambas mujeres me las acabo de inventar ahora mismo, señores; pero ustedes se las han imaginado y les han parecido tan reales como el que está sentado a su lado en este instante. Por un momento han creído en ellas, como creyeron en unicornios, centauros o en Peter Pan y les han dado vida.

Oculto en su barba postiza Álvaro Aliaga escuchaba atónito. Giró la cabeza hacia la derecha y dirigió la vista al hombre de al lado. Este se volvió también al mismo tiempo que lo hacía Álvaro.

Ambos intercambiaron una mirada cómplice y sonrieron pensando en las últimas palabras del discurso de Conrad Desmond. La del hombre fue una sonrisa sincera, no podía reprimirla por más tiempo en la boca, pero la de Álvaro resultó forzada, como una respuesta pueril a un sermón paterno. Después de esto permaneció varios minutos, quizá casi media hora, cavilando sin prestar atención a la conferencia. Tampoco quería seguir escuchando aquello, pero si se levantaba y dejaba la sala llamaría demasiado la atención. Incluso Conrad podría descubrirle, en el caso de que no lo hubiese hecho ya.

Justo antes de que Álvaro tomase asiento, un antiguo compañero lo había reconocido. Álvaro, ¿eres tú? ¡Qué cambiado estás!, le dijo mientras le proporcionaba un pequeño golpe en el hombro para que se volviese hacia él. Le pilló por sorpresa y no había previsto cómo reaccionar ante una situación así. Intentó sonar natural y le respondió que no hacía mucho que se había dejado barba. Incluso a mí me cuesta reconocerme por las mañanas, contestó con sorna. Le invadió el pánico y comenzó, igual que en tantas otras ocasiones, a calcular cuántos posos de café se necesitan para llenar una taza vacía. Su antiguo compañero le contaba que acababa de ver allí mismo a no sé quién y a no sé qué otro viejo amigo de la universidad, que había estado charlando un rato con ellos, que no los veía desde que se licenciaron, que estaba bastante desligado de la mayoría de sus compañeros, pero que era muy agradable encontrárselos de nuevo y saber qué era de sus vidas, si estaban bien posicionados, si se habían casado, si tenían hijos, si habían engordado o habían perdido pelo, si seguían viviendo en Barcelona o se habían instalado en el extranjero, si ellos mantenían el contacto con los amigos de la universidad, si se habían enterado de la última novedad literaria de este autor y de aquel otro, si habían cambiado sus inclinaciones políticas, si se habían vuelto más conservadores con el tiempo o si se habían mantenido más o menos fieles a sus creencias. Porque uno no va a volverse más revolucionario con los años, eso está claro, le sermoneaba aquel antiguo compañero. En todo caso, uno se vuelve más reaccionario, como dijo Willy Brandt: «Quien de joven no es comunista, es que no tiene corazón. Quien de viejo es comunista es que ya no tiene cabeza». Álvaro apenas podía oír un ligero bisbiseo mientras hablaba, toda su capacidad de

concentración la empleó en el recuento de posos de café y aquella concatenación de tópicos pasó a formar parte del ruido ambiental. No obstante, hubo algo que turbó su aislamiento en el transcurso de aquel monólogo. Faltaban apenas unos minutos para que Conrad Desmond subiese al escenario y la mayoría de los asistentes ya se había ubicado en las butacas. Él seguía de pie aparentando entablar conversación con aquel tipo cuando Conrad Desmond pasó por delante de ellos y no pudo remediar apuntar la vista hacia él. Parece que Conrad notó unos ojos sobre sí y le devolvió la mirada a Álvaro. Este percibió cierta sorna en aquella mirada, un halo de connivencia. Se sintió desenmascarado, privado de su disfraz, como si le hubiesen arrancado de un tirón la barba a metros de distancia. Fue un instante, la presencia de la mirada de Conrad desapareció enseguida. Álvaro la mantuvo durante varios minutos más para asegurarse de que no volvía; aunque, de todas formas, esos segundos bastaron para empapar su cabeza de pavor y sospechas.

A los pocos minutos, Desmond se disponía a empezar el discurso. Álvaro y aquel compañero se despidieron con apremio y buscaron un asiento libre entre el resto de asistentes. Durante la primera parte de la conferencia, Álvaro advirtió la mirada de Conrad Desmond clavada en la suya en varias ocasiones. Segregaba torrentes de sudor a una velocidad pasmosa. Estaba completamente absorto en las palabras del conferenciante, aunque, en realidad, no quería estarlo. Cada frase le repiqueteaba en el cerebro con tanta intensidad como el sonido de dos coches al chocarse y por ello deseaba poder evadirse durante un momento y fantasear con cualquier otro lugar menos aquel. Después de la historia de Edmée Pelli se le inflamaron las orejas y los tímpanos le crujieron, dejó de escuchar de repente como si se hubiese quedado sordo y empezó a divagar, a reconstruir los segundos antes de la conferencia. Al agotársele las imágenes volvió a amontonar posos de café unos encima de otro, tal como lo había hecho cuando su compañero le invadió con formalismos. Esta vez llenó un termo con restos de café imaginarios.

Una vez publiqué en una revista un relato que en parte era autobiográfico y me llegó un correo electrónico de un señor que decía

que se sentía muy identificado con él. Incluso me llegó a insinuar que tenía la sensación de que me había inspirado en él para escribirlo. La verdad es que nuestra correspondencia me divertía muchísimo porque el señor ponía mucha vehemencia en sus palabras, mientras que yo le contestaba con calma, en un tono que no buscaba disputa. Se convirtió en un toma y daca de lo más entretenido. Sus correos solían llegarme por la noche o de madrugada. Los esperaba con gran ilusión y los respondía al instante cuando los leía a la mañana siguiente. Pronto empezó a insinuarme que yo era un espía y que le utilizaba para que protagonizara lo que escribía. ¿Cree usted que puede usarme para eso como si un director de cine contratase a un actor? Es usted un vampiro que succiona las vidas de la gente para apoderarse de ellas en la escritura, me decía. Su tono siempre era así, muy alterado; pero luego acababa los mensajes con una frase que me conmovía y me instaba a seguir nuestra riña absurda. Un día la situación tomó un cariz preocupante, amenazó con denunciarme. Parecía que iba en serio y como de ese individuo podía esperarme cualquier cosa decidí sincerarme. Le conté que aquel relato era autobiográfico y le expliqué qué detalles me había inventado y qué detalles me habían sucedido de verdad. Para mí resultó bastante difícil porque soy muy celoso de mi intimidad y me produjo una vergüenza indecible confesarle los secretos de mi escritura. El señor se enfadó aún más, manifestó que todos esos pormenores eran idénticos a los suyos, que le estaba tomando el pelo y que ya no había quien le impidiese tomar medidas en el asunto. Entonces, aunque me diese mucha pena, sentí que había llegado el momento de acabar con aquello de forma definitiva. Durante las semanas en que nos escribimos encontré en aquel desconocido una vía de escape cuando me hartaba de la rutina. Me encantaba abrir el correo y ver un nuevo mensaje firmado por él, pero desde el principio sabía que tal como empezó debía acabar. Redacté un mensaje en el que se lo desvelaba todo. Le confesé que andaba en lo cierto cuando se quejaba porque le había plagiado su vida en aquel relato, pero que yo también tenía mi parte de razón. Tenía razón porque, como ya le había dicho, se trataba de un relato autobiográfico. «Je est un autre», le cité a Rimbaud

[X] TEXTO < <
para cerrar el mensaje. Yo era él, abrí una nueva cuenta de correo y creé un perfil falso. Por las tardes escribía por puro placer y por la mañana, por trabajo, como le ocurría a Flaubert mientras redactaba «Madame Bovary». Durante el día se estrujaba los sesos para sacar adelante su novela y por la noche escribía a su amante, Louise Colet, contándole lo mucho que le costaba escribir «Madame Bovary». Antes de acostarme ideaba los mensajes desde la cuenta falsa y al día siguiente revisaba mi dirección de correo habitual. Era como jugar al frontón sin pareja, un frenético partido contra ti mismo. No volví a saber nada de él, lo maté. Todos ustedes sabrán de sobra que se puede matar con palabras, pero no crean que sufro de esquizofrenia, lo concebí como un experimento. De esa correspondencia nació un relato que publicaré dentro de poco en una recopilación de historias. A eso me refería cuando dije que por las noches escribía por placer y por las mañanas, por trabajo. Intentar mantenerme al margen de mi propia creación y tratarla como si fuese real, formó parte de la tarea laboral que me impuse. Las noches me las tomaba libres y me dejaba llevar por el personaje, escribía lo que me daba la gana. Sin embargo, por las mañanas trabajaba duro en los textos que le enviaba. Tenía que medir mucho mis palabras porque de lo contrario, la respuesta que pudiese obtener al día siguiente, podía estropear el frágil vínculo que nos conectaba. La parte más difícil cuando se trabaja con la realidad es evitar que se parezca demasiado a la ficción. De ahí que redactar mis propias réplicas entrañase mucha más complejidad que redactar las del lector inventado. La ficción es mucho más fácil que la realidad. Les pondré un ejemplo. Disponemos de tanta información sobre don Quijote que es probable que conozcamos mejor su vida que la de muchas de las personas de nuestro entorno. Es más, la vida de don Quijote es más real que la del propio Cervantes. Escribir una biografía de Cervantes tan rica como la de don Quijote entrañaría tantos obstáculos que acabaríamos inventándonos la mitad de los datos. Como ven, la ficción es mucho más fácil que la realidad.

¿Qué clase de gilipollez es esa? ¿Es que soy yo el único que se da cuenta de lo absurdo de esta conferencia?, masculló Álvaro Aliaga para sus adentros al tiempo que examinaba al resto de asistentes. ¿Qué pretende con todo esto? ¿A dónde quiere llegar? Ya

no sé qué pensar. Está claro que sabe que estoy aquí, hay señales claras que indican que lo sabe. ¿Por qué si no habría incluido una historia como esa en el discurso? Parece que va dirigida a mí, tal como me hablaba escondido de narrador en *Fotogramas psicosomáticos*. ¿Quiere volverme loco, es eso? ¿Quiere que piense que soy un personaje ficticio? ¿A lo mejor se guarda esa parte para él y me restriega que soy un vulgar ser humano mientras él se regocija en un mundo imaginario? Mierda, estoy delirando y eso es lo que él busca. No te derrumbes, Álvaro. Resiste. Un poso de café justo en el fondo de una taza de doscientos mililitros, luego un segundo poso de café y ahora viene el tercero. Cuatro posos de café y enseguida llegamos al quinto, el sexto se precipita del borde y le persigue un séptimo sobre el que se abalanza un octavo… Cálmate. ¿Pero por qué has venido? Ya sabías de qué trataría esta conferencia. Te está provocando y se lo estás permitiendo, no puedes dejar que te quite terreno de esa manera. Quince posos de café esperan al decimosexto; el decimoséptimo se resiste, pero el decimoctavo le empuja y caen los dos juntos. Aparenta normalidad, no sudes, no le concedas ni una gota de sudor y muéstrale que estás de vuelta de todo, que su palabrería te la trae floja, pon cara de «me importa un rábano lo que dices». Eso es, relájate. Olvida al resto de público, haz como si no existiera. De hecho, no existe. Los ha contratado Conrad para su pantomima. Esto no es más que un montaje para hacértelo pasar mal, pero tú estás por encima de todo eso. Ya ves, no te afecta lo más mínimo. Treinta y tres posos de café ya son 10 mililitros de café y con treinta y cuatro ya falta poco para llenar la taza.

«La literatura no es el medio adecuado para decir algo real sobre uno mismo», eso piensa Mircea Cărtărescu, un autor rumano que recomiendo encarecidamente a quienes lo desconozcan. La cita está extraída de un relato narrado en primera persona por un supuesto escritor que quiere dar a conocer la historia de un amigo que se hizo famoso como jugador de la ruleta rusa. El narrador aparece de esta manera como un personaje secundario. No obstante, al final del relato empieza a divagar sobre la existencia de ese amigo suyo, del jugador de ruleta rusa, el Ruletista, como él lo llama. Declara que un individuo de

esas características, capaz de desafiar al azar cada vez que desenfundaba una pistola y se apuntaba la tapa de los sesos, no podía vivir en un mundo real. Al final afirma que está convencido de que el Ruletista es un personaje y que, por ende, él mismo también debe serlo. «[…] y no puedo evitar mostrarme exultante de alegría. Porque los personajes no mueren jamás, viven siempre que su mundo es leído», llega a concluir el narrador.

Un momento, se dijo Álvaro a sí mismo. Conozco ese relato, *El Ruletista*. Es más, recuerdo haber subrayado esa última cita cuando lo leí. Bueno, eso no significa nada. No es un autor muy conocido aquí, pero tampoco se trata de un escritor insondable. No seas paranoico. Ciento veintiocho posos y ya está la taza medio llena, o medio vacía según se mire. Aunque sería un pesimista incurable si aún llenando con la mente una taza la viera medio vacía. Ciento veintinueve y ya casi está llena. Bueno, no hay que pasarse, sigue quedando media taza vacía. Quiero decir, media taza por llenar.

Advertimos entonces un claro contraste entre literatura y ficción. Me gustaría volver a hacer hincapié en la primera cita de Cărtărescu. La literatura no es el medio adecuado para decir algo real sobre uno mismo, dice. Incluso los textos realistas son pura ficción. Para poner fin a mi discurso, tengo que remitirme al principio. No importa cuán sinceras sean nuestras palabras cuando escribimos, nunca llegaran a ser del todo veraces, como mucho, verosímiles. La literatura reside en un mundo que nunca dejará de ser ficticio, por mucho que nos empeñemos en buscar un cruce de caminos entre ese mundo y el real. Cuando empecé a prepararme esta conferencia, temí mucho caer en tópicos o irme por las ramas; pero me he dado cuenta de que es muy difícil hablar de literatura sin hacer literatura. Mi discurso, por lo tanto, también pertenece al plano de la ficción. Por mi parte, yo, aunque real —o no—, me he divertido mucho jugando a ser un personaje. Una vez me dijeron que parecía un personaje ficticio y creo que es el mejor cumplido que me han hecho nunca.

El público aplaudió entusiasta; algunos se levantaron, la mayoría

sonreía, unos pocos adoptaron una expresión pensativa y solo un individuo permaneció en su butaca, agitado y furibundo. Álvaro no aplaudió y si se incorporó fue para abandonar la sala.

Los libros que me gustaría leer

Por doquiera que vaya el hombre lleva consigo su novela.

Benito Pérez Galdós

De pequeño, Iván Rincón lloraba de una forma muy extraña. Lloraba sin lágrimas, compungía el rostro y se lo intentaba tapar con las manos, de manera que no se oía ni se veía nada de su llanto. Parecía que lloraba hacia dentro, como cuando uno intenta aguantar la respiración al final de la garganta, retenía sus lágrimas por debajo de la piel, era un llanto invertido. Lloró de esa forma hasta que aprendió de verdad a leer, pues, en realidad, lloraba porque no sabía leer y su tío Julio, que trataba de enseñarle, amedrentaba al niño con su estricta disciplina y su semblante huraño. Por eso se acostumbró a llorar hacia dentro, porque temía que el tío Julio se percatase y su tristeza se volviese inconsolable para siempre. Entre semana Iván pasaba las tardes en la librería de sus tíos, era allí donde recibía esas inflexibles lecciones de lectura. El tío Julio sabía de sobra que Iván lloraba hacia dentro, pero no le molestaba. Es más, le conmovía su manera de llorar y acabó cogiéndole cariño. Si al principio esas clases las sentía impuestas por su mujer, hermana del padre de Iván, como una obligación, acabaron por resultar tan satisfactorias para Julio que al final le reprendía aún con más dureza por los errores más nimios, porque no quería que aprendiese tanto como para no necesitar más clases. Quiso saber qué haría cuando supiese leer perfectamente. Iván dijo que leería solo, como él. El tío Julio pensó que podía seguir siendo su maestro después de eso. Al fin y al cabo, leer no consiste únicamente en ensartar con los ojos un puñado de letras escritas. Le enseñaría a leer libros y pensó que más adelante, con un buen bagaje de lecturas, aprendería a escribir y se convertiría en escritor.

A los once años, Iván decía que no quería empezar el

bachillerato, que prefería empezar a trabajar, que iba a trabajar haciendo lo que más le gustaba, quería dedicarse profesionalmente a leer. Julio le gritaba en un tono cascarrabias que podía seguir leyendo mientras estudiaba el bachillerato y luego, ya verían. Intentó orientarle hacia el oficio de escritor. Le preguntaba de forma insistente si no le atraía escribir historias como las que le gustaba leer.

—En una de esas revistas que tienes por ahí —contestó Iván— vi el otro día que a un escritor al que le preguntaban por qué escribía respondía que escribía los libros que le gustaría leer. Qué tontería, ¿no? ¿Para qué vas a tomarte todas esas molestias de escribir el libro que te gustaría leer cuando es mucho más fácil y placentero leer y leer hasta que des con el libro que realmente quieres? A mí me gusta leer, pero pienso en los pobres escritores que tienen que crear todo eso y me dan mucha pena. Es mucho mejor ser lector que escritor.

—Pero no habría lectores sin escritores.

—Ni escritores sin lectores.

—En eso te equivocas. Uno puede ser escritor aun cuando nadie lo haya leído.

—No, eres tú el que se equivoca.

—Oye, no me hables de ese modo —interrumpió Julio—. Qué genio tiene el niño.

—Pues será porque se parece a su tío —espetó Helena, su mujer, desde el otro extremo de la librería.

—Bueno, yo no estoy de acuerdo, tío, porque todos esos personajes solo cobran vida cuando son leídos. A lo mejor es un escritor, aun cuando nadie lo haya leído, pero está tan muerto como sus personajes.

—No confundas muerto con inédito.

—¿Qué significa eso?

—Que nunca ha sido editado, publicado, que nadie se ha encargado de preparar un libro con sus escritos.

—¿Y por qué no lo hace él mismo?

—Porque eso no se puede, hijo, es el editor el que se encarga de todo eso.

—¿Qué hacen los editores?

—Preparar libros, ya te lo he dicho.

—Pero tienen que leerlos antes, ¿no?

—Claro, los editores leen muchísimo.

Esa frase fue decisiva en la vida de Iván Rincón, que tras licenciarse en Filología Hispánica y trabajar en una editorial barcelonesa los diez años siguientes, fundó la suya propia. Calina surgió de esa hambre lectora que lo acompañó desde niño. Constaba de dos colecciones, una de filosofía, que se encargó de difundir a pensadores por entonces desconocidos en España, como Blanchot, Foucault, también Deleuze o Barthes. La otra colección estaba destinada a voces nuevas, autores españoles inéditos, o algunos pocos extranjeros que todavía no se habían traducido al castellano. Calina pretendía sacar de la bruma a artistas ocultos. Aunque su repercusión siempre fue menor, nublada por las grandes editoriales, Iván no concebía un trabajo tan satisfactorio como el suyo.

Seguía visitando a su tío en la librería con frecuencia. A veces, se citaba allí con algunos de los autores que publicaba y se reunían los tres a hablar en el trastero. Otras, iba solo por las tardes, como cuando era pequeño. Ya no lloraba hacia adentro, ahora pasaban el rato discutiendo.

—Tío, tienes muchos libros aquí, pero ninguno de mi editorial.

—Porque los que publicas nadie los quiere leer.

—Por eso deberías tener alguno entre los libros de viejo, los que desechan.

—De hecho, sí que hay alguno. No hace mucho me llegó el de *Fotogramas psicosomáticos*.

—¿Y dónde está?

—¿Por ahí? —dijo Julio señalando uno de los montones en la mesa de libros de saldo.

—Pues deberías tenerlo en un sitio privilegiado, es un buen libro.

—Es un libro de Calina, tiene que estar algo escondido. Ya lo encontrará alguien, pero no puede estar demasiado a la vista, porque rompería con los principios de la editorial.

—Y con los principios de tu librería, orientados a sacar de quicio a tu sobrino.

Qué mal se te da negociar, hijo, no me extraña que no vendas libros. Tú tenías que haberte dedicado a escribir y dejar que los demás se encargaran de vender por ti.

En vez de intentar cambiar de tema, cambia de sitio ese libro, anda.

Entonces cambia tú de trabajo, aunque solo sea durante un tiempo y ponte a escribir.

El testarudo de Julio no movió *Fotogramas psicosomáticos* de esa pila desordenada, pero por aquel entonces Iván decidió escribir todo el tiempo que antes había dedicado a leer. No lo hizo para contentar a su tío, sino, de pronto, espoleado por la misma excitación que le condujo a editar. En el 2006 una de esas grandes editoriales que eclipsaban la suya publicó el primer y único libro que ha escrito hasta la fecha. Se titulaba *Los libros que me gustaría leer* y era un ensayo que trataba sobre el oficio del editor y el del escritor. Obtuvo muy buenas críticas e incluso fue traducido a varios idiomas. Es célebre ya la frase del principio: «Este no es uno de los libros que me gustaría leer y precisamente por eso lo escribí».

XIV

Ha llegado antes que nunca al trabajo. Incluso ha tenido que esperar unos minutos a que el conserje abriera las puertas porque el instituto todavía estaba cerrado. Apenas había dormido en los últimos días y seguía despierto, demasiado despierto. Siempre había algo que embestía contra el sueño: un ruido sutil, una arruga en sus sábanas que se le clavaba en la mejilla, una idea irracional, Conrad Desmond. En la sala de profesores los rayos de sol se resistían a traspasar los resquicios de la persiana, pero había algunos que se colaban descarados y provocaban sombras que lograron encantar a Álvaro. En la máquina expendedora de café se filtraban gotitas de luz que desaparecían y reaparecían de forma intermitente. Sintió que aquella forma de parpadear era una llamada, una especie de invitación. Álvaro introdujo la moneda en la ranura de la máquina con gestos de autómata y a los pocos segundos cayó un vaso junto con un hilo de café. Sorbió el líquido en dos tragos sin que entre ellos hubiera apenas una pausa para respirar. Al terminarlo retuvo el vaso de plástico entre sus manos, como si lo abrazara, quería retener el calor que se escapaba a un ritmo incontrolable. Él hacía cada vez más presión con las palmas con tal de condensar el calor, de atraparlo y encerrarlo en una cárcel de dos puños pegados entre sí, pero enseguida el plástico se entregó a la locura de Álvaro y empezó a deformarse. Ya apenas había calor, solo una bola de plástico cuando Q. le sorprendió con un saludo poco entusiasta.

—Perdona, no te había oído llegar —vaciló Álvaro.

—¿Vas a seguir descuartizando ese pobre vaso?

—No, no, la verdad es que ya no me acuerdo de por qué he empezado a hacer eso.

—Nunca eres tan puntual, me extraña que estés aquí antes que yo. Hoy incluso he llegado un poco antes que de costumbre —advirtió Q.

Lo sé, es que no puedo dormir estos días. No quería quedarme en la cama un minuto más y he venido muy pronto, antes de que abrieran las puertas.

Q. no estaba seguro de tener ganas de hablar con él. No se veían desde que la conversación se les fuese de las manos en aquella cafetería y todavía no había decidido cómo actuar cuando se volviesen a ver. Dudaba si volver a mencionar a Conrad Desmond. En realidad, sabía que tenía que sacar el tema, pero le asustaba la respuesta de Álvaro. Se le habían agotado los argumentos para intentar hacerle entrar en razón.

—No sé si quiero saberlo, pero me siento obligado a preguntarte si fuiste a la conferencia —dijo por fin.

—Sí, sí que estuve allí.

—¿Te disfrazaste?

Claro, ya te expliqué que no podían reconocerme.

—Vale, vale, lo he entendido —le interrumpió Q. por miedo a que las palabras de Álvaro le sacasen de sus casillas—. ¿Qué tal fue entonces?

—Bastante interesante.

A Q. le desconcertó esa respuesta, esperaba que Álvaro entrase en uno de sus ataques de histeria. Durante unos segundos ninguno de los dos dijo nada, Q. tenía miedo de seguir insistiendo. Le miraba con un gesto invitándole a que contase algo más, pero Álvaro no parecía dispuesto a dar detalles.

—¿Entonces estás más tranquilo ahora?

—¿Me ves más tranquilo? —No había ni un atisbo de alteración en la respuesta de Álvaro.

—No lo sé, dímelo tú.

—No duermo desde el día de la conferencia —ahora sí que había elevado el tono—. A veces creo que alguien trama un complot contra mí y en medio de la calle miro hacia todos lados como si fuese Jim Carrey en *El show de Truman*. No hago más que darle vueltas a la maquinación que lleva entre manos Conrad Desmond y cada vez estoy más aturdido. No sé cómo me las voy a arreglar para dar una clase esta mañana porque ya no concibo un párrafo en el que no mencione el nombre de Conrad Desmond al menos una vez. Anoche releí *Fotogramas psicosomáticos* y releí también esa falsa novela que empecé para Conrad. Llené la mitad de un cuaderno con

notas y quizá esta noche no pueda evitar volver a leerla para seguir tomando notas. ¿De verdad me ves más tranquilo?

—No, Álvaro, no; pero quería pensar que sí lo estabas. Después del último día que nos vimos estaba algo enfadado, pero ahora solo puedo preocuparme. Ya no sé qué hacer para ayudarte.

—No puedes hacer nada.

—Tienes que olvidarte de todo esto, pasar página.

—Pasar página, buena paradoja. Es lo que hago constantemente, pasar las páginas de la novela de Conrad Desmond.

—A eso me refiero, Álvaro. Todo lo que digo te remite a Conrad Desmond. Tienes que superar esto, asimilar que, aunque no hayas llegado al fondo de este misterio (si es que existe algún tipo de misterio), debes poner punto y final.

—Es muy fácil hablar, pero no sé cómo poner en práctica eso.

—Intenta mantenerte ocupado en algo —Q. hizo una pausa para reflexionar—. Puedes escribir una novela, ya tienes el principio. Puedes acabar la novela que has empezado.

—No digas tonterías.

—No es ninguna tontería, te creo con la capacidad suficiente como para terminarla y, además, presiento que será una experiencia muy reconfortante para ti. Ya has leído lo suficiente, ahora te toca escribir. Tiene sentido, la empezaste por Conrad Desmond y la terminarás para desembarazarte de él. La sala de profesores había alcanzado el bullicio habitual. Antes de que Álvaro se percatase de esto, sonó el timbre que cortó de forma abrupta la conversación. Álvaro no pudo contestarle. Q. se despidió diciendo que se lo pensase y con esa consigna en la cabeza Álvaro arrastró los pies hasta el aula correspondiente. Una vez allí ordenó a sus alumnos que abrieran el libro por una página más o menos arbitraria. Comprobó que había un fragmento de un libro —aunque no se paró a reconocer ni de qué libro, ni de qué fragmento se trataba— y que en el margen derecho aparecía una serie de preguntas sobre el texto. Les mandó leer aquel fragmento para luego responder a las preguntas. Durante el transcurso de la clase no volvió a decir nada más, salvo cuando se acercaba el final y se incorporó para proponerles corregir los ejercicios el próximo día. Mientras sus alumnos tenían la vista sumergida en sus respectivos libros y algunos de ellos hablaban con el compañero de al lado, Álvaro

recreó la conversación con Q. y poco después reprodujo en su mente la novela inacabada, que en realidad era una autobiografía. Si de verdad pretendía terminarla, debía introducir muchos cambios. No quería hacer una autobiografía, no quería condenarse a sí mismo bajo la premisa de un personaje ficticio otra vez. No quería ser el protagonista, él solo quería ser el padre del protagonista. Deseaba invertir los papeles, en ese momento deseó ser Conrad Desmond y no Álvaro Aliaga, ni Enrique Villoro, ni Alberto Alcedo. De repente lo vio claro, si seguía con esa novela el personaje principal tenía que ser de alguna forma Conrad Desmond, solo así cerraría el círculo de extrañas coincidencias. Lo bautizaría con un pseudónimo, Carlos Dese y no se molestaría en comprobar si lo que escribía era cierto o no, tan solo lo haría verosímil, como advirtió el mismo Conrad.

Convalecientes

Like a bird on the wire.
Like a drunk in an old midnight choir.
I have tried in my way to be free.

Leonard Cohen

Se presenta una jornada tranquila, solo hay una persona en la clínica. Se encuentra postrado boca abajo en una camilla situada en una esquina de la sala, delimitada por cortinas blancas. En su espalda desnuda le han pegado cuatro parches que le producen pequeñas descargas eléctricas. Siente cada descarga como un latido de corazón, se imagina que lleva cuatro corazones incorporados a los omóplatos. Se distrae por un momento pensando que detrás de él hay cuatro corazones bombeando, pero enseguida escucha algo que capta su atención y agudiza el oído. Dos de los empleados permanecen en la estancia, empiezan a hablar sobre religión. Ninguno de los dos es practicante, pero la chica afirma que ella cree en algo, en una especie de fuerza que la protege y que eso la tranquiliza.

—¿Te acuerdas de Cristina, la monja que tenía una tendinitis? —hilvanó la chica.

—Como no me voy a acordar si fue hace apenas unas semanas —respondió su compañero.

—Su historia es inaudita —la chica hizo una pequeña pausa invitando al otro a asentir con la cabeza—. Pero si a los doce años ya había decidido que quería meterse al convento. Eso no es normal, Luis. Lo que sí que es normal es que luego le entrasen las dudas. Era una chica joven como cualquier otra. Era de mi edad, tenía 28 años. Hablaba con ella y era como si hablara con una amiga. Me caía muy bien, pero le faltaba vida. Ella misma lo sabía. Creo que la tendinitis la salvó, se dio cuenta de todo al venir aquí.

Le curamos el tobillo y le curamos la mente, le abrimos los ojos. Es que le habían lavado el cerebro, Luis. ¿Tú encuentras normal que con doce años tengas claro que quieres encerrarte toda tu vida y dedicarte a Dios? Su madre fue la que le metió todas esas ideas en la cabeza, estudió en un colegio de monjas carmelitas y era muy amiga de una de ellas, una de las que la captaron, porque la captaron, la abdujeron como alienígenas.

Luis dejó sonar un carcajeo y ella sonrió al verse tan exaltada. Con el ruido llegó quien parecía el jefe, un señor de más de cuarenta años, con grandes entradas y pelo gris. Se acercó a la esquina donde descansaba el paciente y comprobó que todo estaba en orden. Luego volvió al otro lado de la sala, donde los dos trabajadores seguían riéndose.

—¿A qué vienen tantas risas? ¿De quién es el chiste?

—Estábamos hablando de la hermana Cristina —respondió Luis.

—Bueno, lo de hermana no hace falta que lo digas. De hecho, yo al principio la llamaba así, pero luego ella misma me dijo que prefería que la llamasen Cristina simplemente —añadió ella.

—Sí, sí, es verdad. Yo también empecé llamándola hermana y luego fue ella quien me corrigió.

—Pues estábamos diciendo que sus visitas aquí fueron toda una revelación en el más extenso sentido de la palabra —continuó la chica en su tono dicharachero—. Yo le hablaba con absoluta confianza, le contaba lo que había hecho la tarde anterior y lo que haría la siguiente, que un día me iba al cine, el otro, de fiesta con mis amigas. Ella estaba perpleja con todo aquello, si ni siquiera podía salir cuando un familiar suyo se ponía enfermo. Aquí aprovechaba también para leer libros que le prohibían en el convento. Se terminó *San Manuel Bueno, Mártir* mientras le masajeábamos el pie. Normal que pasara lo que pasó.

—Me acuerdo de cuando llamaron el martes por la mañana —intervino el jefe—: Buenos días, soy la hermana Isabel y quería saber si la hermana Cristina sigue allí en vuestra consulta. Y yo le contesté: lo siento, la hermana Cristina no tenía cita para hoy, no ha venido. Si hubiese pensado un poco más me habría inventado una excusa.

—Claro, estaba claro que se había hartado —continuó la chica —. Solo quería más libertad, nunca salía del convento. Venir aquí se

convirtió en su vía de escape. Al día siguiente, cuando le dimos la última sesión llegó con vaqueros y con camiseta de manga corta y se había hecho un tatuaje en la pierna. Dios mío y nunca mejor dicho, ¿lo visteis? Incluso le reñí porque estaba demasiado cerca del tobillo donde tenía la tendinitis.

—Sí, era un pájaro en una cuerda o algo así —advirtió Luis.

—Un pájaro en uno de esos cables de alta tensión. A mí me contó qué significaba. Era en honor a una canción de Leonard Cohen, *Bird on the Wire* —balbució la joven con una pésima pronunciación inglesa—. Me dijo que la escuchaba mucho de adolescente, antes de entrar en el convento y que luego cuando entró dejó de escucharla. No sabía muy bien por qué. Fue como si me la hubiesen borrado de mi memoria cuando ingresé en el convento, me decía. No volvió acordarse del Leonard Cohen ni de sus canciones hasta que el día que fingió estar aquí, en la consulta, para salir a pasear a sus anchas, volvió a oír la canción en una cafetería. Entonces, de repente, sintió que debía hacerse un tatuaje de un pájaro en unos cables de alta tensión. Me lo describía como una corazonada, igual que decidió seguir la llamada de Dios, en ese momento le pareció que el pájaro de Leonard Cohen la estaba llamando y que tenía que responderle. Se hizo el tatuaje esa misma tarde, sin pensárselo dos veces.

Mientras tanto, el paciente seguía acostado con cuatro parches palpitando sobre su espalda. Había escuchado muy atento toda la conversación y justo ahora, cuando lo que él distinguía como una voz femenina había llegado a la parte del tatuaje, le dio un pequeño vuelco al corazón, a sus cinco corazones si contamos los parches que él creía válvulas tan vigorosas como la que residía en su pecho izquierdo. Él era quien le había hecho aquel tatuaje a la tal Cristina del relato, pero no tenía ni idea de que era monja, ni de que se había escapado del convento. Lo único que sí sabía era lo de Leonard Cohen, que se lo contó ella misma mientras le clavaba la aguja de tinta en la pantorrilla. A él le encantaba esa canción y por eso grabó en su mente a aquella chica. Le pareció muy interesante. Además, recordaba aquel día con especial claridad porque justo después de ella tenía un encargo muy raro. Tuvo que tatuar en el tobillo derecho de otra chica un bocadillo de atún y lo recuerda todavía más vívidamente porque cuando se agachó a recoger los

botes de tinta, la espalda le crujió tanto que tuvo que pedir a su ayudante, Lía —que jamás había tatuado a nadie—, que lo hiciera ella. Al final el resultado fue bastante bueno y la chica quedó satisfecha, pero él se pasó toda la noche en vela por los dolores de espalda. Por culpa de ese tirón se encontraba hoy allí, en aquel centro de rehabilitación, con cuatro parches bombeando fuerte como cuatro corazones al borde del infarto.

—¿Todo bien, Knud? —le preguntó el jefe.

—Sí, sí —contestó.

Procedió entonces a quitarle los parches y a embadurnarle la espalda de crema para darle un masaje. Él visualizó los dedos del fisioterapeuta naufragando por las vértebras lumbares y pensó que cada uno de ellos era como todas esas personas que protagonizaban los relatos que se cruzaban en su vida; todas esas historias que no tenían relación aparente, pero entre las cuales sí se había establecido una extraña conexión. Parecía que compartieran un mismo fin, el objetivo de salir a flote, de dejar de nadar sin rumbo. *Apparent rari nantes in gurgite vasto*. Los dedos seguían nadando a la deriva, igual que Cristina o la chica del bocadillo de atún, igual que Lía, su ayudante, o incluso que él mismo: Knud Oluf Larsen, malogrado navegante.

XV

Una tarde, mientras esperaba en la cola de un supermercado con un paquete de galletas de canela, se fijó en un señor que hacía cola en la caja de al lado. Como él, también llevaba consigo un paquete de galletas de canela, pero, además, se disponía a comprar otros nueve paquetes de galletas, todas ellas de sabores diferentes. Por un momento se preguntó si aquel hombre se alimentaba a base de dulces. Su madre siempre había insistido en que uno debe llevar una dieta equilibrada, aunque él a menudo soñaba con comer únicamente galletas. Al pequeño Carlos Desc le llegó el turno en la caja registradora al mismo tiempo que al señor que había suscitado su interés. Pagaron a la vez y cruzaron el umbral de la puerta juntos. Caminaron en la misma dirección al salir del supermercado. Muy cerca de allí, en esa calle, había una mendiga acurrucada en un trozo de cartón. El hombre del supermercado le lanzó un paquete de galletas de forma mecánica, ni siquiera la miró, ni siquiera pudo ver la expresión de sorpresa de esa mendiga, que mostró una sonrisa desdentada. Carlos quiso seguir a ese hombre, pero le perdió de vista a los pocos minutos, cuando se precipitó a la acera de enfrente mientras el semáforo parpadeaba en rojo y él no se atrevió a cruzar. Le gustó imaginar que ese hombre se dedicaba a alimentar a los mendigos de su barrio y que gracias a él seguían vivos. Le pareció una acción heroica, digna de los protagonistas de los cómics que tanto disfrutaba leyendo.

Decidió entonces que se pararía frente al primer mendigo con el que se encontrara y le ofrecería una de las galletas que se acababa de comprar. Se dirigía rumbo a su casa, no tardó mucho en localizar a uno no muy lejos de donde vio por última vez a aquel señor que le incitaba ahora a acercarse a ese anciano harapiento sentado en una esquina. Cuando ya se situaba a unos tres metros de distancia descubrió que no era un anciano del todo, sino que el polvo y la roña acentuaban sus arrugas y le habían envejecido. El mendigo alzó la vista muy despacio

mientras Carlos intentaba abrir con torpeza el paquete de galletas. Cuando por fin lo consiguió, sacó un par. Las colocó sobre la palma de su mano derecha bien extendida y luego las puso a la altura de los ojos del vagabundo. Este las cogió, aunque antes de eso dijo que no hacía falta. Carlos le preguntó si no le gustaban las galletas. Él respondió que al contrario, le encantaban y si pudiera permitírselo, solo comería galletas. Había dicho que no hacía falta porque, según él, a los vagabundos no hay que darles nada, los vagabundos no piden limosna. ¿Ah no? Yo creía que ese era el trabajo de los vagabundos, le interrumpió Carlos. Él siguió hablando, le aseguró a Carlos que estaba equivocado, los vagabundos se dedican a caminar, ese es su oficio, el vagabundeo.

—A veces descansamos un rato, nos paramos a dormir en las calles, porque nuestro trabajo es agotador, sabes chico. Tenemos que reponer fuerzas para seguir nuestra marcha. Hay vagabundos que andan siempre por el mismo sitio, quiero decir, que no salen de un determinado barrio o de una ciudad. Eso me parece bastante triste, yo solo llevo aquí dos días y ya me he cansado. Mañana me iré. Quiero seguir los pasos de una vagabunda que recorrió medio mundo. Bueno, quizá medio mundo es exagerado, pero dedicó su vida a errar y murió caminando. La gente dice que no es verdad, que, en realidad, murió de hambre, pero yo creo que murió de caminar. Es muy difícil saber cómo va a morir uno; si pudiese elegir mi muerte, yo también quiero morir de caminar. Esta chica de la que te hablo nació en un pueblo de Andalucía, aunque no me acuerdo del nombre. Creo que estaba cerca de Málaga. Bien, pues empezó su viaje en Málaga y pronto salió de Andalucía, llegó hasta Albacete y de allí siguió andando. Robaba pan en los mercados para poder sobrevivir y dormía en la calle o la entrada de las iglesias. Estaba tan delgada que no parecía de este mundo, parecía un fantasma. Chico, ¿tú has visto alguna vez una de esas fotografías en las que las personas o los objetos aparecen como desdoblados? —Carlos negó con la cabeza —. Bueno, yo no he hecho una fotografía en mi vida, pero entiendo un poco. En fin, si en el momento en el que aprietas el botón del obturador, el botón para hacer la fotografía, mueves la cámara, la imagen puede salir borrosa. Las personas a veces tienen un aspecto fantasmagórico. Esta vagabunda era así, era espectral, ingrávida. ¿Y sabes lo que es un zootropo? Es un juguete que consiste en un tambor giratorio con una serie de dibujos incrustados en las paredes. Cuando lo haces girar tienes

la sensación de que las imágenes se mueven como en una película, ¿lo entiendes? Todas esas imágenes, en verdad, son estáticas, pero se unen cuando giran y parece que anden. Andan como la vagabunda. Era como si la vagabunda estuviese compuesta de un montón de imágenes fijas que no podían dejar de girar, ni siquiera cuando dormía. Empezó en Andalucía y llegó hasta Cataluña, quizá pasó por donde estamos ahora tú y yo. No dejó que nadie la llevase en coche, ella solo quería andar. Después de Cataluña atravesó la frontera, dicen que fue en Francia donde murió, que no logró llegar a la Provenza, pero que pasó Montpellier. ¿Sabes lo que eso significa, chico? Que la vagabunda viajó más de mil kilómetros a pie.

»Sabes chico, de pequeño me enseñaron a leer. Mucha gente piensa que los que vivimos en la calle somos todos idiotas. Pues no es así, no somos ni la mitad de idiotas de lo que piensan. Es más, seguro que somos incluso menos idiotas que esos que nos llaman idiotas. Me enseñó a leer la señora Gálvez, que no es mi madre pero como si lo fuera. Era maestra y gracias a ella aprendí a leer y a escribir. Es cierto que no he leído ni he escrito mucho a lo largo de mi vida porque lo que más he hecho es caminar y caminar te agota por completo. Tienes que entregarte a caminar y sabes que cuando lo haces ya no existe nada salvo tierra, piedras y asfalto. La señora Gálvez me traía libros para que leyera, cuando ella creía que ya no necesitaba más lecciones. Eran libros de aventuras. Los que mejor recuerdo eran los de Julio Verne. También leí otros libros de otros escritores, pero con el tiempo he ido olvidando los nombres y ahora el único que conozco es el de Julio Verne. Recordamos lo que consideramos importante, chico. Esto no significa que el resto de libros que leí no fueran importantes, lo serán para otros. No hay nada universalmente importante. ¿Entiendes lo que digo, chico? Hay mucha gente que no piensa así. Esas personas son monstruos. Esas personas son las que nos llaman idiotas porque no trabajamos. Oye, pues yo ya tengo un trabajo, aunque no me paguen. ¿Para tener un trabajo hay que tener un sueldo? Están muy equivocados, un trabajo no es más que una ocupación. Un trabajo es una actividad con la que ocupas tu vida. La vida en sí, si no la rellenas con algo es una mierda y ese relleno se convierte en tu trabajo o en tu familia. Yo no tengo familia, pero sí, trabajo, que es no permanecer en ningún sitio, mi trabajo es movimiento. Ya te lo he dicho, chico. En fin, creo que me he desviado de lo que quería decirte. Te estaba contando que para mí, leer

a Julio Verne fue descubrir un mundo nuevo. Este señor escribió historias de personajes que no dejaban de viajar, por mar, por tierra, incluso por debajo de la tierra. Uno de sus personajes dio la vuelta al mundo en ochenta días. Para conseguir eso no hay que pararse ni un segundo. Phileas Fogg, así se llamaba, iba tan rápido que apenas podía ver los lugares en los que estaba. La vida pasa muy rápido, chico, no te lo puedes ni imaginar, pero hay trucos para adelantarte a ella, como el de Phileas Fogg o como el de la vagabunda de la que te he hablado, que podría haber protagonizado una de las historias de Julio Verne. Podrías leer alguno de esos libros. No es ninguna obligación, ni siquiera es un consejo, solo una sugerencia. A lo mejor no te gustan y por eso no tienes que avergonzarte, seguro que te gustan otras cosas. Eso es lo importante, tener aficiones, aunque más que aficiones, lo importante es encontrar una pasión. No es fácil, chico. Bueno, cuando eres niño sí que lo es. A medida que creces se vuelve más difícil. Yo descubrí mi pasión de niño, en parte con los libros de aventuras y en parte con exploraciones que realizaba a raíz de los libros de aventuras. Cerca de casa de la señora Gálvez había un riachuelo, cuando me cansaba de leer me iba a caminar por ese riachuelo. Iba a contracorriente, a veces metía los pies en el agua y a veces marchaba por la orilla; pero siempre iba a contracorriente. Me gustaba sentir que el agua me empujaba, tenía que luchar contra el agua. Para volver nunca seguía el riachuelo, porque eso implicaría ir en el sentido de la corriente. Me perdía entre los matorrales y luego acababa encontrando la casa de la señora Gálvez. ¿A ti qué te gusta hacer, chico?

A Carlos le costó articular un sonido inteligible, pues se había habituado a escucharlo y ahora le sorprendía que fuese él quien tuviese que hablar. Con esfuerzo le dijo que a él le gustaba conversar con los vagabundos. Tenía un amigo que dormía en la parada de Guinardó. Pero él pide limosna. Bueno, no es que pida limosna, pero a veces le dan dinero y no rechista. Yo suelo llevarle algo de comer, añadió. Luego le preguntó si lo conocía, a lo que respondió que no y que le daba mucha pena que no se moviera de esa parada de metro. Carlos arguyó que no quería que su amigo se fuera.

Todas las personas acaban yéndose, chico. Yo, por ejemplo, me iré mañana por la mañana. Lo que cuenta es lo que recuerdas. Ya te lo he dicho. Yo no me voy a olvidar en la vida de Julio Verne, aunque hace ya mucho tiempo que no he leído un libro suyo. Sabes, cuando decidí

abandonar la casa de la señora Gálvez y emprender un viaje como el de la vagabunda que llegó hasta Francia lo único que me llevé en la mochila fue algo de agua, pan, galletas y todos los libros de Julio Verne. Cuando me cansaba de caminar los releía y por la noche los extendía en el suelo y me acostaba sobre ellos. Eran libros viejos y blandos, hacían de colchón. Poco apoco los fui regalando apersonas que me cayeron bien o que me ayudaron. Si me quedara alguno te lo daría. ¿Tú qué lees, chico?

—Me gusta El teniente Blueberry.

—No sé quién es, ¿pero te acordarás de él cuando seas mayor?

Claro.

—Así me gusta, chico.

Entre los dos ya se habían acabado el paquete de galletas. Empezaba a anochecer y Carlos debía volver a casa. No lograba despedirse porque sabía que no lo volvería a ver. El vagabundo le insistía en que se marchara, pues de lo contrario solo se buscaría problemas, sus padres podrían estar preocupados. En efecto, después de esa tarde, nunca más lo volvió a ver, aunque a menudo creía verlo. Todos los vagabundos que conoció más adelante se parecían un poco a él y al teniente Blueberry.

XVI

Carlos iba a todas partes andando. El colegio se encontraba a unos diez minutos a pie. A veces recorría el camino en cinco minutos y otras tardaba más de quince. Antes de hablar con aquel vagabundo al que nunca más volvió a ver; Carlos ya experimentaba una extraña fascinación por el acto de caminar. Se recreaba en el batir de las piernas, que uno podía controlar a su antojo a través de un movimiento tan sencillo como extraordinario; bastaba con una flexión de rodillas relajada para aminorar la marcha y tensar las articulaciones para darse prisa. Ponía a prueba sus articulaciones y jugaba a llegar muy tarde o muy pronto al colegio. Se retaba a sí mismo a una carrera, a veces se trataba de una competición de velocidad y otras, de lentitud. A la escuela siempre iba solo, pero antes de entrar esperaba a su amigo Q. en la puerta del edificio donde vivía, situado a una manzana del colegio. Después de las clases salían juntos y Carlos lo acompañaba hasta su portal. A veces se divertían haciendo carreras entre ellos, aunque siempre consistían en comprobar quién llegaba primero. Un día Carlos le propuso una carrera de lentos, como las que practicaba él solo de cuando en cuando, el objetivo era llegar el último. Q. se aficionó a esas carreras, le parecía que tenía mucho más mérito ganarlas que vencer por ser el más rápido, pues resultaba más difícil y requería una mayor concentración calcular el ritmo adecuado para no adelantarse al adversario que dejarse llevar por la velocidad.

Cuando no hacía carreras, en lugar de centrarse en sus pasos, se fijaba en los de los demás y en cómo los pies del resto de transeúntes interaccionaban con el asfalto y los adoquines. Al caminar, los pensamientos se sucedían muy deprisa en la cabeza de Carlos y eso le frustraba. Quería retenerlos de alguna forma. Cuando caminaba le entraban ganas de escribir, necesitaba plasmar todo aquello que se le ocurría al tiempo que avanzaba. El problema era que solo quería escribir de verdad mientras su cuerpo estaba en movimiento. Le habría gustado

poder anotarlo todo en un mágico estado en el que la escritura y la marcha convergieran. Cuando llegaba a su casa podría haber apuntado todas las reflexiones que le habían preocupado en cualquiera de sus caminatas, pero allí, en la quietud de su habitación, le resultaba imposible. Quería que el proceso de escritura fuera idéntico a los mecanismos a través de los cuales el ser humano camina. Durante un tiempo decidió llevar siempre consigo un bolígrafo de tinta azul y una libreta. Era un viejo cuaderno de matemáticas, lleno de fórmulas y operaciones a lápiz que apenas serían inteligibles con la superposición de la tinta azul del bolígrafo. En una ocasión probó a tomar notas al tiempo que andaba, pero cuando trató de leer sus apuntes más tardé no logró entender su caligrafía, cuyos grafemas se parecían más al alfabeto árabe que al romano. Quizá para plasmar la sincronía de la marcha y la escritura se necesitase una lengua específica que él desconocía, pensó.

A veces separaba en seco, siempre separaba en lugares concretos, como frente a la entrada de algún colegio o al lado de algún portal. Se detenía porque pensaba que, ya que le resultaba físicamente imposible escribir mientras andaba, tal vez si introducía pequeñas pausas en su recorrido, podría alcanzar el equilibrio perfecto para transcribir esa enigmática fusión entre su cuerpo y las calles. Sin embargo, volvía a suceder lo mismo que cuando llegaba a casa y no podía escribir nada. Parecía que junto con su marcha, sus pensamientos también se interrumpiesen y aun así solía quedarse allí inmóvil durante unos minutos, como si esperase a alguien, como si acabase de salir de clase y su madre estuviese a punto de llegar a recogerlo. En realidad, esperaba que le llegasen las ideas, todas esas cavilaciones que le visitaban mientras se desplazaba, pero por mucho que se esforzase solo aparecían de nuevo cuando emprendía su camino.

A menudo terminaba la ruta en la parada de Guinardó, donde se encontraba con ese mendigo que parecía no haberse movido del sitio en los últimos tres años. Unos días después de haber mantenido la conversación con el individuo errante que pretendía llegar hasta Francia, pasó por allí a propósito para contarle la historia. Al acabarla, Carlos le preguntó por qué él permanecía allí sentado, por qué no caminaba. Le respondió que existían muchas maneras de caminar, de desplazarse y que algunas de ellas se podían practicar sentado. Señaló entonces la boca de metro.

—¿Has montado alguna vez en metro? —Carlos negó con la cabeza

—. Antes, a veces, compraba un billete y pasaba el tiempo allí. Guinardó es la primera parada de la línea; me subía aquí y llegaba hasta el final, hasta Jaume I. Cuando llegaba a Jaume I bajaba y lo cogía en dirección contraria.

—Quiero probarlo. ¿Dónde venden billetes?

—Allá abajo —dijo el mendigo señalando de nuevo hacia la boca de metro—. Todo sucede allá abajo.

—Quiero ir ahora, pero no tengo dinero.

El mendigo recogió del suelo un trozo de tela que contenía algunas monedas, la limosna que consiguió durante la mañana. Creó una especie de bolsa con la tela y la volcó sobre las manos de Carlos. Había ocho pesetas en total.

—Sobra para un billete, pero no creo que haya suficiente para dos —advirtió el mendigo.

Antes de que Carlos pudiese terminar de articular una frase de agradecimiento, el mendigo le instó a que se fuera; venga, vete, decía. Bajó la escalera, que se le antojó una suerte de tubo digestivo por el que circulaban todas las personas que habían abandonado las calles de arriba. Cuando accedió al andén siguió pensando que se encontraba dentro de un tubo digestivo y una vez se introdujo en uno de los vagones experimentó una inquietante digestión, inquietante porque no sucedía en su estómago, ni siquiera dentro de sí mismo. Se trataba de una digestión que se producía en el tren, en los huecos entre una persona y otra. Parecía que los pasajeros depositasen todo lo que habían comido, todo lo que les había carcomido, en ese tubo digestivo que constituía el metro. Carlos, que había tomado asiento en cuanto se introdujo en el coche, empezó a comprender entonces lo que significaba caminar sin caminar, caminar con la cabeza y no con los pies. El desplazamiento del metro se mezclaba con el tránsito de conversaciones y pensamientos ajenos. Intuía todo aquello como un fabuloso engranaje de movimientos infinitos. Lo mejor de todo era que en el metro conservaba el torrente de ideas que le invadía al caminar mientras permanecía sentado, en una postura que le permitía escribir. Cuando pararon en Alfonso X sacó la libreta y el bolígrafo que guardaba en el bolsillo interior de la cazadora. Pudo anotar a vuelapluma todo lo que le llegaba. Aprehendió la velocidad del metro y sus traqueteos, capturó algunas conversaciones ajenas y plasmó también miradas perdidas que terminaban encontrándose con la suya. Cuando llegaron a Jaume I dejó de escribir

por un momento, solo le quedaba una parada y aunque sabía que luego cogería otro metro en dirección contraria y podría volverá experimentar sensaciones parecidas, no quería que acabase, no quería que la joven que había subido en Joanicy se había sentado al otro extremo del banco que él ocupaba se bajase al final del trayecto y ya no la volviese a ver o que el diálogo entre ese matrimonio que discutía sobre el futuro de su hijo se extraviase entre la inmensidad de las calles. De repente, se tropezó con la paradoja de inmovilizar todo ese movimiento sin despojarlo de la agitación inicial. Mientras pensaba en eso miraba a través de la ventanilla, en la que se proyectaba una y otra vez la misma imagen oscura, como si estuviese frente a un televisor estropeado. Ya se estaba haciendo a la idea de apearse y dejar atrás a la joven de al lado que se atusaba su pelo negro, y al matrimonio, cuando la imagen a través de la ventanilla cambió de súbito. Pasaron por una estación, pero el tren no paró. Carlos pensó por un momento que alguien, Dios o el conductor, había escuchado sus deseos de prolongar el viaje. Por un momento pensó que lo que acababa de ver era la parada de Barceloneta, en la que se suponía acababa el trayecto, y ahora el tren avanzaba sin rumbo tras oír sus plegarias, pero esas fantasías no duraron mucho y antes de que pudiese dar rienda suelta a su imaginación e inventar el destino de ese metro llegaron a Barceloneta. Todos los pasajeros se apresuraron a dejar el vagón, salvo Carlos, que arrastró los pies renuentes y con cierta desazón en el estómago, como si acabase de sufrir una mala digestión.

Tardó en decidirse a coger un metro de vuelta. Llegó hasta el andén donde paraban los trenes con dirección a Guinardó, pero dejó pasar varios. Permaneció allí, del mismo modo que cuando esperaba frente a los colegios o los portales, fingía que esperaba a alguien, que su padre llegaría del trabajo en el próximo tren, que su tía había quedado en buscarlo para que fuese a jugar con sus primos o que su madre volvería del mercado en cualquier momento. Como de costumbre, fingía que esperaba a alguien, aunque en realidad, esperaba a que le viniesen las ideas, esperaba descifrar el misterio de esa estación que había percibido entre Jaume I y Barceloneta hasta que resolvió que lo que le ayudaría sería montarse de nuevo en el tren y mirar con más atención. Esta vez, además, se percató de que la estación no se llamaba Barceloneta, como él creyó en un primer momento, sino Correos. Se dijo que quizá el mendigo sabía algo y durante el viaje solo le dio vueltas a aquello.

El mendigo vio emerger a Carlos de la boca de metro, avanzaba con atropello hasta él, la lengua se le salía de la boca como a un perro. El mendigo quiso preguntarle qué le había parecido, pero antes de que pudiera hablar, Carlos le contó la visión de aquella estación y el mendigo le dijo que la estación de Correos la deshabilitaron hace ya tiempo porque estaba demasiado cerca de la de Barceloneta.

—¿Entonces ya no paran trenes ahí? —preguntó Carlos.

—No, es un desecho del pasado, un fantasma.

—Un fantasma…

Carlos se quedó pensando en esta comparación y llegó a imaginar que en aquella estación se habían quedado atrapadas una serie de personas que no llegaron a tiempo para coger el último tren que salió de allí y que después de ver tantos trenes pasar sin poder coger ninguno se habían afantasmado, se habían vuelto seres ingrávidos que vivían a pie del andén. A partir de esa idea empezó un relato que solo escribía mientras viajaba en metro. Para conseguir dinero para el billete mentía a su madre diciéndole que se iba al cine con Q. o bien el mendigo le ofrecía algo de su limosna y él se lo pagaba con el bocadillo de su merienda. El relato se centraba en esos personajes ingrávidos que él creía ver a través de la ventanilla entre la parada de Jaume I y Barceloneta. En sus dos primeros viajes recorrió la línea de metro tal como lo había hecho la primera vez, pero después, en el trayecto de vuelta, acostumbró a pararse en Jaume I y volver de nuevo a Barceloneta una y otra vez. Podía pasar horas recorriendo sin descanso aquel tramo en el que se encontraba la estación de su relato. Después de varios días se dio cuenta de que había escrito más de lo que había visto. Había descrito con minucia las cabinas en las que sus personajes fantasmas jugaban a comprar billetes para mantener la ilusión de que iban a subir a un vagón. También había retratado una ventana en el techo de la entrada desde la que todas las semanas dejaban caer un puñado de cartas. A la estación de Correos iban a parar cartas sin remitentes ni destinatarios, cartas que, igual que esos personajes, no podían viajar. Los personajes las leían a pesar de que no pudiesen contestarlas, del mismo modo que esperaban en el andén a pesar de que no pudiesen montar en ninguno de los trenes que pasaba. Cuando había escrito más o menos la mitad del relato, Carlos dejó de mirar a través de la ventanilla cada vez que pasaban por el tramo entre Jaume I y la Barceloneta, ya no le servía de nada mirar porque en el papel la imagen

se le presentaba mucho más clara. En el relato incluyó un pequeño epílogo en el que venía a decir que todo lo escrito estaba inspirado en una estación que existió de verdad, pero que en su relato existió mejor, pues había añadido lo que no se podía percibir a través de las ventanillas. Después de darle los últimos retoques quiso que el mendigo la leyera. Este le felicitó entusiasmado y añadió que lo que más le había sorprendido era el epílogo.

—Si quieres escribir, ahí está la clave. Coger lo que ves y mejorarlo.

El mendigo le aconsejó que enseñase el relato a su profesor de Lengua y Literatura, pero Carlos le dijo que le daba mucha vergüenza. A veces, don Manuel, el profesor de Lengua y Literatura, enseñaba en clase sus redacciones, que siempre obtenían la nota más alta, y él se sonrojaba y ansiaba desaparecer mientras los ojos de todos sus compañeros estaban fijos en él. Resolvió dejarle una carta en su buzón con un nombre falso y la dirección de su tía. En ella incluiría el relato y una carta en la que le pediría que le dijese lo que pensaba. De esta manera, conocería su opinión de forma anónima, pasando inadvertido, como él quería. Cuando don Manuel recibió el relato lo leyó sorprendido de la calidad literaria y las reflexiones que se podían extraer de él. Sin embargo, le sorprendió aún más su autor y trató de averiguar quién podría haber sido, ya que le costaba creerse que un desconocido hubiese contactado con él. No le resultó muy difícil asociar la caligrafía de Carlos Desc a la de aquel manuscrito. Don Manuel citó a los padres de Carlos para contarles lo ocurrido. Ellos solo le dieron importancia a la mentira que había llevado a cabo y al llegar a casa le soltaron una buena reprimenda en la que no dejaban de repetir que el engaño no conduce a nada bueno. Carlos se excusaba diciendo que a veces la verdad es insuficiente y tenía que rellenarla, mejorarla.

Al fin y al cabo, eso era lo que estaba haciendo Álvaro mientras revisaba la última versión de esa novela que empezó a escribir, primero apremiado por Conrad Desmond, instigado por el entusiasmo de un futuro lector, y después contra el propio Conrad Desmond y cualquier otro lector potencial que no fuera él mismo. Pretendía rellenar la verdad que le había proporcionado Conrad y modelarlo a imagen y semejanza de Carlos. Daba igual que esa supuesta autobiografía enmascarada en novela se pareciese cada vez más a una investigación ficticia sobre la infancia de Conrad, lo

importante era seguir buscando sin llegar nunca a tierra firme.

XVII

Hay libros de constitución enclenque, libros que nacieron enjutos, y luego están los libros a los que obligaron a adelgazar. Esta técnica de la desnutrición es una práctica francesa, contraria a la corpulencia rusa. No obstante, un libro robusto puede resultar de naturaleza débil, enfermiza; del mismo modo que un libro no es débil por flaco, lo cual se relaciona con esa literatura de la depauperación que empezó con Racine. De las tragedias que mejor ilustran esta idea sobresalen *Berenice y Fedra*. Ambas historias trataron de reducirse a la inacción. En la primera de ellas el estatismo sucede a través de la espera; en la segunda, a través del mutismo. Se trata de obras delgadas, esbeltas, lejos de la demacración que infligieron a sus libros algunos autores del siglo XX. Entre Racine y el siglo XX apenas encontramos libros que hayan padecido de hambre. Durante la Ilustración nadie se interesó por ellos y en el siglo diecinueve, dejando a un lado a rusos como Zola o Maupassant, lo más cercano al enflaquecimiento serían los primeros escritos de Chateaubriand, después de eso, no creo que nadie encaje en este patrón; ni epígonos directos de Chateaubriand como Musset, ni otros poetas románticos que le precedieron, como Baudelaire. De hecho, la poesía queda fuera de este análisis, pues la poesía de verdad siempre debe ser sometida a la caquexia. Los poemas son flacos por definición.

Nunca se han escrito libros tan flacos como en el siglo XX. Abundan los ejemplos, aunque solo voy a detenerme en dos o tres. En primer lugar, tenemos a Georges Perec, conocido por un libro robusto, aunque no ruso. Salvo *La vida: instrucciones de uso*, Perec se dedicó casi por entero a los libros famélicos. Empezó con dos libros más bien delgados: *Las cosas* y *¿Qué pequeño ciclomotor de manillar cromado en el fondo del patio?* A estos le sucedió *Un hombre que duerme*, una historia bastante enflaquecida, como su protagonista,

una suerte de Oblómov, que se va consumiendo cuando decide levantarse de la cama. El resultado es un libro igual de macilento que su personaje. También *Me acuerdo o Lo infraordinario* son textos flacos. Ambos intentan extraer la grasa, relatar solo la parte magra. Aunque el libro más escuálido de Perec es, sin duda, *Tentativa de agotar un lugar parisino*, donde se dedica a describir los detalles más triviales de lo que sucede en la Plaza de Saint Sulpice de París; se trata más bien de contar lo que no sucede. Perec sometió al texto a un ayuno absoluto, incluso eliminó algunos fragmentos por considerarlos demasiado relevantes.

Algo parecido ocurre con Marguerite Duras. En *El mal de la muerte*, otro célebre escrito demacrado, Duras también cercenó algunas páginas porque pretendía «expresar la enormidad del dolor con la delgadez de las palabras». En Francia fue publicado en la editorial Minuit. No tengo ningún libro de esa editorial, pues mi francés es muy limitado y solo compro —o robo— traducciones, pero me gusta pararme en la sección de literatura en lengua francesa en las librerías y contemplar todos esos libros flacos, la mayoría de ellos publicados por Minuit. Duras empezó publicando en Gallimard, aunque luego Minuit se convirtió en su editor. Los libros más flacos de Duras se editaron allí, como *El hombre sentado en el pasillo* y también otros escritos que no he leído pero que me fascinan por su visible desnutrición como *La pute de la côte normande* o *L'homme atlantique*. Minuit también publicó a Beckett, que sometió a sus personajes a un discurso escuálido, a veces reducido al borborigmo.

Esa debería ser la clasificación estándar, la historia de la literatura debería partir de esas premisas, se decía Álvaro. En las clases se hablaría solo de literatura rusa y literatura francesa y luego de la literatura rolliza y la flaca. Siempre quedan autores inclasificables, apátridas, ni muy delgados, ni muy gordos, como Borges o Kafka, nombres que al escapar de cualquier etiqueta se convirtieron también en adjetivos y quizá, dentro de unos años, por qué no, serán también adverbios o interjecciones y la gente usará en el lenguaje corriente expresiones como «¡Kafkas y centellas!» o «¡Borges santo!». A todos esos se los estudiaría aparte. En las librerías o bibliotecas las distintas secciones también tendrían que atender a ese criterio. De hecho, así es como organicé la humilde

biblioteca que tengo en casa.

Ese tipo de escarceos asaltaba a Álvaro cuando impartía alguna clase en el instituto o cuando se detenía a ojear libros en alguna tienda. Aquella tarde Álvaro no pretendía hacer ni una cosa ni la otra, pero todas esas divagaciones acabaron invadiéndole cuando se encontró con uno de esos libros inclasificables, un libro que no solo no sabría dónde colocar en su biblioteca, sino que la propia imposibilidad de catalogarlo le aterrorizaba. Aquella tarde, en realidad, se disponía a enviar el manuscrito de su novela a una editorial por segunda vez. Había pasado un mes desde que lo mandó a una editorial y aunque sabía que obtener una respuesta, ya fuese un sí o no, podía llevar más tiempo, se dijo que intentarlo en otro sitio no le costaba nada. De camino a la oficina de correos se paró durante unos segundos en el escaparate de una librería. No pensaba entrar, tan solo mirar de pasada las novedades. Se detuvo más de lo previsto, permaneció paralizado unos minutos, en los que contó para sí posos de café antes de decidirse a cruzar la puerta y comprar maquinalmente, sin siquiera echar un vistazo a la contraportada o a las primeras páginas, *Rari nantes*, una recopilación de relatos de Conrad Desmond.

Ya había pasado más de un año desde que lo vio por última vez, desde aquella conferencia en la Universidad de Barcelona. Dar forma a esa novela que pergeñó —precisamente movido por Conrad —, le había ayudado a dejar de pensar poco a poco en todo aquello hasta olvidarlo; pero al descubrir aquel ejemplar, de casualidad, igual que *Fotogramas psicosomáticos*, Álvaro olvidó que lo había olvidado, olvidó por completo lo que había planeado hacer y con el mismo atropello con el que pagó por aquel libro dirigió sus pasos hasta su casa donde se sentó en el sofá y empezó a leer. No paró hasta la una y cuarto de la madrugada, cuando cerró el ejemplar tras haberlo devorado de un tirón, salvo por un relato que se saltó a propósito. Únicamente leyó las dos primeras páginas y el título: *Álvaro*. No pudo continuar, tal vez por pudor, tal vez porque ya conocía la historia, tal vez porque sabía demasiado acerca de ella o tal vez porque no sabía absolutamente nada y esa nada le aterrorizaba, como un abismo, allí mismo, en mitad de su salón.

El bocadillo de atún

Con el tiempo me he dado cuenta de que todos los esfuerzos de las criaturas de ficción van encaminados a convertirse en seres de carne y hueso. Los escritores, en cambio, seres de carne y hueso, hacen todo lo posible para convertirse en criaturas de ficción algún día.

Fabulosas narraciones por historias
Antonio Orejudo

Después de tres años sin pisarla, acababa de llegar a Barcelona. Me encontraba en Gracia y necesitaba ir hasta Plaza Cataluña. No me creí capaz de llegar a pie, así que busqué la parada de metro más cercana. Acabé en la estación de ferrocarriles, que, si mal no recordaba, también podía dejarme en Plaza Cataluña. Compré un billete y bajé a zancadas las escaleras hasta el andén porque oí que el tren llegaba. Cuando me quedaban cuatro escalones, el tren empezó a producir unos pitidos, sin duda una amenaza que advertía de que iba a partir. Subí al primer vagón un segundo antes de que las puertas se cerraran. No había mucha gente y pude tomar asiento. Cuando me acomodé me di cuenta de que había cogido el tren en la dirección equivocada. Podría haberme bajado en la siguiente parada, pero descubrí algo que me obligó a quedarme. Me senté junto a un asiento que al principio creí vacío, pero ahora me daba cuenta de que estaba acompañado por un bocadillo y una nota. No toqué el bocadillo, pero con disimulo giré la nota para poder leerla mejor: «Este bocadillo está en perfecto estado, puede usted comérselo. Yo no puedo, se me ha quitado el hambre». La nota estaba escrita en un punto de libro. Quise saber quién la había escrito. Quizá todavía seguía ahí. Es probable que quien hubiera dejado el bocadillo se hubiese montado en Plaza Cataluña, que es la

primera parada de ese recorrido. Lo debía de haber colocado en ese asiento junto con la nota cuando todavía no había nadie en el vagón y luego debía de haber tomado asiento como si nada. Puede que por prudencia esa persona se hubiese ido a otro vagón, pero por curiosidad puede que hubiese permanecido para ver las reacciones de quienes se percataran del bocadillo.

En el compartimento en el que me encontraba había dieciséis asientos dispuestos en grupos de cuatro sillones enfrentados. A mi derecha había dos chicas que no parecían conocerse entre ellas. Justo detrás de mí percibí un grupo de cuatro jóvenes y a la derecha de ese grupo distinguí a otra joven, también sola. Un hombre de unos treinta años esperaba de pie frente a la puerta. Las estadísticas y mi intuición apuntaban a que esa persona a la que estaba buscando era una mujer. Me fijé primero en las dos jóvenes de mi derecha. Una de ellas estaba sentada en el asiento más cercano al pasillo y mirando en el sentido contrario de la dirección del tren, igual que yo. Me resultaba complicado observarla en detalle sin resultar indiscreto. Tenía la mirada perdida, no parecía enterarse de lo que sucedía a su alrededor. No leía, ni escuchaba música y trasteaba su teléfono móvil, que es lo que uno suele hacer cuando viaja solo en transporte público; simplemente esperaba en un estado casi catatónico. A la otra joven no me costaba espiarla, pues estaba sentada en la fila de enfrente junto a la ventana. De cuando en cuando apoyaba la cabeza en el cristal, estaba leyendo un libro. La miré con insistencia durante bastante tiempo, no porque pensase que fuera ella la dueña del bocadillo, sino porque me pareció atractiva y muy triste a la vez, una belleza desalentadora. Aunque sostuviese el libro abierto delante de sus ojos, no me daba la impresión de que leyese o, en todo caso, que estuviese concentrada en la lectura, tal vez por esa tristeza que la invadía o quizá porque el libro fuera muy malo. No logré distinguir la cubierta, no pude saber qué leía, aunque después de varios minutos con la mirada fija en ella, reparé en que se trataba de un libro de la biblioteca, advertí una especie de sello en el filo de las hojas. Enseguida me llegó la revelación. Le di la vuelta a la nota y descubrí que el punto de libro pertenecía a la biblioteca de la Universidad Autónoma de Barcelona y que el sello que lo probaba era idéntico al sello del libro de esa joven. Ya la había descubierto. Solo tenía que esperar a que bajase

del tren, seguirla y, si los nervios no me traicionaban, abordarla. Deduje que se bajaría ya casi al final de la línea, en la parada de la universidad.

Resolví dejar el bocadillo donde estaba, pero me guardé la nota. Esa incapacidad para concentrarse en la lectura que intuí al principio se debía seguramente a que estaba pendiente de mí y de lo que haría con el bocadillo. No obstante, supuse que la desolación que la invadía también estaría bastante relacionada con eso. Creo que no me había visto coger el punto de libro. Durante el trayecto no se sentó nadie a mi lado. Imagino que aparte de ella, solo yo sabía que ese bocadillo estaba ahí.

Cuando anunciaron que la próxima parada sería la universidad, la chica se levantó y se preparó para salir. Yo no me moví del asiento hasta que el tren se paró. Salí por la misma puerta que ella. Para acceder a la universidad tenía que volver a pasar el billete por las puertas automáticas. Me había adelantado un poco. Ella estaba sacando su billete cuando yo pasé el mío y me di cuenta de que no lo reconocía. Lo pasé una segunda vez y la máquina volvió a pitar. La joven, que se disponía a pasar el billete en la puerta de al lado me miró y me ofreció que pasara con ella. Le di las gracias y me pegué a su espalda, que olía a aspirina. Las puertas se abrieron y las cruzamos tan pegados que parecíamos dos siameses. Le dije entonces que no entendía lo que había pasado. Ella contestó que debía de tener un billete de una zona y que para la universidad se necesitaban dos zonas. No tenía ni idea, le comenté. Ella no pareció escuchar eso último. Me sonrió, a pesar de que su sonrisa se asemejase a un esguince, y se marchó. La seguí hasta una biblioteca que se me antojó bastante lejos de la estación quizá porque el camino no me resultó muy agradable. Hacía calor y tuve que subir una cuesta que me destrozó la espalda. En la biblioteca apenas estuvo un minuto, dejó en el buzón de devoluciones el libro que había estado leyendo, o había fingido leer, en el tren. Luego volvió sobre sus pasos, tuve que bajar esa pendiente infame otra vez y al final acabamos en un comedor enorme cerca de la parada. Se sentó con un café en una mesa alargada con unas diez o doce sillas, todas vacías menos la que ella ocupaba. Me pedí yo también un café y pensé que si no la abordaba ahora no lo haría nunca, así que con el café en mano me dirigí hasta esa mesa y me senté frente a ella.

Miraba a través de la ventana, al aproximarme giró la cabeza con una lentitud solemne y me dedicó una mirada tan melancólica que quise romper a llorar. En lugar de eso la saludé y ella volvió a sonreír con un esguince. No sabía cómo empezar y durante unos minutos vivimos un silencio asesino en el que ambos solo pensábamos en morir o desaparecer. Ya nada podía ser peor que aquel silencio, poco importaba cómo lo rompiese. Saqué el punto de libro arrugado de mi bolsillo. Lo planché con la palma de mis manos mientras ella me miraba como si estuviese presenciado una explosión nuclear o un incendio. Se lo tendí al tiempo que le decía que se lo había dejado olvidado en el tren. Quiso saber por qué no había cogido el bocadillo, a lo que contesté que al leer la nota, como a ella, también se me quitó el hambre. Me inventé una mentira para intentar sonsacarle su verdad, le conté que una vez hice algo parecido. Dejé un trozo de tarta de chocolate y fresas en una mesa en una terraza de un bar ocupada por dos señoras. La dejé ahí y me fui sin decir nada. Las señoras se quedaron perplejas, no sé si se la comerían.

—¿Por qué lo hizo? —me preguntó.

—Porque era una regalo de despedida de una chica a la que no volví a ver desde ese día. Es casi como si estuviese muerta y esa tarta anunciase su muerte, no la quería.

A ella le costaba hablar, intuía que por culpa de ese esguince que sus labios pretendían disfrazar de sonrisa; pero al final acabó confesándome que su historia era parecida. Lo primero que dijo es que era bailarina y se calló durante un rato. No intervine porque presentía que en un momento u otro ensartaría otra frase, quizá más de una. Ese silencio formaba parte de su discurso, estaba integrado en él y no constituía un cierre, sino un arranque. En efecto, volvió a tomar la palabra y esta vez añadió que venía de la estación de Sants, de despedirse de su antiguo coreógrafo, que era también su antiguo amante. Se iba a Madrid con la compañía de *ballet* para la que ella trabajó. Hace varios meses, por culpa de una caída torpe sufrió una dislocación en el tobillo derecho que truncó para siempre su carrera como bailarina. Cuando el médico se lo comunicó sintió que le arrancaban un órgano, un pulmón o un riñón, y que no aguantaría mucho con un cuerpo atrofiado que le atrofiaba la vida. En esta parte de la historia me acordé de su

sonrisa y me pregunté si estaría relacionada con esa lesión del tobillo.

Ya no podría bailar, que era su gran pasión, pero por lo menos todavía tenía a Marcos, que la apoyaba. Ya no se veían con la misma frecuencia, pues a pesar de que compartían el mismo techo y las mismas sábanas, ya no trabajaban juntos. Marcos siempre estaba ocupado, como ella no hace mucho también lo estaba. Los problemas entre ellos estallaron cuando uno de los espectáculos que Marcos dirigía fue contratado en un teatro de Madrid. La compañía se mudó a la capital. Eso ocurrió hace dos meses, quizá la relación murió entonces, pero hasta ahora no se habían planificado las exequias. Marcos había venido a pasar unos días en Barcelona, junto con algunos miembros de la compañía. Iban a realizar un pequeño *ballet* que se representaría durante tres días. Después de un mes sin verse, su reencuentro no fue mal, pero tampoco fue muy bien. La despedida, sin embargo, resultó trágica y fúnebre. Discutieron en el metro. Ella lloraba y él se mostraba arrogante. Antes de coger el tren, ella le sugirió que se comprase algo para comer porque le entraría hambre antes de llegar. Él dijo que podía ser buena idea y por fin encontraron algo en lo que ambos estuvieron de acuerdo. Se pararon en una cafetería en la que vendían empanadillas y bocadillos. Ella sacó la cartera de su bolso y le preguntó qué bocadillo quería. A él le costaba decidirse y tras unos minutos en los que miró la vitrina con asco le gritó que no quería nada. Ella le reprochó su carácter irascible y le insistió de nuevo en que se llevase algo de comer. Él volvió a examinar los bocadillos con una mueca de hastío y gritó aún más alto que no le apetecía ninguno. La señora detrás de la barra lo escuchó y ella se disculpó como si fuese culpa suya, como si Marcos fuese su hijo, un hijo malcriado e impertinente. Acabó pidiendo un bocadillo de atún y una botella de agua. Cuando se alejaron de la cafetería Marcos le recriminó que lo hubiese comprado. Ella estiró el brazo ofreciéndoselo. ¡Ni siquiera me gusta el atún!, exclamó. Le apartó la mano que sostenía el bocadillo con violencia y acto seguido se dirigió al control de equipaje. Ella permaneció allí inmóvil hasta que ya no alcanzaba a verlo. Todavía tenía el bocadillo entre sus manos cuando cogió el metro hasta Plaza Cataluña. No sabía qué hacer con él, no podía comérselo. Es más, pensaba que durante unos

días no podría comer nada. Cuando esperaba el ferrocarril en Plaza Cataluña pensó en tirarlo a la basura, aunque quizá le causaría remordimientos. Estaba en perfecto estado y puede que incluso supiese bien. Miro a su alrededor buscando a alguien que pidiese limosna, pero apenas vislumbró un par de personas, que no tenían aspecto de mendigos, esperando en el otro extremo del andén. Se le ocurrió que podría dejar el bocadillo en un asiento con una nota que explicara que no estaba contaminado o caducado.

Cuando acabó su relato, intenté decir algo, pero me interrumpió. Dijo que no entendía por qué me contaba eso y que en unos minutos llegaría su hermana, a quien estaba esperando. No sabía cómo retenerla un poco más, necesitaba seguir escuchándola.

—Lo siento, siento haberle molestado de esta manera, contándole mis penas, que seguro que no le interesan. Ahora lo mejor es que se vaya o que yo me cambie de mesa para intentar calmarme y recibir a mi hermana con otro aspecto.

—Lo entiendo —balbuceé esforzándome por disimular la resignación—. Pero sepa que no me molestó en absoluto. Me gustó escucharla, espero que, al menos, ahora se sienta un poco más aliviada, aunque, en realidad, no hice ni dije nada para ayudarla.

—Gracias, me encuentro mejor.

—Por cierto, ni siquiera nos hemos presentado —dije mientras me incorporaba.

Qué más da.

Le sonreí con los ojos y ella con ese esguince y me marché. Al principio orienté mis pasos hacia la salida, pero de repente me apeteció otro café o simplemente me apeteció tener una excusa para quedarme. Di media vuelta y fui hasta la barra, donde pedí un cortado. Me senté en una mesa cerca de la barra y lejos de la chica, aunque todavía podía verla. Ahora la cantina estaba mucho más concurrida. Dos jóvenes tomaron asiento en el otro extremo de la mesa donde ella, con una cuchara, repasaba el borde de la taza de café. No se había dado cuenta de que yo todavía seguía allí. Su hermana no tardó mucho en llegar y yo me quedé hasta que resolví que la chica se llamaría Zoe.

XVIII

En aquel café del Raval reconoció al camarero que hace un año vertió sobre su manuscrito una taza de café. Cuando le sirvió un cortado, distinguió los movimientos toscos que habían provocado el tropiezo meses atrás. El camarero, como era de esperar, ya no se acordaba ni de él ni de aquel episodio. En el segundo exacto en el que el plato sobre el que se apoyaba la taza de café rozó la mesa, se oyó una voz grave que bramó: Tono, ponme una caña cuando puedas. El camarero torció el cuello y estuvo a punto de tirar de nuevo la taza, que al tambalearse derramó un poco de café en el plato. Tono no se dio cuenta y se precipitó a atender al señor que lo acababa de llamar. Tono, Álvaro se preguntó de dónde venía aquel nombre, no estaba seguro de si era un diminutivo de Antonio o si se trataba de su verdadero nombre de pila. El señor que se había referido a él de esa forma repitió el nombre varias veces en la conversación que mantenían mientras Álvaro daba sorbos al cortado. Al parecer eran amigos y recordaban una anécdota de una noche de farra. Álvaro no prestaba demasiada atención al contenido de la conversación, pues seguía distraído dándole vueltas a ese nombre, Tono. Al cabo de un rato el diálogo fue interrumpido por una voz femenina: ¿Entonces te viene bien a las siete el sábado, Fran? Álvaro, que estaba de espaldas a la barra y desconocía los rostros de aquellas voces salvo la del camarero, supuso que la chica estaba dirigiéndose al hombre que había pedido una cerveza, pero advirtió que fue el timbre del camarero el que dio la respuesta. Le sorprendió que le llamara Fran. Enseguida dedujo que quizá Tono no era más que un apodo y que Fran sería su nombre verdadero, que a su vez era un diminutivo de Francisco, lo que sumaba en total tres nombres, tres maneras de designar a un mismo individuo. ¿O acaso sería aquel camarero una persona distinta ante los que le llamaban Tono que ante aquellos que se referían a él como Fran o

Francisco? Lo cierto era que la voz del camarero sonó más violenta, más desenfrenada durante la conversación con el hombre de la cerveza que ahora, mientras estaba concretando una cita con la joven. ¿Tendría el nombre algo que ver? Uno no es nada sin un nombre, salvo apenas una silueta que avanza subrepticiamente por el desierto inagotable del anonimato. Existen, sin embargo, esos nombres falsos conocidos como pseudónimos, que son también falsos anónimos; pues van siempre ligados a un nombre verdadero y conocido o quizá en algunos casos el pseudónimo trasciende la barrera de lo falso y se vuelve más auténtico que el patronímico. Antes, aquellos que se valían de un pseudónimo lo hacían por necesidad, exiliados obligados a la clandestinidad o mujeres que debían hacerse pasar por un hombre en una sociedad machista, por ejemplo. Cada vez más el pseudónimo ya no es tanto una necesidad como un capricho. ¿En qué categoría encajaría entonces Enrique Villoro? ¿Era necesario ocultarse ante Conrad cuando ya conocía este su nombre de pila? ¿Cómo pensaba llamarle en unos minutos, cuando apareciese en el café? En la presentación de *Rari nantes* que tuvo lugar hace dos días en una librería de Gracia, Conrad Desmond no dijo nada sobre los personajes que aparecían en sus relatos, al menos los primeros veinte minutos que Álvaro escuchó de pie al fondo de la sala. No se quedó hasta el final de la presentación porque poco antes de que empezara había logrado cruzar un par de frases con el escritor. Álvaro se había abalanzado sobre él indignado, pero Conrad, antes de que empezase a pontificar, le cortó diciendo: Te debo un café. Álvaro ya había perdido la esperanza de que el encuentro entre él y Conrad a punto de suceder le proporcionase una respuesta, una solución que le permitiese seguir delante sin las cadenas que lo ataban a él. Había aprendido que con Conrad solo se podía no esperar nada o esperarlo todo.

Conrad Desmond cruzó el umbral de la puerta cuando el sonido de las voces en la barra ya había cesado y Álvaro solo escuchaba el eco de sus pensamientos. Los pasos del escritor retumbaron en mitad de sus divagaciones y estas se fragmentaron en esquirlas. Antes de llegar a la mesa, Conrad pidió un solo sin siquiera acercarse a la barra. Se dirigió al camarero desde el pasillo al tiempo que avanzaba hasta el lugar que ocupaba Álvaro. Al tomar asiento sonrió y tras unos segundos de silencio preguntó qué tal.

Álvaro intentó esbozar una sonrisa para después contestar que estaba bien, aunque no fuese cierto; pero Conrad enseguida ensartó otra pregunta.

—¿Te acuerdas del camarero? Es el mismo de la última vez, el que tiró el café. Ya no me acordaba de eso y me ha venido a la mente todo de golpe, al ver su cara.

—Sí, he pensado lo mismo. Se llama Francisco al parecer, aunque mientras esperaba he oído que también lo llaman Tono —añadió Álvaro.

—Es curioso eso del nombre. Crees que es tuyo, que te pertenece cuando, en realidad, eres el que menos autoridad sobre él posee. Un nombre no es tanto del nombrado como de los que nombran, ¿no crees?

—¿Significa eso que los que nombran pueden usar a su antojo ese nombre, manipularlo, cambiarlo por completo?

—Por supuesto.

El camarero llegó con el café. Conrad le dio las gracias mientras cogía el sobre de azúcar y lo agitaba con la mano derecha. Luego lo rompió por un extremo y volcó la mitad del contenido en la taza. Durante un momento en todo el local solo parecía oírse la cuchara de Conrad creando remolinos en el café. Álvaro no se atrevía a intervenir y esperó en vano a que Conrad retomara la palabra.

—¿Pero eso no sería de alguna forma un ataque contra el ser nombrado? ¿Hasta qué punto debería permitirse?

—Esos son los riesgos inevitables de tener un nombre. No lo tienes tú, sino los demás, y tu nombre solo es nombre dentro de esos parámetros.

—Pero es que eso es comparable a un delito, es como robar.

—No creo que seas la persona más adecuada para juzgar un robo.

—¿Qué quieres decir?

—No te reprocho nada, yo también he hecho eso alguna vez, pero vi cómo robaste *Fotogramas psicosomáticos*. Soy amigo de Julio Verniol, el dueño de la librería.

—¿El anciano de las gafas de pasta con mala leche? —dijo Álvaro al tiempo que palidecía.

—Sí, en ese momento yo estaba en la trastienda desde la que podía observar lo que pasaba en las estanterías sin ser observado.

Esa fue la primera vez que te vi. Me fijé porque cogiste mi libro y lo contemplaste durante un buen rato, como si fuera un tesoro. Me resultó curioso. Luego, cuando me di cuenta de que lo ibas a robar estuve muy tentado de seguirte para ver qué hacías con él, pero tenía otros asuntos pendientes. En verdad, estaba espiando desde la trastienda a otra persona. Aparte de ti, era la única que estaba mirando libros en ese momento. No sé si te acuerdas, salisteis juntos de la tienda y tuve la sensación de que querías decirle algo.

—Sí que me acuerdo, el librero se dirigió a ella de mala manera y por eso se fue. Me pareció una persona muy triste y tu amiguito de gafas de pasta lo empeoró.

—Lo sé, es algo huraño, pero si lo tratas fuera del trabajo es un buen tipo.

—En fin, eso ya da igual. ¿Por qué perseguías a esa chica?

—Porque me inspiraba y quería escribir sobre ella. Aparece en alguno de los relatos de *Rari nantes*. Hacía unos días me la había encontrado en el ferrocarril y desde entonces traté de averiguar más sobre ella. Es la que inspiró la historia del bocadillo de atún, por ejemplo.

—Zoe… —Álvaro se encolerizaba.

—Sí.

—Me acuerdo especialmente de ese relato. Es el único contado en primera persona. Es el único en el que el narrador se desvela, en el que te desvelas. ¿Por qué en ese y no en otro?

—No sabría explicarlo. Hacia Zoe siento un cariño especial.

—¿Un cariño especial? ¿Qué diferencia hay entre ella y el resto de personas a las que robaste el nombre?

—Álvaro, no se puede robar un nombre. Al robar privas a alguien de aquello que has robado, pero un nombre, aunque lo uses y lo modifiques, sigue estando ahí, listo para que cualquier otra persona haga lo mismo. Además, ¿qué criterio seguir para tachar a alguien de ladrón? ¿Por qué unos se convierten en delincuentes al nombrarte y otros no?

—El límite se cruza cuando se vulnera la identidad de uno. Se pueden poner en boca de un nombre palabras que nunca ha dicho, acciones que nunca ha llevado a cabo o quizá se le pueden atribuir palabras y actos que sí le corresponden pero que no tenían por qué salir a la luz, y el que asocia ciertas cosas a cierto nombre no tiene

reparo alguno. A mí me parece ruin. Hay que llevar más cuidado al nombrar.

—¿Estás sugiriendo que lo que somos está intrínsecamente relacionado con nuestro nombre?

—Te estás yendo por las ramas, sabes muy bien de lo que estoy hablando.

—Yo no creo que nuestro nombre determine nuestra personalidad o nuestras acciones —Conrad fingió no haber escuchado la última frase de Álvaro—. Tus padres pudieron haber elegido un nombre distinto y eso no habría cambiado mucho las cosas.

—¿Por qué me llamaste Álvaro?

—Porque ese es tu nombre.

—¿Y por qué me seguiste el juego y me decías Enrique cuando nos conocimos? Te divertía todo eso, ¿verdad? Te gustaba humillarme.

—Entonces creía que te llamabas Enrique.

—¿Y cómo averiguaste que no me llamaba Enrique?

—Después de que nos viésemos hace aproximadamente un año en este mismo café, tu amigo Q. contactó conmigo porque le tenías muy preocupado. Hablamos mucho, decía que te habías comportado de una forma muy extraña desde que leíste mi novela, que no sabía cómo podía ayudarte.

—¿Q. habló contigo? —Álvaro no salía de su asombro.

—Sí, no lo culpes por eso. Ya me gustaría a mí tener un amigo como Q. Acudió a mí porque no sabía cómo manejar la situación, estaba realmente afectado por lo que te ocurría. El único consejo que supe darle era que te animara a escribir una novela. Te confieso con total sinceridad que el borrador que me diste me gustó mucho. Me dijo que lo redactaste todo en apenas veinte días expresamente para mí, porque te lo había pedido en la carta. No estaba escrito con prisas, sino con frenesí, un ardor muy intenso que solo poseen los que escriben de verdad. La conversación con Q. dio pie a tu relato. Me pareció una oportunidad que no debía desaprovechar, detrás de eso había una gran historia y me nutrí de todo aquello para crear a tu personaje.

—¿Pero cómo puedes jugar de esa manera con las personas? ¿Tan pobre es tu imaginación que necesitas saquear vidas ajenas

para inspirarte? ¿Tan pobre es tu imaginación que no eres capaz de inventar nada?

—Álvaro, cálmate. ¿Todavía crees que se puede inventar? Nadie inventa nada. El acto de creación, ya sea en literatura, en pintura, en música o en cine, no consiste en inventar, sino en transformar. Hay que manipular lo que se conoce y de esa forma nace algo aparentemente nuevo, inventado, pero no es más que reciclaje. Ahí reside la verdadera creación, fingir que inventar sí es posible, que uno puede hacer aparecer un conejo de una chistera, que uno saca cosas donde no hay nada. Para los relatos de *Rari nantes* me inspiré en personas reales, pero son relatos y no biografías. Son relatos porque se han separado de la realidad en la que se basan, porque les di autonomía al dotarlos de elementos ficticios. Aunque hayan nacido de lo real tienen independencia propia y ahora, desde esa independencia, desde esa distancia resulta difícil distinguir qué elementos tomé de la vida y cuáles de la fábula. Llega un momento en el que ambas cosas se confunden y ni yo mismo soy capaz de separarlas y eso tú lo debes entender muy bien, tú has hecho lo mismo conmigo en tu novela.

—¿A qué novela te refieres? —preguntó Álvaro perplejo, sintiendo que podría haber formulado muchas preguntas más.

—A *Anatomía de las casualidades*, a todo lo que cuentas sobre la infancia, la adolescencia, la época universitaria de Carlos Desc.

—¿Cómo sabes todo eso? —El tono de Álvaro ya no expresaba estupefacción, sino una profunda impotencia.

—La enviaste a la editorial Palíndromos hace un mes más o menos. Conozco a Juan Gomis, el encargado de la editorial. Es una editorial independiente, como supongo que ya sabrás. Editan muy pocos libros al año, pero hacen bien su trabajo y se esfuerzan por publicar a autores españoles noveles. Leen todos los manuscritos que les llegan y aunque la respuesta sea negativa, siempre contestan. A veces me envían manuscritos y me piden informes de lectura. Todo esto lo hago un poco por amor al arte, como se suele decir, pero no me molesta en absoluto. He descubierto textos muy interesantes, entre ellos, el tuyo. Lo terminé hace unos días y les recomendé que lo publicaran. Si todavía no te han dicho nada, no creo que tarden en darte la noticia. ¿Sabes qué días es hoy?

—Martes —respondió Álvaro al tiempo que intentaba encontrar

las palabras para decir algo más, para hacerle callar.

—Me refiero a la fecha. Hoy es 11 de abril. Tal día como hoy en 1965 nací, aunque no te digo esto para que me felicites por mi cumpleaños. Te digo esto porque tal día como hoy en 1961, cuatro años antes de que naciese, Alejandra Pizarnik anotó en su diario lo siguiente: «La vida perdida para la literatura por culpa de la literatura. Por hacer de mí un personaje literario en la vida real fracaso en mi intento de hacer literatura con mi vida real, pues esta no existe: Es literatura». Cuando leí esto todavía no había publicado nada. Aunque escribía, procuraba ser lo más distinto a un escritor y lo más parecido a un personaje literario porque estaba convencido de que para llevar la literatura al papel primero tenía que haber pasado por la vida. Me sentí muy identificado con esa frase de Pizarnik y al leerla creí que ya era demasiado tarde para hacer literatura con mi vida. Sin embargo, tú lo has hecho, me has convertido en un personaje ficticio de papel. Disfruté tanto con la lectura de tu manuscrito que sentía que cuando dejaba de leerlo me desmaterializaba, pues solo podía existir en esa dimensión ficticia que habías creado. Me sentí más que nunca un personaje ficticio. No creas que la novela me gustó únicamente porque yo la protagonizara. Es una gran historia porque eso es lo que hacen los grandes escritores, grandes historias. Tengo el presentimiento de que no pasará desapercibida cuando la publiquen y me alegraré mucho por ti. Es más, me alegraré doblemente, como hacen los que son personajes ficticios por partida doble, en la vida y en el papel.

—No pienso publicar esa novela —estalló Álvaro—. Estoy hasta la coronilla de la literatura, me oyes, y me importa un rábano tu batiburrillo de realidad y ficción. Me has hecho pensar que estoy loco. Desde el principio me creí enfermo por tu culpa y por fin, cuando logré deshacerme de ti, cuando ya no eras siquiera una sombra, pum, apareces de nuevo e intentas llenarme la cabeza de esas ideas malsanas, intentas convencerme de que lo mejor que puede hacer uno es convertirse en personaje de ficción. Ahora resulta que debería darte las gracias, ¿no? Debería estar eufórico porque te has metido donde no te llaman, has hurgado en mi vida de la forma más rastrera posible y has intentado hacerme creer que todo ese espionaje era por mi bien. Me has convertido en un ente de ficción, el papel más venerable que uno puede desempeñar y yo, a

cambio, no podía por menos que hacer lo mismo contigo y así todos contentos, ¿no es verdad? Pues ahora te digo que se acabó, que me niego a darte ese gusto y que estoy seguro de que el único enfermo aquí eres tú. Voy a salir de tu teatro de marionetas ahora mismo, me despido para siempre de esa especie de conquista de lo ficticio que te has propuesto. Ya está bien. Soy real, igual que tú, por poco que te guste, y voy a reafirmar esa realidad de la que soy más consciente que nunca contactando con uno de esos supuestos personajes de *Rari nantes*. Voy a buscar a Zoe.

—¿Cómo te atreves? Después de todo lo que he hecho por ti me tratas de este modo, me insultas y encima ahora dices que te vas con uno de mis personajes. ¿Qué pasa? ¿Te has enamorado de repente? Ni siquiera la conoces, no sabes nada de ella salvo por unas páginas que yo te he proporcionado. Y así me lo agradeces. Vas a intentar ponerla en mi contra. ¿Es eso lo que pretendes?

—Pues ese no es mi objetivo principal, pero no me extrañaría que le dieras asco.

—¿Acaso piensas que Zoe, en el hipotético caso de que la encuentres, querrá hablar contigo? No eres nadie y lo poco que eres me lo debes a mí. ¿Por qué debería escucharte Zoe?

—¿Que no soy nadie? ¿Qué lo poco que soy te lo debo a ti? Sí, claro que te debo muchas cosas. Gracias por intentar arruinarme la vida, nadie le había puesto tanto empeño. Pero ya está bien. Ni siquiera sé por qué sigo hablando contigo, hace rato que debería haberme ido. No mereces que te siga dejando hablar. La pregunta no es por qué debería escucharme Zoe, sino por qué debería seguir escuchándote yo a ti.

—Por muchos motivos, Álvaro, ¿cómo piensas encontrarla?

—Eso no te incumbe.

—Hay que saber cooperar con el enemigo, ¿no crees? ¿Acaso crees que sin mi ayuda vas a dar con ella?

—¿Tu ayuda? —Álvaro soltó una carcajada forzada—. Tu ayuda solo me entorpecería.

—Yo puedo conducirte hasta Zoe. Con condiciones, claro; pero todo es negociarlo.

—Hasta nunca, Conrad Desmond, si es ese tu verdadero nombre —dijo al tiempo que se levantaba y se precipitaba hacia la puerta de salida.

—Me llamo Carlos… Carlos Desc —balbuceó él, pero Álvaro ya estaba demasiado lejos.

Los náufragos

Ese accidente de coche en el que falleció Carlos Desc el 17 de abril del 2009 desencadenó una serie de interrogantes sin respuesta. Conducía en dirección a Céroul, la ciudad en la que residía, en una noche lluviosa. Hallaron el coche en un descampado, el capó aplastado contra un árbol. Algunos pensaron que se trataba de un suicidio, pero cualquiera de las opciones que se barajen no pasará de la categoría de hipótesis. Había alguien más en el coche, identificado como Álvaro Aliaga, amigo del escritor. Nadie sabía muy bien qué hacían juntos aquella noche. Algunas de las personas del entorno de Álvaro conocían a Carlos Desc, sabían que se veían de cuando en cuando, que mantenían una relación cordial. Ninguno de ellos estaba al corriente del viaje en el que ambos perdieron la vida.

He de confesar que desconocía a este autor hasta que a finales de abril de 2009 leí un obituario que le dedicaron en el periódico. Apenas se mencionaban las circunstancias de su muerte, hablaban de su carrera literaria y de que habían encontrado un manuscrito que la editorial Calina planeaba publicar de manera póstuma. Saqué de la biblioteca *Aceptar limosna sin pedirla*, su primera novela, y en cuanto la terminé me hice con *Fotogramas psicosomáticos* y el ensayo *Las revoluciones francesas*. Tras leer su escasa obra quise saber más sobre este autor secreto. Donde más información encontré fue en los obituarios. Leí todos los que pude. En algunos sí que hacían referencia de forma más insistente al modo en que murió y hablaban también de que lo acompañaba un tal Álvaro Aliaga.

Cuando se publicó *Rari nantes* hace un año muchos críticos se preguntaron si era posible leerla sin establecer relaciones con la muerte de su autor. Las conclusiones fueron diversas, escabrosas todas ellas, aunque se distinguían dos ideas en las que se concentraban todas las demás. Unos decían que fue esa novela lo

que acabó con él, que se le fue de las manos; otros, que para terminar la novela tuvo que terminar con su vida. Los de esta segunda opinión defendían la tesis de que *Rari nantes* no se podría adscribir a ese vasto grupo de obras póstumas inacabadas. Obra póstuma, sí, pero no inacabada, pues Carlos Desc creó un final, su propia muerte y la de su personaje. *Rari nantes* constituiría, pues, el testimonio de la muerte de la propia historia. La novela sería la partida de defunción de la novela.

No pretendo convencer a nadie, ni siquiera a mí mismo, de que *Rari nantes* deba leerse como el discurso de un hombre que enloqueció por culpa de su obra o como la empresa de un desalmado que antepuso su vida y la de los demás a la literatura. Al fin y al cabo, no se sabe casi nada de la vida de Carlos Desc, salvo que la mitad de ella la pasó recluido en un pueblo desolado del sur de Francia. Hasta poco después de aquel accidente de coche, sus libros habían pasado desapercibidos y apenas hay un par de entrevistas. El contacto que mantenía con sus familiares era prácticamente inexistente, por lo que estos sabían menos de él que su editor, que prácticamente ignoraba cualquier elemento relacionado con Desc más allá de sus manuscritos. Quizá la única persona que lo conocía de verdad era el enigmático amigo que lo acompañaba aquella noche, Álvaro Aliaga.

Sea como sea, lo más revelador de estos dos individuos está dentro de *Rari nantes*, no fuera. Poco importa que la información resulte cierta o falsa. De nada sirven las morbosas elucubraciones en busca de asociaciones entre la vida y la obra de Carlos Desc. La literatura no pretende demostrar ninguna verdad, no quiere llevarnos a buen puerto y de eso Carlos Desc estaba convencido. En el inmenso océano de la literatura solo unos pocos se atreven a nadar, aunque sepan que al final la tierra es árida y vale más seguir tragando agua hasta ahogarse.

J. Pina
Papel cuché, Relecturas
23 de septiembre de 2011

Notas del editor

Rari nantes fue primero redactada a máquina y después afinada en un ordenador. En el domicilio de Céroul de Carlos Desc se encontraron algunas anotaciones a mano en las que se entrevén los primeros bosquejos de la novela. Estos documentos acreditan que se trata de un proyecto que comenzó a finales de la década de los noventa, cuando Desc ultimaba *Fotogramas psicosomáticos*, y se mantuvo hasta unos días antes de morir, el 17 de abril de 2009. Por el estudio de archivos y notas fechadas se intuye que la redacción de *Rari nantes* fue poco constante. Carlos Desc consideró en varias ocasiones abandonarla. Entre finales de enero y abril de 2009 el ritmo fue mucho más sistemático, incluso frenético, casi podría decirse que la novela se escribió por entero durante esos meses. Los textos anteriores no constituirían más que la osamenta, pero fue solo durante esos meses cuando tomó forma de verdad.

El manuscrito me fue enviado por el propio Carlos Desc el día antes de su muerte. Incluía una escueta nota en la que se especificaba que de publicarse, el texto no debía sufrir ningún tipo de modificación más que las correcciones orto tipográficas de rigor y si se añadiese un prólogo no debía colocarse antes de la novela, sino al final, aunque no por ello se convirtiese en epílogo. El manuscrito carecía de título. Dudé entre titularla como la novela que escribe el personaje de Álvaro, *Anatomía de las casualidades* pero al final opté por *Rari nantes* porque era la novela que el *alter ego* del escritor lleva entre manos en esta historia.

La repentina muerte de Carlos Desc impidió que pudiese discutir y aclarar con él algunos detalles, además del título. Me había dicho que me iba a incluir en su próximo libro; yo me lo tomé a broma, pero tras la lectura descubrí que aquel comentario iba totalmente en serio. Me reconocí en Iván Rincón, igual que también reconocí a mi tío en Julio Verniol. No sé de qué manera Carlos Desc pudo

averiguar esos detalles de mi vida, pero también es cierto que hay una parte importante de invención. La turbación que experimenté al enterarme de su muerte aumentó tras la lectura de *Rari nantes*. Dudé antes de publicarla. Al encontrar un doble ficticio de mí mismo, de mi tío e incluso de Carlos Desc intenté encontrar a un equivalente real de Álvaro Aliaga, pues si existía, no editaría la novela antes de haber hablado con él. Aunque fui persistente en mi búsqueda, no encontré a nadie que encajase con el perfil que Desc había imaginado. Desconozco si se inspiró en algún individuo en concreto. De haber utilizado a una persona real, el parecido sería solo aproximado y no idéntico. Así construyó a mi personaje y también al suyo.

Se sabe menos de la vida de Carlos Desc de lo que se ignora. Nació en Céroul, pero creció en Barcelona. Después de licenciarse en Filosofía y Letras se instaló de nuevo en Céroul, donde pasó el resto de su vida en la más completa austeridad. Allí escribía sus colaboraciones para la revista *Claves de razón práctica* y traducía a autores rusos del francés bajo el pseudónimo de Conrad Desmond. Fue él quien introdujo en España a Nina Berbérova, a pesar de que con los años sus traducciones quedaron obsoletas y fueron remplazadas por versiones que partían del ruso. Se especializó entonces en traducciones de autores franceses del siglo diecinueve y consagró muchos de sus artículos a defender las traducciones puente del francés de ciertos autores rusos, cuya escritura no podía ser entendida sin la influencia que Francia ejerció sobre ella, como en el caso de Berbérova y sus *Crónicas de Billancourt*. Extendió esta idea en la novela *Fotogramas psicosomáticos*.

Algunos lectores que conozcan las circunstancias en las que Carlos Desc falleció, en un accidente de coche cuando conducía solo hacia Céroul, podrían pensar que el escritor planeó su propia muerte. No obstante, yo creo que solo fue una casualidad, una macabra casualidad, pero contingente, al fin y al cabo. En las últimas conversaciones que mantuvimos me hablaba de un libro en el que estaba trabajando y todo lo que tenía pensado escribir. Me niego a pensar que alguien con semejantes proyectos con la intensidad con la que Carlos Desc los sentía decidiese de pronto suicidarse. Según el concepto de mimesis desarrollado por Aristóteles, el arte imitaría la realidad. Sin embargo,

constantemente vemos tambalearse la certeza de que podemos distinguir la realidad de la ficción y dudamos también de la preeminencia de la realidad sobre la ficción. En definitiva, nuestra mente pragmática considera que la ficción es una imitación de la realidad, pero a veces parece que suceda todo lo contrario, que la ficción se imponga a la realidad y que, como en el trágico final de Carlos Desc, la realidad se inspire en la ficción. Les podría decir que lo que han leído es una obra de ficción y que cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia, pero no estoy seguro de ello.

Anexos a la nota del editor

Milena Tijditi, prima segunda de Carlos Desc, residente como él en Céroul, descubrió en su casa dos cartas que podrían tener relación con *Rari nantes*. Estaban escritas a mano y la caligrafía parece corresponder a la de Desc. Puesto que ignoramos si el escritor las hubiese incluido en su novela y la ubicación que las hubiese reservado de haberlo hecho, hemos decidido mostrarlas al final, a modo de anexo, para que cada cual las anexe donde prefiera. El epígrafe de la segunda de ellas formaba parte del texto manuscrito. En uno de sus cuadernos de notas, Desc hablaba de las últimas cartas de *Rari nantes*; quizá se refiriese a los textos que ofrecemos a continuación. De esta manera, siguiendo el rumbo de la historia de la última novela de Desc, es probable que justo después de la última conversación entre Conrad y Álvaro, este último redactase la carta a Zoe, protagonista de dos de los relatos de *Rari nantes, El bocadillo de atún* y *Llamada perdida*, y cumpliese así su propósito de contactar con aquel personaje ficticio con el que se había cruzado en varias ocasiones sin él saberlo en el momento en que tenía lugar el encuentro fortuito, como aquel día en la librería donde encontró *Fotogramas psicosomáticos*, o la tarde en que quedó con Q. en El café de les Delicies enfundado en una barba espesa.

I

Querida Zoe:

Si en ese preciso momento yo hubiera sabido quién era Conrad Desmond, probablemente no tendría ahora esta necesidad imperiosa de contactar contigo, de contarte lo que sucedió. Si en ese preciso momento hubiera sabido quién eras tú, habría intentado prevenirte o quizá enviarte algún tipo de señal. ¿Qué estoy diciendo? Entonces tú tampoco conocías a Conrad Desmond y puede que ni siquiera lo conozcas ahora; al menos, crees no conocerlo. O tal vez soy yo el que cree conocer a Conrad Desmond, el que cree conocerte, cuando incluso me desconozco a mí mismo. Por todo esto tengo que escribirte.

Todo se desencadenó aquel día en la librería, cuando le descubrí y cuando te descubrí a ti también, sin saberlo. El libro fue el detonante; debí haberme parado después del primer párrafo, pero seguí leyendo y cuando quise dejarlo era demasiado tarde. Me sentía en la obligación de llegar al fondo del asunto. Tú más que nadie entenderás cómo me debí sentir aquella tarde al verme reflejado en las páginas de una novela, un libro que llegó a mí por pura casualidad. Yo no sé si creo en el destino, me gusta pensar que no, aunque a veces me sorprendo a mí mismo pensando que un hecho concreto tenía que suceder exactamente como sucedió. Supongo que elijo una u otra opción según me convenga, pero en estos momentos no me apetece creer en ninguna de las dos.

A veces pienso que la indiferencia es la respuesta más dolorosa, que no responder es la réplica más efectiva. Estaba claro que Conrad quería que lo buscasen, quería que respondiera. Si hubiera permanecido callado, el asunto no habría adquirido semejantes dimensiones. Yo siempre he tratado de pasar desapercibido, de hablar lo menos posible para que no me notasen. Sin embargo, hablar y escribir no es lo mismo. Yo tiendo a hablar de menos y a escribir de más. Por eso no dije nada cuando pude dirigirme a ti en persona. La misma tarde que perdí la oportunidad de hablar

contigo, también desperdicié la de hablar con Conrad; aunque todo esto lo supe demasiado tarde. Siempre he sentido que he llegado tarde a momentos cruciales y por más que trate de encontrar una explicación, sigo pensando que ese tipo de impuntualidad es la excusa de los cobardes o de los que carecen de ingenio. Me he sentido identificado tantas veces con lo que Diderot llamó el espíritu de la escalera, ese momento en el que se te ocurre la réplica exacta, en el que tienes en la punta de la lengua la frase que buscabas, pero, por desgracia, ya bajas la escalera del escenario. La función se ha acabado y tu ingenio se ha despertado a deshora. Ya no hay nada que hacer. Quizá todos los que escriben de más y hablan de menos hayan tropezado en varias ocasiones con el espíritu de la escalera. De esta forma, escribir es su contraataque, plasman en papel todo aquello que no pudieron articular mediante sonidos.

Creo que la carta que envié a Conrad Desmond se me escapó de las manos. Por una mezcla de pudor e ínfulas de literato le dije que estaba escribiendo una novela que presentaba extrañas similitudes con la suya y me vi obligado a llevar a cabo una especie de autobiografía. Sin darme cuenta entré en su juego y alimenté su propio delirio que por poco pasa a ser también el mío. Me volví irreconocible, me comporté de verdad como un personaje ficticio, como si quisiese satisfacer los deseos de Conrad. Llegué a pensar que eso era lo que yo quería. Por un momento acepté mi condición de ser ficticio. Todo el mundo ha soñado alguna vez con convertirse en el protagonista de una novela o una película, sobre todo cuando somos niños, pero lo que me sucedía era bien distinto. Yo no había entrado en ninguna novela, sino que, de repente, la novela había entrado en mí. No sé si me explico. Lo que quiero decir es que hasta ese momento, cuando leía un libro, sentía que la historia me pertenecía y que podía hacer con ella lo que quisiera, podía comérmela, vomitarla, tirarla a la basura. Hasta ese momento yo pensaba que los lectores hacían lo que querían con los libros, pero desde *Fotogramas psicosomáticos* me corroía la amarga sensación de que los libros hacen lo que quieren con nosotros.

De todos los relatos de *Rari nantes* el tuyo fue el que más me sobrecogió. No sé muy bien con qué fin te escribo. En estos momentos eres una de las pocas personas que puede entenderme.

Me sentiría aliviado si me respondieras y me gustaría aún más que algún día pudiéramos vernos. Puede que ese sea el engranaje final que complete el enigma. Puede que tanto tú como yo, solo necesitemos sentirnos parte de algo más allá de la ficción, pasar de unas meras páginas impresas en cadena a una realidad más tangible, que no esté sujeta a la pluma de ningún escritor más que a la nuestra. De niño siempre soñaba con parecerme a uno de los héroes de los cómics que solía leer y luego, durante la adolescencia, no me hubiera importado aparecer en una novela de Twain o de Julio Verne. Como profesor de literatura, siempre me han fascinado todas esas narraciones que he ido aprehendiendo desde que supe leer. La mayoría de las veces me atraían más que cualquier situación del día a día. Tal vez en todo aquello encontraba el refugio para huir de la realidad, del sabor amargo de la rutina. Pero ahora que me he visto convertido en lo que un día soñé, siento vértigo. Ahora lo único que necesito es alejarme de todo eso, leer la vida y no novelas. Pero antes necesito escribirla, a lo mejor puedes ayudarme, a lo mejor puedo ayudarte yo a ti también.

Un sincero abrazo,
Álvaro

II

La primera imagen de la que me habló fue la de tres niños en un camino, en Islandia, en 1965. Me decía que para él era la imagen de la felicidad, y también que había intentado en numerosas ocasiones asociarla con otras imágenes, pero que nunca había funcionado. Me escribía: «Un día, tendré que ponerla sola al principio de una película, con un largo plano de entrada en negro. Si no ven la felicidad en la imagen, al menos verán la oscuridad».

Sans Soled, Chris Marker

III

Querido Álvaro:

Si nos encontrásemos en otro lugar, esta correspondencia dejaría de ser correspondida. Para salvarla, no puede corresponderse más allá del soporte originario en el que fue enviada. Esto es una correspondencia de miradas que no deben mirarse entre ellas. ¿Acaso no sabes lo que le ocurrió a Medusa? Digamos que somos dos górgonas y que por ello el contacto entre nosotros solo es posible a través del reflejo. No se trata de iconoclasia, no es una historia sin imágenes. Lo que pido es mantener la coherencia, por muy incongruente que pueda parecer el comportamiento de dos personas que se citan en cafés a los que no acuden. Si quieres, podemos quedar en el Café de les Delicies. Concretamos una hora y una mesa, pero en días distintos. Existe un ritmo pactado a hurtadillas desde el principio de toda relación. Romper el ritmo es desafiar a la partitura, y creerse Stravinsky puede acarrearnos un castigo como el de Prometeo. No quiero morir eternamente, así que será mejor que nos matemos ahora.

Hasta siempre,
Zoe

ALBA BALLESTA (Orihuela, 1991) se graduó en Traducción e Interpretación por la Universidad Autónoma de Barcelona. Ha publicado textos y cortometrajes en revistas y medios digitales como *Acrocorinto, Amalgama, La Fanzine o Antes todo esto era campo*. Forma parte del colectivo literario Gilíes de Rai y ha participado en varios de sus *cabarets* literarios. *Rari nantes*, es su primera novela.